



ICHICKLIT

ALISSA BRONTË

*tiritas  
de amor*



D.J.57

# Copyright

EDICIONES KIWI, 2019

info@edicioneskiwi.com

[www.edicioneskiwi.com](http://www.edicioneskiwi.com)

Editado por Ediciones Kiwi S.L.



EDICIONES **KIWI**

Primera edición, octubre 2019

© 2019 Alissa Brontë

© de la cubierta: Borja Puig

© de la fotografía de cubierta: shutterstock

© Ediciones Kiwi S.L.

Corrección: Irene Muñoz Serrulla

Gracias por comprar contenido original y apoyar a los nuevos autores.

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright.

## **Nota del Editor**

Tienes en tus manos una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y acontecimientos recogidos son producto de la imaginación del autor y ficticios. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, negocios, eventos o locales es mera coincidencia.

# Índice

[Copyright](#)

[Nota del Editor](#)

[Prólogo](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Agradecimientos](#)

A Paola C. Álvarez, no he encontrado otra forma más adecuada de expresar el cariño que siento por ti que así: escribiendo una historia para ti. Gracias por tu apoyo constante. Gracias por estar siempre ahí. Te quiero, amiga.

## Prólogo

Miraba en todas direcciones, esperando que apareciera su príncipe azul en su busca. No podía ser más que un retraso por algún motivo que tendría justificación, pero después de esperarlo más de dos horas, sucumbió a la realidad. No iba a aparecer. Él. El amor de su vida. El mismo con el que iba a tener su «felicidad para siempre» la había dejado plantada en el altar.

Caminó con toda la dignidad que le quedaba, que no era demasiada, y se marchó sola a su casa. No derramó ni una lágrima, maldijo y rompió todo lo que tenía de él, de ellos, de esos recuerdos que habían construido a lo largo de los años.

Ahora, que todo parecía ir bien, la dejaba. ¿Cómo había sido posible? ¿En qué momento lo había decidido y ella no se había dado cuenta? La rabia ganaba a la tristeza y la vergüenza que había pasado cuando había desandado el camino al altar, escuchando los murmullos compasivos. No iba a olvidarlo nunca.

En destruir todo estaba cuando la vio. Una nota. Al cogerla se dio cuenta de que estaba escrita en papel higiénico. ¿En serio no había podido coger un miserable trozo de papel? ¿La hoja de una libreta? Incluso en la pizarra magnética de la puerta de la nevera le hubiese parecido mejor, pero ¿en papel higiénico?

La carcajada histérica que dejó escapar resonó en el piso, en silencio a esas horas. Se asomó a la ventana y contempló la puesta de sol a la vez que leía la nota. No había nada más que un montón de palabras que le sabían a basura y se escuchaban tan falsas, como al parecer, había sido su relación.

—¿Qué sentías que no tenías aire? ¿En serio? Sin aire te dejaba yo de la...

Siguió leyendo, justo después de arrugar la nota con las manos y alisarla. Al llegar al final solo le había quedado clara una cosa: la única que había tenido claro que era amor había sido ella. Al parecer para él nunca fue así y solo se dejó llevar por los acontecimientos.

El teléfono sonó varias veces, pero no se molestó en mirar siquiera quién podía ser. Lo dejó olvidado en el cajón de la mesita de noche junto con la cutre nota escrita en papel higiénico. Y, entonces, volvió a reír. A carcajada limpia. Eso era lo que iba a hacer con la nota, limpiarse el culo la próxima vez que fuera al baño.

Sabía que no iba a ser capaz de dormir, así que hizo la maleta y aceptó el trabajo que había rechazado tantas veces. Iría a trabajar a Cádiz, un pequeño

pueblo de las Alpujarras granadinas que tenía la friolera de trescientos setenta y nueve habitantes.

La dueña de la única farmacia era una vieja amiga de la familia, soltera y sin descendencia, que no dejaba de pedirle que le echara una mano, que ya estaba mayor para llevar el negocio ella sola y siempre había dicho que no.

Había soñado con trabajar en una gran ciudad, ella como farmacéutica, él, el gran amor... chasco de su vida, como médico en un importante hospital, sin embargo, iba a terminar sus días sola y escondida en un pueblo que con toda probabilidad no aparecía ni en los mapas de carreteras.

¿Estaba segura? No, pero de lo que sí estaba convencida era de que allí nadie, nunca jamás, iba a volver a romperle el corazón.

Cuando divisó Cádiz, se quedó sin aliento. El pequeño pueblo blanco que contemplaba desde la carretera, simulaba escalones en la montaña. La vegetación coloreaba de verde todo a su alrededor, lo que conseguía que el blanco impoluto de las viviendas destacara aún más entre el verdor de la tierra y el azul del cielo que, por alguna extraña razón, allí parecía tener un tono de azul diferente al resto.

Tras subir varias calles con una inclinación a la que estaba poco acostumbrada, por fin, divisó la plaza principal del pueblo cerca de la que se situaba la vieja botica que buscaba.

Aparcó el coche y bajó. Por un momento la emoción la embargó y los recuerdos de lo que había dejado atrás regresaron a un presente en el que, en realidad, no eran bienvenidos arrancándole a sus ojos algunas lágrimas para las que no estaba preparada.

Pasó junto al consultorio médico y llegó a la vivienda cuyo bajo estaba ocupado por la farmacia. Al entrar, la mezcla de lo moderno con el encanto de las boticas la hizo sonreír. El suelo, de madera clara, lograba que el mostrador, oscuro y con el emblema de la copa de Higia, destacara más. Siempre le había gustado esa imagen que tanto decía; el veneno podía matar, pero también sanar.

Entró y dejó las maletas sobre el suelo, las campanillas sobre la puerta habían dejado flotando en el ambiente su musical bienvenida y, ante ella, apareció la que iba a convertirse en su refugio.

—Bienvenida, hija. Te estaba esperando.

Sin más, se acercó a ella con piernas temblorosas y, ahora sí, dejó escapar todas las lágrimas que llevaba acumulando en los últimos días. Cuando se agotaran, sería la señal de salida para su nueva vida. Lejos de todo. Lejos de él. Lejos del amor.

# Capítulo 1

*Cáñar, tres años después.*

Paola regresaba de vuelta a Cáñar, el pueblo que se había convertido en su hogar desde hacía tres años. Había ido a Lanjarón a hacer unas compras y regresaba cuando el sol ya se estaba ocultando tras perder, poco a poco y como todas las noches, la batalla a la oscuridad. El cielo estaba teñido de tonos rojizos que hacían destacar más al pueblo blanco que se alzaba, majestuoso, sobre la montaña.

Tenían un enclave único desde el que se disfrutaba de Sierra Nevada y del mar. No en vano lo llamaban el Balcón de las Alpujarras.

Cuando llegó no lo hizo convencida, ¿qué iba a hacer allí una chica de asfalto? Sin embargo, ahora, no sería capaz de abandonar ese precioso lugar en mitad de un parque natural.

Cuando faltaban pocos kilómetros para llegar a su destino, vio un coche en la cuneta. Sin dudarlo aparcó delante para ver si necesitaban de su ayuda.

Bajó con cuidado de no tropezar, el terreno era pedregoso. Miró dentro del vehículo, pero no vio a nadie. Caminó en busca de los posibles ocupantes, internándose en la frondosidad que la rodeaba. Conocía muy bien el parque natural, le gustaba salir a caminar y correr por la zona.

Se acercó un poco más y, entonces, lo vio. No podía creerlo. ¡Había metido la pata! Allí, frente a ella un espécimen notable orinaba en el tronco de un árbol con... su tronco. Porque ese hombre estaba bien dotado. Todo en él era grande. A pesar de que se había puesto a miccionar de forma disimulada, había cometido el error de no hacerlo de espaldas, sino de lado y aunque no era correcto, no podía dejar de mirarlo de arriba abajo.

Tras unos segundos, se obligó a marcharse de allí, pero, al echar el pie hacia atrás para no ser descubierta, pisó una rama que crujió y llamó la atención del hombre que clavó su mirada, azul e intensa, en ella.

—¿Disfrutando del espectáculo? —preguntó levantando una ceja y terminando de forma abrupta lo que estaba haciendo.

Paola no era capaz de reaccionar, estaba allí, plantada, como si fuese otro árbol. Si se descuidaba el extraño iba a orinarle encima también.

—Vaya, parece ser que los *voyeurs* no viven solo en las grandes ciudades.

Paola seguía sin poder decir nada, parecía congelada por culpa de esa maldita mirada tan azul como el cielo.



—Ya sabe... —volvió a hablarle serio—, los acosadores, mirones... esos que disfrutan espiando a pobres e indefensos hombres mientras hacen sus... necesidades.

—No, no, disculpe. Lo siento. Pensé que había sufrido una avería y yo... — Por fin reaccionó y el rubor tiñó su rostro ante las insinuaciones del desconocido.

Paola no dejaba de hablar nerviosa. En su vida había pasado más vergüenza, bueno, sí, una vez para qué mentir, y caminó hacia atrás sin poder apartar la vista del miembro masculino que, aunque ya no estaba a la vista, seguía siendo resaltante.

—Si quieres arreglarme la avería... estoy dispuesto.

El hombre rio con ganas mientras se acercaba a ella subiéndose la cremallera.

Paola se giró, sin saber qué decir ni qué hacer, nunca antes había tenido que enfrentarse a una situación parecida, y empezó a correr todo lo deprisa que la falda y los malditos tacones que llevaba le permitían. Tenía que largarse de allí. No, quería que la tierra se la tragara y la escupiera en la luna. Por lo menos.

Tan atolondrada iba en su huida que no se dio cuenta de dónde pisaba y, sin esperarlo, pisó algo resbaladizo que la hizo caer.

—¡Joder! ¿Estás bien, acosadora?

—¡No, no estoy bien! —gritó alterada por todo, sobre todo por el hecho de que pensara que lo había estado acosando—. ¡Y no soy una acosadora! Solo pensé que necesitaba ayuda...

Paola resoplaba mientras intentaba recomponerse. Se levantó y dio un traspié, cayendo sobre el pecho firme de ese extraño que se había topado en una situación todavía más estafalaria. Levanto la mirada y se dio cuenta de que el azul de sus ojos tenía motas más oscuras, como si pudieran cambiar de color dependiendo de su estado de ánimo.

Estaban cerca. Hacía mucho que no sentía la dureza de un hombre bajo la piel, y ese, a pesar de lo extraño de todo, era muy atractivo.

—Vaya, tienes unos ojos... ¿Qué demonios es ese olor? —se interrumpió de golpe alejándose de ella con brusquedad.

Paola no tenía ni idea de a lo que se refería. Estaba confusa. ¿Quién era? ¿Un turista de paso?

—¡Joder! ¿Eso marrón de tus piernas es... mierda? ¿Te has llenado de mierda?

Esas palabras la atrajeron de golpe a la realidad. ¿Se refería a ella? ¿Insinuaba que estaba llena de excrementos? Claro que era a ella, ¿a quién si no?

—¿Perdona?

—Ha tenido que ser al caerte. Sí, definitivamente te has llenado de... de...

Y, entonces, dejó de hablar para comenzar a carcajearse con ganas. Se reía de ella sin compasión. Como lo hizo en otro tiempo Rodolfo.

Sus risotadas se colaron bajo su piel y se olvidó del dolor del tobillo, de que tenía las piernas y la ropa llena de excrementos de animal y de la rabia que sentía. Ese hombre era un gilipollas. Ya lo odiaba sin conocerlo. Se estaba riendo de ella. Como si no le fuese a doler.

Caminó como pudo hasta su coche. De haber podido correr, lo hubiera hecho, pero el tobillo la estaba matando. A punto estaba de poner un pie en el asfalto cuando la mano del extraño la agarró por el brazo.

—Lo siento, lo siento, pero es que... no sé, no me lo esperaba. ¿Estás bien? ¿Te has lastimado el pie? Deja que te eche un vistazo.

—Gracias, pero puedo apañármelas yo sola. No me toques.

—Vale. Como quieras. Mejor así, la verdad es que hueles fatal y desde luego que no te tocaría ahora mismo ni con un palo. Estás hecha una... mierda.

Y su risa volvió a resonar por toda la montaña y el maldito eco se la traía de vuelta para que estallara en sus oídos sin cesar. Apretó los puños y los dientes, no tenía importancia, era un extraño de paso al que no volvería a ver. Jamás.

—Yo huelo fatal, pero tú no te la has sacudido bien y has manchado de orina tus pantalones de marca.

Con la poca dignidad de la que disponía, caminó de regreso al coche; triunfal. Al menos, el cretino, había dejado de reírse de ella.

La puerta de la farmacia se abrió de par en par, y Paola dejó las facturas a un lado para atender a su cliente. En los últimos meses había notado el cierre de un par de farmacias cercanas, no era de extrañar, había varios pueblos cercanos que no se acercaban a la escasa población con la que contaban en Cãñar. Además, la comuna *hippie*, aunque asentada desde hacía varios años y con bastante población, no contaba a la hora de pagar las facturas ya que ellos se abastecían de todo desde dentro de su recinto y no salían apenas de allí.

—Almu, no te esperaba tan pronto por aquí —saludó al ver a su única amiga.

—Sí, bueno, te echaba de menos. Además, traigo noticias.

Paola miraba a su amiga sin entender muy bien qué le sucedía. No dejaba de moverse inquieta, como si un torrente de escalofríos la sacudiera sin parar.

—¿Qué te pasa, Almudena? ¿Por qué estás tiritando?

—¿A mí? Naaada. No tengo ni idea de a qué te refieres.

—¿Nada...? —preguntó sin dejar de examinar los movimientos extraños de su amiga, hasta que esta se llevó las manos entre las piernas y comenzó a rascarse—. ¿Tienes picor en la zona íntima?

—Que no me paaasa nada, deee verdad —insistió sin dejar de rascarse.

—¡Oh Dios mío! ¿Tienes ladillas? ¡No me digas que has pillado ladillas otra vez!

—¿Qué? Noooo, jolín, que no es eso... —murmuró sin dejar de rascarse sin disimulo alguno.

—Vale, ¿entonces? Venga, ya sabes que puedes confiar en mí.

Paola era consciente de que la situación era incómoda, pues no en vano era farmacéutica y *casi* médica.

—Es que no sééé de qué me hablas. Si nooo me pica.

—Está bien, ¿tienes el mal de San Vito?

—Eso mismo, bueno, si es graaave no.

—Ajá, ¿te has puesto encaje, Almudena? —interrogó de nuevo al ver que no solo se rascaba entre las piernas, sino que empezaba a rascarse por la zona de los senos.

—Sí, ya estááá. Llevo encaje. ¿Coooontenta?

—Está bien, pasa dentro. Voy a darte unas bragas de usar y tirar. Anda, quítate la ropa interior antes de que se vuelva peor.

Almudena caminaba, no sin esfuerzo, hasta la parte privada de la farmacia para cambiarse la insoportable ropa interior, mientras su amiga buscaba en los cajones unas bragas de sustitución.

—¿Y paaaara el pecho?

—No tengo nada, tendrás que llevarlas colgando.

—¿Cóóómo unaaa cabraaa?

—Bueno, cada vez que abres la boca, pareces una. —Rio a carcajadas.

Su amiga cerró las cortinas para tener algo de intimidad y Paola la esperaba fuera. No tenía claro qué la había llevado a usar encaje, sabía que le provocaba un sarpullido muy incómodo. Buscó en la estantería algo para que le bajase la inflamación y le aplacase el picor.

—Ohh, sí. ¡Qué gusto! ¡Joder, cómo me he puesto!

—¿A quién se le ocurre? Si ya sabes que el encaje te da alergia.

—Ha sido mi abuela.

—¿Tu abuela? —repitió incrédula.

—Sí, tenía cita para el médico y mi abuela no ha dejado de insistir: «Ve con lencería fina y limpia, que el doctor nuevo es joven, soltero y está de muy buen

ver».

—¿Así que tenemos médico nuevo? —preguntó sin disimular la sorpresa, la verdad era que el doctor no le había dicho nada de que fuese a llegar otro médico a la zona.

—Sí, y según mi abuela no debo perder la oportunidad. Que sepas que ha insistido en lo de la ropa interior limpia, no sé cómo sentirme al respecto.

Almudena salió de la salita con las bragas de papel puestas y el torso desnudo y rojo como un tomate, en el preciso momento en el que la puerta se abría.

—¡Guau! Eso... tiene muy mala pinta.

Almudena, al ver al atractivo extraño que la observaba con detenimiento, agarró las cortinas de la salita y se tapó como pudo, porque no era capaz de moverse del sitio. Parecía que sus piernas se habían convertido en una pesada ancla.

—¿Tú, otra vez? —Paola logró articular palabra al reconocer al extraño de la cuneta.

—Vaya, interesante... acosadora y farmacéutica.

—¿Qué quieres? —interrogó a la defensiva.

El joven las miró sin decir nada más, parecía evaluarlas, igual que ellas lo hacían con él. No era frecuente ver rostros nuevos en el pueblo y menos aún al final del verano. En julio y agosto, la población aumentaba entre los familiares que iban de visita, las conocidas fiestas y los turistas, pero no lo bastante como para aguantar bien el resto del año con las escasas ganancias que le dejaba la farmacia. De vez en cuando se arrepentía de haberse quedado allí, tan lejos del mundanal ruido.

—¿Os conocéis? —rompió el silencio Almudena sorprendida porque su amiga no le hubiese contado nada al respecto.

—Sí, perdonad. Soy el doctor Duarte, encantado de conoceros.

—Almudena, a tus pies.

Paola bajó la mirada y rodó los ojos, ¿en serio Almu había dicho esa tontería? ¿A sus pies? Levantó cansada la cabeza, no sin antes reprocharle con un gesto de disgusto a su amiga el comportamiento tan infantil que estaba teniendo, y se dispuso a presentarse.

—Así que tú debes ser la farmacéutica, ¿no? La señorita Nevot.

—Sí, esa soy yo. No estoy encantada y no estaré a sus pies —espetó molesta por el comentario de su amiga y por tener que volver a verlo después de su primer y horrible primer encuentro.

El joven sonrió y Paola, aunque no quería, tuvo que reconocer que era muy atractivo. Esa clase de hombre que solo ves en los anuncios publicitarios. Rubio, alto, con la mirada profunda del color de océano en calma y, a pesar del fino jersey que llevaba pues ya se notaba la cercanía del otoño, se veía atlético.

No iba a tardar en tener la consulta llena de citas que no eran necesarias, podía imaginar a todas las madres de las escasas jóvenes del pueblo, tratando de cazar al nuevo, joven y guapo médico como si fuera el primer salmón de la temporada.

—Así que Duarte... ¿es familiar del doctor?

—Por favor, Paola, si no te molesta, tutéame. Creo que poco te queda por ver de mí. Además, al parecer aquí la gente joven es una especie en peligro de extinción.

—Podemos ponernos manos a la obra ya para remediar la situación — interrumpió Almudena la conversación.

Paola se dio la vuelta y la vio parada, con la cortina todavía a modo de vestido, sin moverse, y juraría que babeaba. No podía ser por la medicina que le había dado para el picor y la inflamación, no, era por él. Vale que el chico fuera muy atractivo y la verdad es que sus futuros hijos iban a tener buenos genes, ¿pero hacía falta dar el espectáculo? ¿Qué demonios les enseñaría Almudena a esos niños en clase? No quería ni imaginarlo.

—Almudena, creo que la medicación te está haciendo efecto, mejor vístete y te llevaré a casa.

Almudena, en ese instante, pareció darse cuenta de lo que sucedía y se metió en la sala para vestirse y dejar de usar la gruesa tela como traje.

—Tiene una buena erupción, ¿reacción alérgica?

—Sí, ya está medicada.

—Bueno, creo que no deberías medicar, solo vender lo que yo medique, ¿o me equivoco?

Y, ahí estaba el joven presuntuoso que llegaba de la gran ciudad para dar consejos a los pobres e incultos pueblerinos.

—Supongo que además de mi licenciatura en farmacia, contará la que tengo en medicina, ¿no?, doctor Duarte.

Paola vio como los ojos del joven médico se abrían un instante, ¿admiración? ¿Sorpresa? No pudo adivinarlo ya que solo duró un instante.

—Supongo... bueno, he de irme, solo quería pasarme para conocerte, mi abuelo insistió mucho... aunque no entiendo por qué.

Murmuró las palabras, más para sí que para ellas, sin embargo, Paola las

escuchó y apretó las manos contra el mostrador para morderse la lengua. No debía caer en esos juegos de niños. No podía. Ya sabía lo que dolía un corazón destrozado y no estaba dispuesta a que nadie más llegara a él.

—Adiós, doctor... ¿nos has dicho tu nombre?

La pregunta de Almudena logró que ambos se giraran hacia ella, se había vestido, por decirlo de alguna forma, porque no llevaba la ropa en su sitio, a toda prisa para poder volver a echarle un vistazo a ese hombre que era tan diferente de los que ella acostumbraba a frecuentar.

—No, no lo he hecho.

Y sin más, se largó de la farmacia dejando tras de sí un rastro de egocentrismo tan espeso que se podía ver y tocar.

Paola apretó los dientes. Desde luego no había cambiado su primera impresión sobre él, había llegado dispuesto a darles lecciones a todos y no le gustaba. Nada en absoluto.

## Capítulo 2

Víctor salió de la farmacia con sentimientos encontrados: por un lado, se sentía un poco imbécil por haberle llamado la atención a la joven y guapa farmacéutica y por otro estaba molesto porque no había tenido la acogida que había esperado.

Y todo, ¡TODO!, era culpa de su padre y sus castigos que nadie más que él parecía entender, al menos, él no era capaz de comprender por qué su padre había movido hilos hasta hacerlo acabar en el pueblo en el que ejercía su abuelo. Además, ¿qué pintaba ahí? ¿Para eso se había preparado con los mejores? ¿Para acabar viendo ancianos con la tensión alta, problemas de erección que no querían asumir y dolencias de huesos? Aunque bueno, había visto también un buen par de tetas, rojas como amapolas, pero tetas.

El recuerdo de la situación tan absurda que acababa de vivir le sacó una carcajada. La primera en mucho tiempo. Siguió caminando entre risas hasta que llegó a la consulta de su abuelo. No era, ni de lejos, parecida a los sitios en los que acostumbraba a trabajar en Nueva York, aunque también había estado en sitios peores, como cuando se fue con Médicos sin Fronteras. Aquello sí que fue ejercer su profesión sobre la marcha, usando cualquier cosa que pudiera hacerle un apaño.

Cabeceó con fuerza, no tenía ni idea de qué era lo que su padre quería lograr con enviarlo ahí, pero no había tenido otra opción. Parecía que, a pesar de que ya era un hombre adulto, tenía que demostrar que podía seguir manejándolo a su antojo, como si fuese aquel niño al que apenas prestaba atención.

—Buenas noches, ¿Asun? —preguntó para asegurarse de que recordaba el nombre de la recepcionista, enfermera y limpiadora del pequeño lugar que era el centro de salud del pueblo.

—Sí, buena memoria doctor. Su abuelo está con un paciente.

—Esperaré, gracias.

—Por cierto, doctor Duarte.

—¿Sí, Asun?

—Mañana tiene la agenda llena, parece que de repente todas las mujeres del pueblo se han puesto enfermas.

Asun al ver cómo rodaba los ojos, se echó a reír, no quería fastidiar al joven doctor, pero la verdad era que un hombre así no se veía todos los días por aquellos lados, así que era de esperar el aluvión de insinuaciones que iba a tener

mientras estuviese allí.

—Bueno, supongo que así no me aburriré. —Guiñó un ojo seductor a la madura recepcionista.

—A pesar de lo que pueda pensar, aquí nos lo pasamos en grande.

—Sí, seguro que sí.

Víctor se sentó en una de las escasas sillas que había en la sala de espera y cogió su móvil para ver los mensajes, si es que llegaba la cobertura allí, de sus amigos. Nada. No podía ser cosa de que sus amigos y colegas lo hubieran olvidado, ¿verdad? Era cosa de que allí por no haber, no había ni señal para el móvil.

—Víctor, hijo, ¿ya has vuelto? —interrogó su abuelo a la vez que despedía a un paciente.

—¿Por qué no me dijiste que la farmacéutica es además médica? —dijo sin esperar a estar solos.

—Bueno, no ejerce. Aunque es cierto que estudió medicina también, es una joven muy lista. Dos carreras, casi a la vez.

—Bueno, pues no le he caído bien, aunque no me importa. No es como si fuésemos a trabajar juntos.

—La verdad, hijo, es que sí lo haréis. Tiene que hacer las prácticas y las va a hacer aquí. Contigo.

—¿En serio? Abuelo, lo del castigo por parte de mi padre lo puedo entender, ¿pero, tú también? Eso no me lo esperaba.

—Hijo mío, tú no quieres hacerte cargo de la gente de este pueblo, y yo necesito alguien que me sustituya, ya estoy cansado. Además, si te parece un castigo enseñar a una joven preciosa, inteligente y divertida, entonces sí que hay algo que está mal contigo.

—Aunque fuera todas esas cosas, que no digo que las sea, no tiene nada que ver con el hecho de que te guste o no una persona.

—¿Sabes? Creo que para la siguiente fiesta: la música de las mozuelas, vas a estar rondándola.

—¿Igual que tú hiciste con la abuela? —sonrió ante el recuerdo. Su abuelo le había contado esa historia miles de veces.

Su abuelo asintió, se quitó las gafas y se frotó los ojos. Siempre que alguien nombraba al amor de su vida, se ponía triste. No se había vuelto a casar ni a tener una relación con nadie después de que falleciera. Siempre decía que aquel día también murió su corazón y no ha vuelto a latir desde entonces por otra. La historia de sus abuelos era tan romántica que no entendía cómo era posible amar



a alguien de esa forma tan... profunda. Ni siquiera tenía claro si él quería amar a alguien con esa intensidad, su abuelo no había levantado cabeza desde aquella fría noche en la que el corazón de su abuela se paró y el de su abuelo lo hizo también.

—Nada me gustaría más que eso, hijo. Lo que tuvimos tu abuela y yo fue tan especial, tan único, que no todo el mundo tiene la suerte de amar a alguien con tanto ardor.

—Lo siento abuelo, pero lo dudo: no es mi tipo. Así que, ¿para qué apostar si ya sé de antemano que vas a perder?

—Aun así... me arriesgaré. Estos viejos ojos, ven más de lo que ven los tuyos, a pesar de mis dioptrías.

—Cómo quieras, será el dinero más fácil que gane en mi vida.

—Eso está por ver, hijo, eso está por ver...

## Capítulo 3

Paola cerró caja y puso el cartel de cerrado; de todas formas, si alguien tenía una urgencia iban a llamarla al móvil o a buscarla en su casa. En un sitio tan pequeño, todos se conocían y todos sabían de la vida de los demás.

Por ese mismo motivo, estaba segura de que el tema de conversación durante los próximos días versaría sobre el guapo y joven médico, nieto del doctor Duarte, que había llegado a revolucionar las pocas hormonas femeninas que por allí había.

Llegaron en silencio al bar Piki, el único en todo el pueblo, y se quedaron en una mesa de las de fuera a pesar de la noche fresca. Almudena necesitaba todo el aire que pudiera obtener para que la comezón no le molestase tanto.

—Está de muerte.

—¿El qué? ¿Lo que vas a pedir? —interrogó Paola a su amiga, mirando la carta.

—¡Venga, Paola! No te hagas la tonta, pues el nuevo doctor. Está...

—Sí, para postrarse a sus pies —la interrumpió haciendo referencia a la frase que había soltado.

—Vale, lo he dicho sin pensar. Tal vez debería tener un filtro que filtrase más...

Paola sonrió, su amiga era así de imperiosa y un tanto infantil, a veces lo achacaba al hecho de que estaba todo el día rodeada de niños. Había tan pocos, que en una clase los tenía condensados a todos, excepto los que ya estudiaban la ESO que lo hacían en uno de los pueblos cercanos.

Algunos días, las clases se alargaban tanto que ella misma les preparaba el almuerzo y se quedaba por las tardes cuidándolos hasta que regresaban sus padres. No era raro que alguna nevada de esas que lo enterraban todo a su paso, dejase a algunos de los progenitores atrapados sin poder ir a por sus hijos, pero todos estaban tranquilos porque Almudena los cuidaba y los quería como si fueran suyos.

—Deberías ir a su consulta, a lo mejor puede arreglarte el filtro. —Rio.

—Uff no sé, Pao, creo que preferiría que me lo rompiese del todo. Tiene pinta de ser una fiera en la cama. ¿Has visto que cuerpo? ¿Y qué ojos? Como todo lo tenga igual de grande...

—Si os referís al ego de mi nieto, lo tiene incluso más grande que los músculos de sus brazos —la interrumpió la voz del doctor Duarte.

Paola se puso de pie y lo abrazó, aunque su nieto fuese un engreído, el doctor Duarte era una de las mejores personas que había conocido nunca. Un hombre que le inspiraba una ternura infinita. Lo apreciaba de verdad. Había estado ahí para ella en cada ocasión que lo había requerido.

Su nieto, sin embargo, no le gustaba. Tenía algo que la hacía querer mantenerse lo más lejos posible de él.

—Doctor Duarte, ¿cómo está hoy?

—Muy bien, hija, muy bien. Estoy feliz, sé que ya has conocido a Víctor, mi nieto.

—Abuelo...

—Sí, hemos tenido el... gusto de conocernos. Ha sido todo un detalle que viniera a la farmacia a presentarse.

—Sí, todo un detalle. Uno muy bueno. —Y ahí estaba, otra vez, esa voz y esa postura de lela en la cara de Almudena. ¿Es que no iba a aprender? ¿No había tenido bastante con las ladillas que le había pegado ese chico *hippie* que estaba de paso? Todavía recordaba cómo se rascaba y el trabajo que les costó que se fueran.

—¿Podemos acompañaros en la cena? —interrogó el doctor Duarte—. Me apetece compañía esta noche.

Paola quería decir que no, que le apeteecía estar a solas con su amiga, más que nada para que volviera de allí dónde se hubiera ido, ¿le estaría provocando un efecto secundario la medicación?

—Abuelo, no creo que les apetezca —soltó de improviso Víctor, ahora ya sabía cómo se llamaba.

—Sí, sí que nos apetece, Víctor, muy mucho.

Y Almudena al ataque de nuevo.

—Siempre es un placer contar con su compañía —dijo, para disimular el entusiasmo de su amiga—. Pero, mejor, vamos dentro. Hace humedad y no es buena para su reuma.

Víctor la miró un segundo, parecía que de verdad se preocupaba por su abuelo. Al menos sabía que no estaba tan solo en ese pueblo y, si algo le sucedía, iba a tener quien cuidase de él, al menos, hasta que su verdadera familia llegara. Nunca había entendido la reticencia de este en dejar ese pueblo. Había sido un gran médico. Podía haber trabajado en cualquier lugar del mundo. Tenía una mente brillante y unas manos que muchos cirujanos desearan para sí, con un pulso firme y de dedos ágiles, sin embargo, eligió una vida retirada en ese lugar.

Víctor dejó que pasaran las señoritas primero y su abuelo, él se quedó en

último lugar. La verdad es que no le apetecía mucho la compañía elegida por su abuelo: Almudena, que era la maestra del pueblo, no tenía reparos en mostrar su interés hacía él, algo que no era mutuo, y la farmacéutica... bueno, a priori le había parecido como poco interesante. Una joven bonita, de rostro amable y figura aceptable, pero había algo en ella que le provocaba rechazo, no tenía claro qué, tal vez que no lo miraba como las demás. Ella lo miraba como si fuera el diablo. No entendía bien por qué, todavía no le había hecho ninguna diablura. Bueno, sí, la había llamado acosadora. Pero es que... había sido tan rocambolesco todo, sobre todo la parte en la que había resbalado y caído sobre las heces de algún animal. Uno muy grande que, además, se había dado una buena comilona.

Recordarlo le hizo sonreír justo cuando, al entrar, el calor del horno de la cocina del bar los envolvió como una suave manta. Su abuelo dejó escapar un suspiro y una sonrisa a la vez que daba las buenas noches a los pocos clientes del establecimiento. Víctor miró hacia arriba y encontrarse jamones colgados de las vigas de madera del techo le sorprendió, no era algo que viese en los restaurantes que habitualmente alternaba.

Las mesas y las sillas, todas de madera, no parecían muy cómodas para la espalda de su abuelo, así que sin decir nada, lo dirigió a una junto a la pared, que tenía un banco, también de madera, pero forrado con cojines.

—Abuelo, ¿estarás cómodo aquí?

Paola abrió los ojos, era la primera vez que veía en su rostro una expresión diferente a la soberbia. Tal vez se había equivocado con él y su pose no era más que una máscara usada como protección al llegar a un lugar nuevo.

Ella también había llegado allí con una puesta. Ahora no le hacía falta, no había habitante en ese pueblo o en los alrededores que no supiera que era la pobre chica a la que habían dejado plantada en el altar.

Al principio los rumores en torno a su llegada a esa localidad la molestaron durante semanas después, cuando dejó de ser la novedad, nadie volvió a hacer referencia a ella ni a Juana, la otra pobre chica a la que sucedió algo parecido, solo que Juana no aguantó las burlas y acabó con su vida.

Un hecho tan remarcable en ese pintoresco lugar, que todos contaban su historia para que no se olvidara.

El joven camarero, Pedro, apareció sonrojado. No era un secreto que estaba un poco enamorado de Paola y que, aunque lo había intentado en varias ocasiones, no había conseguido que la chica le diese una oportunidad.

—Buenas noches, Paola, estás muy guapa esta noche.

—Gracias, Pedro. —Sonrió incómoda—. Yo quiero una Alhambra Especial.

—Para mí otra, Pedro, gracias —pidió Almudena.

—¿Qué le pongo, doctor? —interrogó sin quitarle el ojo de encima a Paola.

—Pedro, a mí tráeme una copa de vino tinto. ¿Conoces a mi nieto? No, ¿verdad? Es Víctor, va a pasar aquí una temporada, podrías llevarlo con tu grupo de amigos y enseñarle a jugar a la pelota.

—Claro, doctor, cuando quiera.

Paola notó un cambio en la voz del joven, tal vez no le había gustado el aspecto del joven médico. O tal vez, tan solo, es que no le gustaba que un hombre de fuera llegara al pueblo y revolucionara a todas las jóvenes casaderas y no tan casaderas. Paola estaba convencida de que había sido la última en enterarse de que un nuevo médico había llegado al pueblo, aunque, para su desgracia, había sido la primera en toparse con él. El eco de su risa desagradable burlándose de su accidental, resbaladiza y pegajosa caída, todavía la atormentaba en sus oídos. Se repetía como un eco constante e inagotable.

—¿Jugáis a la pelota? —preguntó Víctor interesado.

—Todos los días, a las siete de la mañana, antes de irnos a trabajar. Si te ves capaz de seguirnos el ritmo, acércate una mañana y lo pruebas.

—Creí que lo de jugar pelota vasca, era algo más del norte.

—Hubo familias vascas que se asentaron en el pueblo hace muchos años y es uno de los legados que dejaron. Nos gusta mantener vivas las tradiciones, aunque fuera de estos páramos, en las grandes ciudades, no sepan lo que es la tradición.

Y ahí estaba, el golpe de gracia. Oficialmente el joven médico no gustaba en el pueblo. Paola no pudo evitar reprimir una sonrisa. Pedro no solía mostrarse muy agresivo, pero le había quedado claro que también tenía garras.

—Deberías sonreír más, Paola, te ilumina la mirada.

Sin más se marchó y, en ese momento, Víctor se dio cuenta de dos cosas: la primera, que no había pedido nada al camarero; la segunda, que le quedaba más que claro que no era bienvenido en ese lugar. Su estancia iba a parecerle infinita. Desde luego, estaba claro que los vecinos no se lo iban a poner fácil.

## Capítulo 4

Pedro apareció, al cabo de unos minutos, con la bebida para todos, así que, aunque Víctor no hubiese querido, se tuvo que conformar con la Alhambra Especial que le trajo. Las miradas de ambos estaban tan cargadas como el ambiente que se había enrarecido desde que pusieran un pie allí dentro.

—¿Así que has venido a echarle una mano a tu abuelo? —preguntó Almudena sin dejar de pestañear ni un solo segundo.

—Sí, algo así —contestó con desánimo.

Para Paola estaba claro que Víctor no tenía ningunas ganas de estar en ese pueblo, en cierto modo, podía entenderlo y eso la llevó a preguntarse cuál había sido la causa de que acabase aterrizando allí, no parecía el típico hombre que lo dejaba todo para acudir en auxilio de la familia, más bien todo lo contrario.

—No te recordaba tan poco hablador, hijo —lo azuzó su abuelo.

—Bueno, tampoco es que tenga mucho que contar.

—Podrías contarnos la historia de cómo te rompieron el corazón para que hayas terminado aquí, como a Paola; su novio la dejó plantada en el altar.

La aludida no podía creer lo que escuchaba, ¿desde cuándo su amiga se había convertido en una arpía? Por debajo de la mesa, la golpeó en la pierna y luego, más tarde, se vengaría. No se lo iba a perdonar. Podía notar cómo se ponía más roja que las tetas de Almudena.

—Vaya, siento oír eso —comentó Víctor al escuchar las palabras que le habían producido tanta incomodidad.

—Fue hace mucho, la verdad es que dejó de ser algo privado para convertirse en algo de interés público el día que llegué aquí. Ten cuidado con lo que cuentas, Víctor —lo llamó por su nombre por primera vez—, o atente a las consecuencias.

—Gracias por el aviso.

—De nada —dijo a la vez que se llevaba un trozo de jamón a la boca—, los de ciudad nos debemos cuidar.

El viejo doctor los miraba con atención, podía ver que no se eran indiferentes. Víctor parecía querer obligarse a ignorar lo bonita que era Paola y ella no quería darse cuenta de lo adecuado que era él para ella. Pero el tiempo hablaría por sí solo, ¿acaso no era la vista el primer sentido en despertar? Claro que sí, porque la vista era el principal órgano para enamorarse, lo primero que atraía, lo primero que abría el apetito.

—En realidad ha venido para ayudarte con las prácticas, no me encuentro muy bien estos días y él es un gran médico. Así que te formará para que luego me puedas sustituir.

—Doctor Duarte, no diga eso. Todavía le queda mucha batalla.

—No tanta... además sigo echando mucho de menos a mi María, creo que ya va siendo hora de que nos reencontremos.

—Abuelo...

Paola y Almudena tragaron saliva, sentían que estaban en mitad de una conversación muy íntima que no les correspondía escuchar. Paola, además, sintió un pellizco en el corazón al pensar que el viejo doctor estaba listo para dejar este mundo en cualquier momento, ya había perdido hacía dos años a Antonia, y lo había pasado mal. Solo le quedaba el consuelo que se fue de noche, de manera apacible. El sueño llegó y fue eterno. Sin sufrimiento, al menos para ella, los que dejó en tierra lloraron y penaron su partida por varias semanas.

—Es la verdad, hijo, cuando murió también lo hizo una parte de mí y ya va siendo hora de que la recupere, a su lado.

Los cuatro guardaron silencio por un instante, Fito sonaba de fondo. Paola sonrió, Pedro sabía que era su grupo de música favorito y cada vez que iba al Piki, sonaba de fondo.

A veces pensaba en darle una oportunidad a Pedro, siempre era atento y no dudaba en mostrar sus sentimientos hacia ella, ni siquiera se había rendido con el tiempo, pero entonces la sombra alargada de lo que le sucedió aparecía y oscurecía su futuro hasta dejar tan solo un borrón negro.

—Ya no existen hombres como usted, doctor Duarte, ojalá encontrara uno así de romántico...—comentó Almudena con la voz soñadora.

—La verdad es que la amé como solo se ama en contadas ocasiones, con toda el alma. Recuerdo la primera vez que la vi —prosiguió, perdiéndose en el pasado mientras los demás lo escuchaban en silencio—, estábamos en un improvisado hospital militar. En realidad, era un hospital psiquiátrico, pero con la guerra en su apogeo, cualquier lugar era bueno para acoger a los soldados heridos. Algunos no tuvieron la suerte de sobrevivir, perdí a muchos amigos, compañeros, familiares... todavía hoy en día me pregunto de qué sirvió derramar tanta sangre.

El doctor se frotó los ojos bajo las gafas, visiblemente afectado y el sonido de una silla al ser arrastrada los sacó de la escena que, sin duda, se había dibujado en la mente de todos. Pedro se había acercado y pidió permiso sin hablar para sentarse a escuchar.

El doctor asintió y este no perdió el tiempo y se colocó entre Almudena y Paola, posicionando su mano muy cerca de esta última. Tampoco era un secreto para nadie que el chico llevaba rondándola desde que llegó y que cada vez que llegaba la fiesta del 28 de diciembre, la fiesta de las mozuelas, lo intentaba sin éxito, aunque ese detalle no parecía mermar sus ganas de cantarle una y otra vez.

—Continúe, por favor —pidió Pedro dando un sorbo directamente de la botella de cerveza.

Nadie dijo nada, todos esperaban a que continuara contando cómo había conocido al gran amor de su vida, incluso el resto de clientes, se quedaron en silencio para participar de la historia.

—Me habían herido en la batalla. Tenía la pierna desgarrada, todavía me duele cuando cambia el tiempo. —Sonrió llevándose la mano al muslo—. Nos dejaban solos mucho tiempo, sin cuidados como los de ahora. Apenas había medicamentos para paliar el dolor y tampoco tantos adelantos. Recuerdo que mordí tan fuerte el trozo de madera que me dieron como sustituto de una anestesia, que no había, que dejé los dientes bien marcados en él. La aguja entraba y salía de la carne lacerada con tan poca precisión que al verla da la sensación de que me la cosieron a mordiscos. Además, se equivocaron y me cortaron un trozo del pulgar del pie derecho, me confundieron con mi compañero de al lado.

—Abuelo... —susurró Víctor y, por primera vez, Paola atisbó una mirada diferente en el rostro de ese joven frío.

—Hijo, no te habrás pensado todos estos años que de verdad me lo había comido un perro, ¿no?

—No, claro que no, pero no pensé...

—Ya no importa, lo hecho, hecho está.

—Fue una época difícil —murmuró Paola que había escuchado de sus propios padres narrar historias de aquel momento.

—Lo fue... después de aquello decidí estudiar medicina y dedicarme a la investigación para ayudar a mejorar las condiciones para los pacientes. Creedme, no es lo ideal que te corten un trozo de dedo sin anestesia y que dejen que se corte el flujo sanguíneo solo, mientras impotente miras como cae tu sangre en un cubo de metal.

—Fue muy valiente —murmuró Paola con el corazón a mil.

A pesar de haber elegido como segunda carrera la medicina, la odiaba. Odiaba todo lo relacionado con la sanación porque no podía evitar sentir empatía por todo el mundo y eso era agotador. Pero precisamente por no gustarle los



médicos, prefirió estar informada y ser capaz de dar un diagnóstico ella misma.

—Eran tiempos difíciles y en esos tiempos no es complicado ser valiente porque no te queda más remedio. Estaba dolorido, con sudores y escalofríos, la herida se había infectado y no dejaba de supurar. Los médicos se planteaban si amputar o no, cuando apareció ella. No era enfermera por vocación, sino por obligación. Había ayudado a la partera de su pueblo en varias ocasiones y eso la hizo, de inmediato, apta para cuidar a soldados heridos. Tuve la suerte de que la destinaron a la zona en la que yo me encontraba.

Paola dio un sorbo a la cerveza y se inclinó sobre la mesa, cruzando las manos sobre ella, para Víctor no pasó inadvertido el gesto de Pedro que no dudó en mover la suya para que sus dedos se rozaran. No le importaba. No la conocía. Aun así, no le gustó ese gesto.

—¿Qué sucedió después, doctor? —interrogó Almudena con la mirada soñadora.

—Tenía mucho carácter, hija, mucho. Recuerdo cómo plantó cara a los doctores y les dijo que no iban a amputarme la pierna hasta que ella no le echara un vistazo. Los doctores la dejaron por imposible, de todos modos no les importaba si moría un soldado más o no, pero a ella sí: «En mi turno, no». Esas fueron sus palabras y la obedecí. No morí en su turno... y la esperé al siguiente... Usaba un montón de mejunjes que en realidad no sé si servían para algo, el caso es que mi pierna empezó a dejar de supurar y cobró vida. Igual que yo. Siempre le decía que lo que me curó fue la esperanza.

—La esperanza es lo último que se pierde, doc —afirmó Pedro elevando la cerveza en el aire a modo de brindis.

—¿Ella le dio esperanza? —preguntó Paola tan metida en la historia que era capaz de notar el olor tan específico que tienen los medicamentos.

—Le dio calabazas —sonrió Víctor bebiendo de la cerveza.

—¿En serio? ¿Le dio calabazas? ¡No puedo creerlo! —gritó Almudena.

Todos se echaron a reír, los aspavientos de Almudena y el gesto contrariado de su rostro eran muy divertidos.

—Bueno, tuve que pelear por lo que quería, pero las cosas que de verdad importan, no son fáciles de conseguir.

Pedro miró a Paola, y todos supieron, sin que este hablara, qué era exactamente lo que le pasaba por la cabeza sin ninguna duda.

—¡Doctor, doctor! —les interrumpió una voz desesperada.

Todos miraron hacia la puerta en la que una joven con bebé en brazos y pinta de no haber dormido en varias... semanas, entraba con el rostro

compungido. El viejo doctor trató de ponerse en pie, pero su pierna mala le hizo volver a sentarse de nuevo tras arrancarle una mueca de dolor.

—¿Qué pasa, Manuela? —preguntó desde su silla.

—Menos mal que lo encuentro, ¡no sabe lo que he hecho! ¡No ha sido queriendo! ¡Ay, Virgen de la Cueva! ¡Creo que lo he matado!

Al escuchar esas palabras y el tono desesperado de la mujer, todos prestaron atención para ver si eran capaces de aclarar algo de ese desordenado discurso.

—Manuela, cálmate porque nos estás asustando a todos —intervino Paola tratando de controlar la situación.

—Ay, doctorcita... ¿recuerda esas gotas naturales para dormir que me vendió para el bebé?

—Sí, las recuerdo, pero ¿qué tiene que ver eso con lo que estás diciendo? —interrogó más confundida que antes.

—Cálmese, Manuela y díganos: ¿a quién se supone que ha matado? —intervino Víctor que no tenía claro qué era lo que iba a soltar por la boca.

La mujer se dejó caer sobre una silla con el bebé en brazos, que parecía tranquilo a pesar del estado de histerismo de la madre. Víctor se había levantado y posicionado cerca de la mujer y de la puerta, Paola supuso que dispuesto a echar a correr si de verdad esta había cometido un asesinato.

—¡Ay, mi Manolo! ¡Ay, mi Manolo! Creo que me lo he cargado, doctorcita...

—Respira y dinos qué ha pasado —pidió Víctor, con un tono tan calmado que daba escalofríos.

La mujer respiró un par de veces y se tomó varios sorbos del vaso de agua que Pedro le había traído. Los demás la miraban con diferentes expresiones marcando su rostro, desde la incertidumbre, al miedo, pasando por la incredulidad.

—Bueno, pues el niño no dormía y la doctorcita me recetó unas gotas para él, para que descansara algo y yo también, porque desde que nació no he podido pegar ojo ni una sola noche. Y entonces, mi Manolo me dijo que estaba muy cansado y que no rendía en la cantera y que a este paso lo iban a despedir y, entonces, pues le di las gotas del bebé.

—Bien, ¿qué pasó después? —la animó a seguir Paola.

—Pues cogí las gotas y conté, como me dijo que una por cada kilo que pesara el bebé, pues hice lo mismo con mi Manolo que ya sabe usted, doctorcita. —Víctor se dio cuenta de que cada vez que la llamaba así, ella rodaba los ojos hacia un cielo que no podía ver y le resultó muy divertido, ya sabía de qué forma

llamarla para molestarla—. Que mi Manolo es como un toro de Miura y pesa más de cien kilos y yo pues le di algo más de cien gotas y ahora... ¡ahora no se despierta! ¡Ay, doctorcita, que me lleve presa la Guardia Civil, que me he cargado a mi Manolo!

—¿Está en tu casa? —preguntó Paola para asegurarse.

—Claro, ¡si no se despierta!

—¿Desde cuándo? —inquirió Víctor que cada vez estaba más preocupado, ¿qué demonios le había recetado la doctorcita?

La mujer se movía de adelante hacia atrás meciendo al niño con movimientos frenéticos a la vez que echaba cuentas, eso les preocupó, pero prefirieron no decir nada, aunque el intercambio de miradas entre ellos fue más que suficiente.

—Sí, ya lo sé, va a hacer dos noches. He llamado al trabajo para decir que no puede ir porque tiene diarrea, pero no sé... ya me estoy preocupando.

—Manuela, quédate aquí con el doctor Duarte, yo iré a tu casa a ver cómo está Manolo y la próxima vez, mujer, no le des medicamentos, aunque sean naturales, sin antes ir...

—Sin antes ir a un médico. No se olvide de que un médico no es un farmacéutico, ellos solo pueden vender lo que los médicos rectamos. A ver si no lo olvida ninguna de las dos —dijo sin disimular lo molesto que estaba—. Vamos, enséñame dónde está el afectado.

Paola quiso decirle cuatro cosas a ese presuntuoso, porque eso era lo que era. No tenía ni idea de nada y ya juzgaba y condenaba. Era un maldito niño pijo que sin duda lo había tenido todo, ese que rompía corazones y dejaba a las mujeres plantadas en el altar. Igual que Rodolfo. Solo por eso lo odiaba. Pero dejó a un lado todo eso que deseaba gritar en su atractivo rostro y empezó a caminar a paso ligero hacia la casa de Manuela.

Él le pisaba los talones y antes de darse cuenta había echado a correr tan rápido como sus pies le permitían, le gustaba correr, lo había hecho desde siempre, lo que no esperaba era que él le siguiera el ritmo sin aparente esfuerzo. Una vez en la puerta de la casa, se inclinó, apoyó sus manos sobre las rodillas y jadeó en busca del aliento que se había quedado tras sus pasos.

—¿Es aquí? —preguntó con normalidad, como si no hubiesen corrido como perseguidos por lobos.

—Es aquí —corroboró todavía sin aliento.

—Necesitas hacer más deporte, no tienes fondo, apenas hemos corrido unos metros y ya no puedes ni respirar.

Paola no dijo nada, pero esperaba que la mirada de odio que le había dedicado fuese más que suficiente para que comprendiera que no le gustaba nada, ni de lejos. Aun así, tenía que conformarse porque iba a ser su mentor y necesitaba su firma en las prácticas.

Entraron en casa de Manuela que, como esperaba, no tenía la puerta atrancada ni cerrada con llave, así que bastó con empujar e ir hacía la habitación de arriba. Desde la planta de abajo se escuchaban los ronquidos como si fuese un oso el que hibernara arriba. Y ambos dejaron escapar un profundo suspiro.

Con agilidad y en dos zancadas, Víctor llegó a la planta de arriba y cuando Paola llegó él estaba contando sus pulsaciones.

—Siéntate ahí —ordenó con frialdad.

—¿Para qué?

—Tus prácticas empiezan hoy.

## Capítulo 5

Paola no pudo reprimir la mueca que esas palabras le produjeron, no le apetecía tener como mentor a ese joven frío y egocéntrico, pero no le quedaba más remedio. No podía desplazarse hasta otro centro de salud sin dejar desatendida la farmacia, así que él iba a convertirse en sus lentes; si las quería las comía, si no, también. Había cursado tres de los cuatro años del MIR y solo le quedaba ese último para poder ejercer como médica y era algo que debía terminar, se lo había propuesto en cuanto llegó a Cañar. Mientras Antonia vivía, la ayudó a poder hacer los turnos que le tocaban en el hospital, pero después de que la dejara, empezó a hacer su residencia en la consulta con el doctor Duarte que, para qué mentir, adaptaba las horas a sus necesidades.

Dejó salir el aire y se sentó en un taburete al lado de la cama. Con calma cogió la muñeca de Manolo que parecía un bebé gigante y peludo, y empezó a contar sus pulsaciones.

—Las pulsaciones están bien, un poco por debajo de la media, pero puede ser por causa de la medicación.

—¿Qué harías ahora? Si tuvieras las herramientas necesarias, que no es el caso.

—Supongo que miraría si sus pupilas están reactivas. Y auscultaría su pecho para escuchar su corazón.

—Parece que está bien, solo tiene una sobredosis de la mierda que le vendieras a su mujer.

—¿Perdona? ¿Puedes repetir lo que has dicho? Es que me ha parecido escuchar que me has acusado de vender algo que no debería a su mujer, no una, sino dos veces.

—No sé cómo trabajáis en este pueblo, pero te voy a advertir una cosa, *doctorcita*, el médico soy yo, así que yo receto, tú vendes lo que yo decida. ¿Queda claro?

Paola lo miraba perpleja, ¿de verdad se podía ser más miserable? ¿La había llamado doctorcita?

Quería decirle muchas cosas, pero ninguna sonaba lo suficientemente mal en su cabeza, así que apretó los puños y se dio la vuelta para marcharse. No quería saber nada de ese hombre sin educación y sin sentimientos fuera del horario de prácticas, no era más que otro Rodolfo: con otro nombre, otro aspecto... pero igual de gilipollas.

Salió de la casa de Manuela y regresó al bar, al llegar todos preguntaron, incluida la mujer que no parecía, para nada, más relajada.

—¡Ay, doctorcita! Dígame que no he matado a mi Manolo.

—Manuela, no lo has matado, así que no hace falta llamar a la Guardia Civil. Escucha, regresa a casa y habla con el doctor Duarte.

La mujer regresó a casa a toda prisa con el bebé en sus brazos, no lo había dejado ni un solo momento y a Paola se le hizo agotador.

—¿Entonces está bien? —preguntó el viejo doctor.

—Parece que sí, de todas formas cuando llegue su nieto que lo informe, ya me ha dejado claro que él es médico y yo solo estoy aquí para vender lo que él recete.

—Este niño no va a cambiar nunca. No se lo tomes a mal, su madre murió por un mal diagnóstico, por eso decidió seguir mis pasos. Su padre no quería que se dedicara a esto, prefería que estudiara derecho y heredara el negocio que tanto le ha costado levantar, pero el niño salió rebelde y dijo que no.

—Lo siento por su madre —dijo posando su mano sobre la arrugada piel de la del doctor.

—Fue hace mucho, parece que tanto mi mujer como mi hija estaban destinadas a dejarnos pronto, al parecer a Dios le faltan ángeles por ahí arriba.

—Lo siento de verdad, ningún niño tendría que pasar por eso.

—Me gustaría tanto consolarlo...

La voz de Almudena se coló en mitad de la conversación sobresaltándolos, no la había visto al entrar y Paola había pensado que había regresado a casa. Ya era tarde. Para ella también.

—Almudena, Víctor no es para ti, no porque no seas buena, eres una niña excepcional, pero vuestros caracteres son muy diferentes, no encajaríais, hazle caso a este viejo hombre.

—Parece que solo voy a tener niños en el colegio, a este paso seré la nueva solterona del pueblo.

—No falta tanto para diciembre, tal vez este año algún mozo te cante.

—La que les va a cantar las cuarenta, voy a ser yo. ¿Es que no ven todo lo que valgo?

Ambos se echaron a reír, Almudena se unió a ellos, después se despidió con un beso en la mejilla de cada uno y se marchó a casa.

—Deberíamos irnos, es tarde, doctor. Vamos, le voy a acompañar a casa.

—Eso debería de hacerlo yo, hija. Créeme que si tuviera la edad de mi nieto, no te dejaba escapar.

—Sí, lo haría, porque su corazón ya tendría dueña.

—Cierto, cierto, ¿quieres saber cómo acaba?

—Por supuesto, camino a casa puede contármelo.

Tras hacerse cargo de la cuenta, salieron a la calle. Paola agarró el brazo del doctor y caminaron bajo la noche iluminada y fría de otoño. El cielo se veía con claridad, sin una nube que empañara el brillo de las estrellas. Ese era uno de los motivos que la habían convencido para quedarse allí. Era todo diferente, como si el tiempo fuese a un ritmo diferente, más calmado, además de las increíbles vistas, no en vano Cáñar era conocido como el Balcón de las Alpujarras: a un lado el mar, al otro Sierra Nevada, sus cascadas, el río, la vegetación... hasta el aire tenía un color diferente allí arriba. Un sitio mágico escondido entre montañas. Su refugio, el lugar en el que se había sentido a salvo y que ahora, de repente, sentía que había dejado de serlo.

—La engañé —comenzó de nuevo el médico su charla—, hice trampas. Le dije que si me curaba saldría con ella y que si no me recuperaba también. Ella aceptó.

La sonrisa que el recuerdo dibujó en su rostro era marcada y estaba rodeada de profundas arrugas, esas mismas que eran la prueba de todo lo que había vivido, de la experiencia, de los conocimientos, de las risas, de las lágrimas, de los malos y de los buenos momentos...

—Creo que se dejó engañar.

—Yo también. Tuve suerte, porque había perdido la esperanza y ella llegó de repente. Como todo lo que llega en la vida, sea bueno o malo, niña. Todo lo mejor llega sin aviso, sin esperarlo, sin que hayas contado con que suceda. Sin que esté en tus planes.

—Sí, supongo que todo lo que marca llega así.

Caminaban sin prisa por las calles empedradas y solitarias a esa hora de la noche. Paola respiraba algo más aliviada, no entendía por qué se alteraba tanto con todo lo que le decía Víctor, tenía que intentar ignorarlo y no entrar en el juego que estaba acostumbrado a jugar.

—Desde aquel día —susurró con añoranza el doctor sacándola de sus pensamientos—, no nos separamos. Supe que era la adecuada cuando agarré su delicada mano entre la mía y... tan solo... encajaron. Esa es la mejor prueba.

—Hemos llegado, gracias por el paseo, doctor.

—No me gusta que regreses sola.

—No te preocupes, abuelo, la acompañaré.

Paola se giró hacia el lugar del que le había llegado su voz. En la oscuridad

y la quietud que los rodeaba le parecía que era más varonil y ronca que momentos antes. Incómoda se despidió del viejo doctor con un beso en la mejilla y giro sobre sus talones.

—Gracias, doctor, pero no necesito que me acompañe, conozco de sobra el camino a casa.

—Lo sé. No lo hago por ti, lo hago para no disgustar a mi abuelo, si dejas que te vayas sola no va a dormir en toda la noche pensando que algo malo te ha podido pasar.

Paola miró al viejo doctor que asentía dando la razón a su nieto y no le quedó más remedio que claudicar. Bajó la cabeza, suspiró y empezó a caminar. Víctor la seguía de cerca, un paso detrás. Ella metió las manos en los bolsillos, había refrescado y no iba preparada. Había dejado sus guantes en la farmacia.

—Paola —murmuró—, quería decirte que lo que dije antes en casa de Manolo... —Paola detuvo el paso, esperando la disculpa que parecía estar a punto de soltar—. Iba en serio. Hasta que puedas ejercer como médico límitate a hacer tu trabajo.

Si le hubiesen echado por encima una jarra de agua fría no se hubiese quedado más helada. ¿De verdad había escuchado lo que le creía haber escuchado? ¿Y la disculpa que esperaba oír? Estaba claro que solo la iba a escuchar en su imaginación.

—A ver si te queda clara una cosa, *doctorcito* —replicó sin molestarse en ocultar la furia que la llenaba—, yo también lo soy. Aunque me quede el último año de residencia, tengo la misma titulación que tú.

—Otra vez estás equivocada, no tienes ni de lejos ni mi titulación ni, por supuesto, mi experiencia. Así que, por lo que a mí respecta, de momento, eres solo la boticaria —escupió para que no quedase un atisbo de duda; él estaba por encima de ella.

—Eres un gilip... —empezó a insultarle, aunque las palabras se quedaron interrumpidas por un golpe que recibió en la espalda.

—¡Lo siento! —se escuchó a lo lejos junto con el lejano eco de unos pasos a toda velocidad.

Se había disculpado, pero el golpe la desequilibró. Llevaba las manos en los bolsillos lo que le hizo complicado guardar el equilibrio y, sin darse cuenta de qué sucedía, cayó directamente sobre su pecho; su duro y firme pecho...

—¿Estás bien? —preguntó ayudándola a recuperar el equilibrio.

Las manos de Víctor la sostenían por los hombros y la miraba como si de verdad estuviese preocupado por alguien. Pero ella sabía la verdad; no tenía



espacio para nadie que no fuera él mismo.

—Lo estoy, no ha sido nada. Gracias. A partir de aquí, puedo apañármelas sola.

—La verdad es que no lo parece, *doctorcita*. En las pocas horas que hace que nos conocemos he tenido que recordarte que puedes meter la pata y dañar seriamente a alguien y después he tenido que salvarte de besar el suelo.

—Entre besar el suelo y caer sobre tu pecho, no hay mucha diferencia.

—Gracias, ya sé que estoy fuerte. —Sonrió pagado de sí mismo.

—No lo digo por eso. En serio, ¿te escuchas alguna vez? ¿Crees que dices cosas normales? Pues siento decirte que no. Al igual que siento decirte que no es porque compare tu pecho con la firmeza del suelo, es más bien porque tanto tu pecho como el suelo sois del mismo color: un gris desvaído, olvidado y triste. Así que, *doctorcito*, aléjate de mí. Háblame solo para cosas de las prácticas. Para todo lo demás no existo para ti. Ya he tenido a uno como tú en mi vida y, créeme, salí harta para tres vidas.

—Así que te recuerdo al que te dejó tirada en el altar y ahora vas a pagar conmigo todo el rencor que le tienes a él... no me parece lo más justo, la verdad, pero tampoco es que me vaya a quitar el sueño.

Paola miró hacia el cielo oscuro que los cubría y se llevó las manos a las caderas. Estaba cansada de ese extraño que, al parecer, había llegado solo para alterar su tranquila existencia.

—No entiendo cómo es posible que tengas parte de los genes de tu abuelo. No entiendo cómo es posible que a él lo quisiera desde casi el principio y a ti... a ti... —Resopló tratando de encontrar la palabra que describiera lo que le hacía sentir, aunque se temía que no existía.

—¿Me odies? —preguntó con una sonrisa ladina—. Pues ten cuidado, *doctorcita*, dicen que del odio al amor, solo hay un paso. —Se carcajeó.

—Te aseguro, *doctorcito*, que el paso que separa esos sentimientos, es insalvable. No creas que voy a decirte nunca que estoy a tus pies.

—Pareces muy segura de ti misma —murmuró serio. De repente su voz era fría y distante, como la noche.

—Lo estoy —se reafirmó.

—¿Apostamos?

De pronto, su voz volvía a estar teñida de ese aire de superioridad que Paola no soportaba. Era el típico hombre acostumbrado a que todos le dijeran que sí, fuera lo que fuese lo que pedía y si la respuesta era un no, aparecía el jugador. Ese que tenía que convertirlo todo en un juego al que apostaba todo porque sabía

que, al final, acabaría haciéndose con la victoria.

—¿Estás seguro? Vas a perder.

—Eso está por ver. Por si no lo sabes, *doctorcita*, yo nunca pierdo.

—Siempre hay una primera vez, y yo voy a ser esa primera vez. —Paola no solía comportarse así, pero es que el recién llegado la sacaba de sus casillas.

Se habían acercado mucho, era como si ese sentimiento que la llenaba de ira la obligase a estar cerca, como si él fuese la fuente del alimento y el sentimiento de odio creciera y creciera hasta nublar su mente.

Cuando se calmó un poco, se percató de lo cerca que estaba su pecho del de él, lo cerca que su boca estaba de la masculina. Lo cerca que su corazón latía del de él: al mismo ritmo acelerado.

—Paola —la llamó por su nombre en voz tan baja que acarició su piel—, te acabas de convertir en mi próximo trofeo. —Y sus dedos se colaron por su melena rebelde y colocó uno de sus indomables rizos tras la oreja, lo que provocó que el vello de su nuca se erizara y que su estómago se encogiese.

Molesta por permitir que despertara en ella sentimientos que no era capaz de controlar, se dio la vuelta e hizo el resto del camino a solas. Lo último que deseaba en su vida era volver a sentir nada por nadie. Nada. Aunque ese nada fuese odio.

## Capítulo 6

Desde la pasada noche, había evitado encontrarse con Víctor. No le gustaban los enfrentamientos y prefería no tener trato con él más allá de lo profesional. Almudena se había recuperado de su brote y ya no se rascaba tanto ni parecía drogada.

Ordenaba con tranquilidad los medicamentos que había recibido en sus respectivos cajones, cuando apareció Pepa seguida de su sobrino que parecía consternado. Paola dejó a medias lo que hacía y se acercó a ver qué era lo que quería Pepa. Lo bueno de vivir en Cãñar era precisamente eso, que se acababan conociendo todos. Por eso sabía que la hermana de Pepa se había separado de su marido y que como este no le pagaba la pensión, había tenido que empezar a trabajar más horas, por lo que el chico, Sergio, se había quedado con ella durante el curso escolar y apenas veía a su madre.

Les había venido bien a ambas porque Pepa, la solterona oficial del pueblo, tenía ahora una distracción y alguien que le hiciera compañía en las largas noches que se acercaban con la misma rapidez que el otoño que ya empezaba a dejarse entrever al atardecer.

—Buenos días, Pepa.

—Buenos días, doctorcita —dijo a la vez que Paola volvía los ojos al cielo, no había forma de que dejaran de llamarla así por más que insistía.

—Ya te he dicho muchas veces, Pepa, que todavía no soy doctora, solo soy farmacéutica.

—Doctorcita —repitió ignorando las palabras que acababa de pronunciar —, mi sobrino tiene algo. No he sido capaz de localizar a su madre y no sé qué hacer, pero estoy preocupada.

—Tendrías que haberle pedido cita al doctor, aunque yo veo a Sergio bien.

—Lo he intentado, doctorcita, pero parece ser que todo el mundo ha cogido algún virus porque no hay citas disponibles hasta dentro de una semana y no quería esperar. Por eso he venido. Mire, doctorcita, todos los días cuando se levanta, me encuentro todo lleno de pus.

Paola miraba atónita lo que le mostraba Pepa. Había ido hasta allí con una gran bolsa de la que sacó las sábanas de la cama de su sobrino. Nada más ver lo que le indicaba, Paola supo de qué se trataba y ver la cara del pobre Sergio la obligó a aguantarse la carcajada que quería soltar.

—Sergio, ¿puedes esperar fuera? —pidió al joven que asintió aliviado de

poder huir de esa situación—. Gracias, Sergio. A ver Pepa, ¿cuántos años tiene Sergio?

—Doctorcita. —«Y dale»—. Tiene quince. Los ha cumplido hace un par de semanas. ¿Pero eso qué tiene que ver?

—Pepa, no es pus.

—¿No? ¿Entonces qué es? ¿Es algo peor? ¡Ay, Virgen de la Cueva! Mi hermana me mata, me mataaaa.

—Es... ya sabes...

Paola trataba de explicar con gesto disimulado que lo que Sergio hacía era masturbarse, pero Pepa parecía no darse cuenta de lo que significaba. En verdad estaba soltera y entera como decían las malas lenguas. ¿Es que nadie le había enseñado eso de la abeja y la flor?

—No, no sé... si no es pus, ¿qué puede ser, doctorcita? ¡Ay, mi tensión! ¡*Me se* está poniendo por las nubes!

—Pepa, que no es nada malo, mujer, son cosas de la edad.

La mujer parecía no escuchar a Paola, no dejaba de pasearse por la farmacia haciendo aspavientos y abanicándose con las manos.

—Pero mire, doctorcita. —Señaló sacando de la bolsa varios pares de calzoncillos—. ¡Hasta los calzoncillos los mancha! Tiene que ser algo malo, deme algo para *la pus*, ¡está lleno! ¿No ve? ¿No ve? —insistió colocando frente a ella los calzoncillos manchados—. Mi hermana me mata, me mataaaa.

—A ver, Pepa, que el niño no tiene nada, que solo se hace mayor. Guarda eso, mujer, y no me los restriegues por la cara.

—¿Entonces no es nada?

—Pepa, tu sobrino toca la zambomba.

—¿Qué? —preguntó confusa sin entender a qué venía esa pregunta—. ¡No! Si todavía no ha llegado Navidad.

Paola la miraba sin saber muy bien cómo decirle más claro a esa mujer lo que su sobrino hacía, así que si no quería estar con eso todo el día y parte del siguiente, tenía que ser más clara.

—Pepaa... que parece que estás en el guindo, mujer. A ver, que tu sobrino se toca, se pajea, se masturba... ya sabes.

Paola no supo si fue por los gestos o por las palabras, pero al final pareció que por fin había comprendido lo que quería decirle, ya que sus ojos se abrieron como platos.

—Sergio... ¿en serio? ¡Ay, Dios! ¡Voy a lavarlo todo, todo! Adiós y gracias doctorcita. Voy a irme con él a la iglesia para que don José le eche agua bendita

por todo el cuerpo a este pecador. ¡Madre del amor hermoso! ¡Lo ha poseído Satanás!

—Es una forma de llamarlo, aunque yo prefiero decir que está con las hormonas por las nubes.

Sin más, se fue de la farmacia, Paola pudo ver cómo agarraba al pobre niño por la oreja y lo llevaba calle abajo a toda prisa, sin duda a que don José lo bendijera. Tenía que hablar con Elisa, la alcaldesa, y proponerle un taller de relaciones afectivo sexuales. No podía ser que, por muy alejados que estuvieran de la ciudad, hubiese todavía gente que no supiera esas cosas.

La risa llegó sola, mientras seguía colocando las medicinas en su sitio, y no dejó de reír recordando la situación tan absurda que acababa de vivir.

—Parece que te lo pasas genial ordenando.

Escuchar su voz hizo que la risa se cortara tan de repente como había llegado. Todavía estaba molesta por lo que le sucedió y no tenía ganas de verlo, salvo para lo justo y necesario.

—Sí, también pasan cosas divertidas aquí —dijo cortante.

—Parece que el único que no consigue encontrar nada que lo entretenga soy yo.

—Bueno, todo depende de la actitud con la que se tomen las cosas, la tuya es pésima.

—No debería estar aquí.

—Pues vete. No sé qué te ata, pero desde luego no es tu abuelo. En todos los años que llevo aquí, que yo sepa, no has venido ni una sola vez a verlo.

El rostro de Víctor cambió de repente, se puso serio y tenso. Como si le hubiese molestado que una extraña le echara en cara ese hecho que, por otra parte, no era nada más que la verdad.

—No puedo irme, además ahora no quiero. Necesitaba un cambio, alejarme de la ciudad y perderme en un lugar dónde nadie me encontrara. Lo que pasa es que no pensé que no iba a encontrar ni una sola persona a la que le cayera bien.

—Si te lo propusieras, harías amigos. No yo, eso está claro, pero seguro que con algunos de los chicos harías migas. Ve a jugar a la pelota con ellos, harás deporte y lo pasarás bien.

—¿Por qué contigo no?

—No me gustas.

Paola lo soltó sin más, de forma tan natural que en vez de molestar a Víctor le hizo sonreír y en ese momento Paola se dio cuenta de que era muy guapo.

—Me alegro, la verdad, porque tú tampoco me gustas a mí. Me marchó,

voy a regresar a la consulta, parece que hay alguna epidemia en el pueblo que ha atacado a todas las mujeres.

—Adiós.

—Por cierto, dile a tu amigo, ¿Pedro? —Paola asintió para confirmarle que había acertado con el nombre de su amigo—. Que se quede tranquilo.

—¿Por?

—No tengo intención alguna en robarle a su chica.

Paola pensó un momento en sus palabras, hasta que se dio cuenta de lo que quería decir. Eso la molestó. No era de nadie. Nunca lo sería. Lo había jurado mil veces en su cabeza y otras mil más en la iglesia, frente a santa Ana, y tenía la intención de cumplirlo.

—Si lo dices por mí, estás muy equivocado. No soy ni seré la chica de nadie.

Él la observó durante unos segundos, como si estudiase un caso difícil de resolver, y después se marchó de la misma manera abrupta en la que había llegado. Paola volvió a lo suyo, tratando de no pensar en sus palabras, a pesar de que no tenía claro por qué le había molestado que pensara que era la chica de alguien.

## Capítulo 7

Víctor regresó a la consulta, la verdad es que no comprendía cómo su abuelo era capaz de aguantar ese ritmo. Había visto y conocido a todas las jóvenes casaderas, viudas y divorciadas que había en el pueblo. Además, sabía de qué color llevaba cada una la ropa interior. No entendía por qué ese afán de todas por enseñársela.

Sonrió al recordar la risa de Paola, era seductora, pero no tanto como para que le llamara la atención. La verdad era que no le interesaba en absoluto, por él que se casara con el tal Pedro o con Perico el de los Palotes. Le importaba un bledo.

La siguiente paciente era una mujer madura, con curvas exuberantes y atractiva. Al verla pensó que tenía que haber sido toda una belleza unos años atrás y que todavía conservaba algo de su atractivo.

Tenía dificultad para respirar y no dejaba de toser. Sin necesidad de auscultarla tenía claro que era una bronquitis asmática o algún tipo de alergia. Abrió el ordenador, menos mal que al menos tenía ordenador y no fichas, y vio lo que su abuelo había recetado y las anotaciones sobre su dolencia.

—Buenos días, Francisca, ¿verdad?

—Sí, soy yo. ¿Y Emili... quiero decir, y el doctor Duarte? ¿Está bien?

—Sí, no se preocupe, soy su nieto.

—Ah, así que eres Víctor. Eres muy guapo, tu abuelo no exageraba para nada.

Víctor sonrió y la señora volvió a tener un ataque severo de tos que le preocupó.

—Francisca, he visto que mi abuelo le diagnosticó alergia a los animales con pelo, en concreto a los gatos. Le recetó un inhalador, ¿no es así?

—Sí, doctor, por eso vengo. Hace una semana que lo uso y no me encuentro mejor, diría que estoy peor.

—Quizás no lo está usando correctamente, ¿lo tiene consigo?

—Claro, su abuelo me dijo que lo llevara a todos los lados —explicó sacando del bolso el pequeño artilugio azul.

—Está bien, ahora enséñeme cómo lo utiliza.

—Bueno, pues lo muevo como me dijo su abuelo y luego lo acerco al gato y pulso el botón, espero treinta segundos y pulso otra vez. Dos pulsaciones, tres veces al día.

Víctor la miraba sin creer lo que escuchaba, tenía que haber algún error, no era posible, ¿o sí?

—Francisca, ¿rocía al gato con la medicación?

—Claro, como me dijo su abuelo: dos pulsaciones, tres veces al día, terminará con la alergia al gato.

—Francisca, el inhalador es para usted. Tiene que agitarlo, ponerlo en la boca y apretar para que salga la medicación a la vez que usted da una fuerte aspiración para que la medicación llegue a los bronquios.

—¿Entonces no es para el gato? —preguntó con sorpresa.

—Es para evitar la alergia que le provoca su gato, pero se lo tiene que tomar usted.

Después de unos segundos, la buena señora pareció comprender el proceso por completo y asintió con la cabeza a la vez que sonreía.

—¡Anda! ¡Claro! ¿Cómo iba a mejorar si se lo ponía al gato? Santa Ana, qué vergüenza. Estoy mayor... no me entero de nada.

Francisca estalló en carcajadas y Víctor la acompañó, la verdad era que en toda su vida trabajando como médico era la primera vez que le sucedía algo así. Era para contar a los compañeros mientras se tomaba un café.

Una vez acabadas todas las visitas, subió a la planta de arriba en la que se ubicaba la vivienda de su abuelo. Entró y lo saludó, la verdad era que se le veía bastante deteriorado. Tendría que llamar a su padre y contarle cómo estaba la situación. Preparó algo de comer, puso la mesa, sirvió la comida y se sentó a su lado.

—¿Cómo te encuentras hoy, abuelo?

—Voy tirando, estoy viejo, ¿no lo ves?

—Te veo bien.

—No sabes mentir, te pasa como a tu abuela.

Víctor dejó escapar una sonrisa de verdad, de esas que solo se tienen cuando uno es un niño ajeno a todo lo que vida conlleva.

—Ha venido Francisca.

—¿No está mejor del asma?

—No, estaba rociando con el inhalador al gato.

Su abuelo, al comprender la situación rompió en carcajadas a las que él se unió de inmediato, la verdad era que la situación era, cuanto menos, divertida.

—Ya me pasó algo parecido otra vez —comentó su abuelo una vez calmado el golpe de risa—, tenía que habérselo explicado mejor. Unos padres llegaron con un bebé que tenía bronquitis y al cabo de los días regresaron porque el niño



no estaba mejor. Efectivamente, el niño estaba peor de la bronquitis, pero es que cuando les pedí que me enseñaran cómo medicaban al crío, ¿adivina?

—¿No me digas que también lo rociaban?

—¡Peor! Le ponían la medicación por la oreja... una cosa...

Escuchar eso le provocó otra carcajada. Sonora, profunda y real. Rio hasta que se le saltaron las lágrimas y al acabar, se sentía feliz como hacía mucho que no lo estaba. Tal vez, después de todo, el castigo de su padre, al alejarlo un poco del mundanal ruido, no fuese tan malo como creyó en un primer momento.

Además, dejar atrás a Daniela había sido doloroso, aunque la distancia le estaba dando otra perspectiva del asunto y empezaba a plantearse algo que nunca antes había sopesado: ¿le dolía haberla perdido o haber perdido?

Tenía que haberle quedado claro desde el principio que solo eran amigos, que nunca iba a poder haber nada entre ellos. Nada real. Solo estaban juntos porque de alguna forma les convenía, porque de alguna manera parecía que debían de estar hechos el uno para el otro. Pero, al parecer, todo había sido una excusa para no enfrentarse a la realidad. Esa de la que no quería ser consciente, aunque cada vez que su abuelo hablaba de su abuela de esa forma, su corazón latía con fuerza porque, en el fondo, él deseaba amar a alguien con esa intensidad.

—Víctor.

—Dime, abuelo.

—Me alegra que estés aquí.

—Yo también me alegro.

Ambos se observaban sin decir con palabras lo que sus miradas expresaban. Víctor sintió un poco de escozor en el pecho, había estado tan metido en su mundo que se había olvidado de lo demás. De lo que de verdad importaba. De su familia.

—Quiero que me hagas dos favores —pidió su abuelo con voz seria.

—Claro, abuelo.

—Promete que los harás —insistió.

Víctor miró a su abuelo con sorpresa. Por lo general no le pedía nada, y menos con esa insistencia, pero aceptaría. Estaba claro que tenía que ser importante para él.

—Cuenta con ello.

—Quiero que hagas amigos, que juegues al frontón con Pedro y los demás chicos.

—Abuelo, no sé si te has dado cuenta de que no le he caído bien a nadie en

el pueblo, ni siquiera a tu querida boticaria.

—Ese es el segundo favor que quiero que me hagas. Trátala bien, se lo merece. Esa joven ha sufrido y soportado mucho. No te puedes hacer una idea de lo mal que llegó al pueblo. Tenía el corazón destrozado y, créeme, fue muy complicado de arreglar.

Víctor se quedó pensando en las palabras de su abuelo, la verdad era que no había sido muy amable con Paola, no tenía claro por qué había sido tan desagradable con ella desde el principio.

—Pedro es un buen chico, es solo que te ha visto como un rival a tener en cuenta. Lleva enamorado de Paola desde que aterrizó por estas tierras una lejana noche de frío invierno. Todavía recuerdo cuando llegó a la farmacia, buscando a Antonia. Era amiga de la familia de Paola desde hacía mucho; y más tiempo aún estuvo insistiendo en que viniese a echarle una mano. Cuando murió, se lo dejó todo.

—Lo intentaré, es todo lo que puedo prometer.

—Con eso me basta —murmuró cansado—, con eso me basta. ¿Sabes? Paola me recuerda mucho a tu abuela, también a tu madre. Tiene ese espíritu difícil de domar, esa forma de ver la vida de una forma especial. Te contagia. Es luz en la oscuridad. Espero que no estés tan ciego como para no verlo.

Víctor guardó silencio, pensaba en las palabras de su abuelo que se empeñaban en pasearse por su cabeza una y otra vez. Tal vez tenía razón, quizás había sido desagradable con ella porque de alguna manera le recordaba, demasiado, a la mujer que más había amado: su madre.

Miró a su abuelo al escuchar un leve ronquido, se acercó y le echó una manta por encima, sobre el pecho; recostado en la mecedora, se había quedado dormido. Lo dejaría descansar. Él... ya vería qué haría. Tenía la tarde libre. Tal vez le diera una oportunidad al pueblo. Necesitaba hacer deporte y como no había gimnasio, tendría que usar lo que la naturaleza le ofrecía para ejercitarse.

## Capítulo 8

Paola había cerrado la farmacia. Un par de tardes a la semana lo hacía y se iba de paseo por el pueblo. Le gustaba correr, caminar, subir a las montañas, bañarse en el río... No necesitaba mucho más. Le había costado al principio, pero ahora estaba segura de que no había mejor forma de vivir.

Paseaba cerca del dique, le gustaba el sonido del agua al precipitarse a más de treinta metros en caída libre: era hipnótico. La hacía pensar, al principio cuando llegó, se escapaba allí para llorar a solas.

Por lo general, se suele pensar que cuando dejaban a una novia sola en el altar, esta lloraba por la vergüenza que sentía, pero nada más lejos de la realidad. Eso no era lo peor. No era el hecho de ser el centro de atención ni estar allí plantada esperando a alguien que no tenía la intención de aparecer, tampoco era ver en los ojos de todos los presentes la compasión que sentían por la pobre incauta salir a borbotones con la misma fuerza con la que caían sus lágrimas.

Lo peor era darse cuenta de que esa persona a la que amabas con toda tu alma, a la que estabas dispuesta a entregarle una vida entera, te despreciaba de esa manera. No le importaba dejarla sola. Ni que sufriera. No le importaba nada... En el instante en el que comprendió que para esa otra persona nada había sido tan real como para ti, en ese momento, el corazón se rompía en tantas piezas que era imposible unir las todas.

Pero, con el tiempo y la distancia, cuando ya no era algo de lo que los demás siempre estarían hablando te dabas cuenta de que fue lo mejor. Aunque no lo fue encontrarse una nota de despedida escrita en papel higiénico. Esa fue la estocada mortal.

—No te muevas, tienes una araña gigante y de color morado en el pelo. Creo que se está haciendo la casa en tu cabe...

—¡Quítamela! ¡Por favor, quítamela!

No le importaba que fuera la persona a la que menos le apeteciera ver, lo único que le importaba era que tenía una araña en el pelo y ella odiaba a las arañas. No era capaz de pensar en nada más que en la dichosa araña enredada en su pelo y estaba muy nerviosa, a pesar de todo, mantuvo la calma y no se movió mientras él cogía la araña de su cabeza con una hoja de un árbol.

—Ya está —dijo sonriendo—. Te he salvado, ahora me he convertido, de repente, en tu héroe.

—Sí, bueno, gracias —farfulló.

—¿No hay beso?

Víctor la miraba con la diversión bailando en los ojos. Parecía siempre dispuesto a hacerla rabiarse, como si ella fuera su nueva distracción.

—Ni lo sueñes. Antes besaría a un batracio.

Víctor dejó escapar una carcajada, la verdad era que desde que había llegado hacía apenas una semana, se había reído más veces que en los últimos años.

—Creo que es la primera vez que me dicen que un sapo es más apetecible que yo.

—Me da la sensación de que estás muy mal acostumbrado.

—La verdad no es lo normal que me digan que no, lo normal es que...

—¿Qué se pongan a tus pies? —escupió haciendo referencia al poco acertado comentario de Almudena.

—En algunas ocasiones... —Volvió a sonreír con picardía—. Pero lo que iba a decir era que lo normal es que me... espíen a hurtadillas mientras orino.

Paola se ruborizó por varios motivos: la verdad era que podía verse de rodillas, frente a él haciendo todo lo que le pidiera, pero no entraba en sus planes, desde luego. Por muy muy muy apetecible que fuese. Y también porque recordó su desafortunado primer encuentro, lo que la hizo percatarse de que llevaba la camiseta húmeda por el ejercicio y que esta se pegaba a su pecho, firme y marcado. Tenía unos brazos...

—Bueno, pues lo siento, no soy de esas. No me dejo impresionar por un tipo guapo que no tiene nada más que músculos.

—Así que reconoces que me encuentras atractivo...

—Parece que tienes sordera selectiva y que solo oyes lo que te da la gana.

—Si ya decía yo... que me mirabas con lascivia el otro día mientras...

Paola cambió el gesto a uno más adusto. ¿Es que no iba a dejar de recordarle nunca lo que ocurrió?

—¿Lascivia? En todo caso trataba de enfocar para poder ver... algo —replicó con maldad.

Paola vio como las pupilas de Víctor se dilataban y una pequeña sonrisa se formaba en su generosa boca. Después de todo, iba a tener algo con lo que entretenerse.

—Doctorcita, empiezo a encontrarle el atractivo a este sitio.

—Vaya, qué curioso, parece que nunca vamos a estar de acuerdo en nada, porque yo estoy empezando a dejar de vérselo.

Paola ya se había dado la vuelta para irse, de repente se le habían quitado

las ganas de pasear o de contemplar el salto de agua. Por lo general la relajaba, pero hoy no.

No había caminado más de unos pasos, cuando, desde lejos, divisó la figura de Pedro. ¿Habría sucedido algo? No era normal que fuesen a buscarla, así que la alarma se activó en su interior y se puso en guardia. Su mente manejaba mil posibles causas por las que Pedro hubiese ido a buscarla.

—Pao, menos mal que te encuentro. Tienes que volver. Es Arturo.

—¿Está bien? ¿Ha tenido algún accidente en la cantera?

—No, no está bien. Tienes que venir de inmediato.

—Si es una urgencia médica, creo que el que tiene que ir, soy yo.

Pedro no disimuló el disgusto que le producía verlos allí a los dos. Paola sabía que más tarde iba a ser sometida al tercer grado, pero antes tenía que intentar averiguar qué demonios le había pasado a Arturo.

—Como quieras, vamos, parece muy grave.

Regresaron a toda prisa al pueblo y se encaminaron hacia la consulta del doctor Duarte. Los gritos se escuchaban desde la entrada del pueblo, y Paola sentía cómo su sangre se coagulaba con cada uno de ellos. Eran escalofriantes.

—¿Qué demonios le pasa?

—No lo sé, llegó al Piki doblado de dolor, lo ayudé a llegar aquí, pero se niega a decirme nada. Solo quería ver al doctor.

—Vale, voy a entrar a ver si averiguo qué le está provocando ese dolor.

Víctor entró en la consulta y cerró la puerta. Segundos más tarde Paola entró sin permiso. No iba a permitir que la dejara al margen, habían ido en su busca, no en la de él.

—Sal de mi consulta, si te necesito te lo haré saber.

—Saldré solo si Arturo me lo pide.

Ambos miraron a Arturo, le apodaban el oso, algo que era evidente al verlo. Su aspecto se podía confundir con el de ese animal, era enorme y tenía pelo por todos lados.

—Solo... el doctor...

Arturo apenas podía hablar, pero había dejado claro que no la quería allí, así que salió por la puerta un poco triste y se sentó al lado de Pedro a esperar que Víctor hiciera su trabajo. Sin contar con ella. No era justo. Ella llevaba allí más tiempo que él. Eran su gente. Él ni siquiera quería estar allí.

—Así que... tú y el doctor, ¿eh?

—Antes de que empieces con el tercer grado y tenga que preguntarte si necesito que mi abogado esté presente, te responderé. No, no hay nada y nunca

lo habrá entre nosotros. Fue una casualidad que estuviésemos allí. Fin.

—Entendido, doctorcita.

De repente, los quejidos se calmaron y todo pareció volver a la normalidad. Paola se moría de curiosidad por lo que sucedía al otro lado de la puerta. Notó que Pedro rozaba su mano y la apartó con brusquedad. Estaba cansada de tener que lidiar con los hombres. Ninguno parecía enterarse de qué iba la película y estaba cansada.

Se puso en pie y empezó a caminar, nerviosa, por la pequeña sala de espera. No le apetecía estar allí, pero no podía irse sin saber si todo estaba en orden. Al cabo de unos minutos que se le hicieron interminables, la puerta se abrió y Víctor apareció secándose las manos con una toalla.

—¿Todo bien, Víctor? ¿Arturo se encuentra bien?

—Todo bien, podéis iros a descansar. Me quedaré con él aquí, vigilándole.

—Me quedaré también, por si necesitas ayuda —se ofreció Paola.

—No es nada grave, puedes irte a dormir. Pedro, tú también, vete y descansa.

Paola se despidió de Pedro y esperó a estar a solas con Víctor, si quería que se fuera, al menos, tendría que decirle qué demonios le había pasado.

—Víctor —dijo en cuanto Pedro se hubo marchado—. Doctor Duarte —rectificó—, me iré cuando me diga qué le ha pasado.

—¿Eres familiar? —preguntó con sorna.

—Aquí todos somos familia. —«Menos tú», pensó, pero prefirió no empeorar las cosas.

—No te vas a ir hasta que te lo diga, ¿verdad?

Paola no dijo nada, tan solo se cruzó de brazos y asintió. Esperaba que su lenguaje corporal fuera suficiente como respuesta.

—Eres una cotilla de mucho cuidado, ¿eh? No solo te gusta mirar a hombres desnudos, también te gusta mirar dentro de todos. Me recuerdas a la vieja del visillo.

Ante la acusación, su primera reacción fue abrir la boca para soltarle unas cuantas verdades, pero después pensó que era mejor dejarlo estar. Le interesaba mucho más el estado de Arturo y qué demonios lo había llevado a quejarse de esa forma, que discutir y justificarse una y otra vez por lo que sucedió.

—¿Cómo está Arturo?

—Ahora bien. Lo he sedado. Estará unos días con molestias, pero nada que no tenga arreglo.

—¿Qué demonios le ha pasado para retorcerse así?

—Le ha pasado que vive en este pueblo en el que parece que el tiempo se paró en la prehistoria. Alguien le recomendó que lo mejor para cortar la diarrea era ponerse el corcho de una botella de vino. Y lo ha tenido ahí durante una semana. Imagina lo que ha salido de ahí dentro cuando lo he conseguido extraer, mucho más grande que el montón de mierda sobre el que te caíste. ¿Conseguiste sacar el olor con facilidad? —preguntó riendo sin parar.

Paola pasó por varios estados. Primero se preocupó por la barbaridad que Arturo había hecho, ella podía haberle dado en la farmacia algunos polvos para cortar la diarrea y después sintió como la ira burbujeaba con furia en sus venas. Es que era insoportable, no dejaba de meterse con ella, de recordarle lo que había sucedido.

—Es curioso que lo único que yo recuerde de aquel día, fue la mancha de orina que había en tus pantalones, aunque ahora que lo pienso, era demasiado grande para tan pequeño... *grifo*.

Víctor dejó de reír de inmediato, no le había hecho gracia esa referencia a su corta hombría y se acercó a ella en dos zancadas.

—Cuando quieras te demuestro lo pequeño que es mi grifo. Creo que demasiado grande para una tubería tan... *estrecha*.

—¿Estrecha? ¿Qué sabrás tú? Oh, sí, el todopoderoso doctor que todo lo sabe, ¡Dios, baja, que sube el doctor Duarte!

—Sí, estrecha. Creo que necesitas ejercitar más esos músculos, por si no lo sabes te hacen más feliz.

—Oh, es una gran idea. Yo puedo ejercitar esos músculos, mientras me acompañas y ejercitas tu cerebro. Creo que es más pequeño que tu...

Paola no dijo nada más, tan solo bajó la mirada a su entrepierna y se dio cuenta de lo cerca que estaban. Jadeaban por la rabia que los invadía. El intercambio de insultos estaba siendo duro. Tanto que se sentía excitada. Algo extraño, la verdad, pero al fijarse más, se dio cuenta de que a él parecía sucederle lo mismo.

—Paola, vete. Es mejor que te vayas antes de que cometa una locura.

—Me voy, pero no porque tú me lo pidas, me voy porque estar aquí, contigo, es el peor lugar en el que puedo estar. Espero que termines pronto de hacer lo que sea que te haya traído hasta aquí y te largues de una vez.

—No creas que a mí me encanta estar aquí, aunque a lo mejor, la que sobra eres tú.

—Buenas noches, doctor. Le voy a dar un consejo: métase el corcho que le ha sacado a Arturo del culo en la boca. Creo que le quedaría genial.

El portazo se escuchó a varios kilómetros, ese hombre la sacaba de quicio de una forma que nadie podría entender porque ni siquiera ella podía hacerlo. Tenía algo que sacaba lo peor que ella. Hacía tanto que no se sentía tan... estimulada.

Caminó por la calle solitaria y en penumbra. Una farola crujió a su paso y la luz dejó de iluminar. Genial. Todo le salía mal. Se abrazó a sí misma y siguió su caminata hasta su casa.

De repente, las lágrimas aparecieron sin avisar. Se sentía tan sola... siempre lo había estado, pero no sabía por qué se acababa de dar cuenta. Un escalofrío la obligó a tratar de darse calor con sus propios brazos y sin saber cómo, se encontró girando sobre el suelo. Su cuerpo acababa de cambiar de dirección por sí mismo, como si fuera una peonza fuera de control.

Al estabilizarse se encontró con la mirada fría y acerada de Víctor que la miraba visiblemente cabreado, pero, al ver que lloraba, su expresión se suavizó.

—¿Te he hecho llorar?

—Siempre dándote tanta importancia. ¿Qué quieres?

Víctor alzó los dedos y secó la humedad de sus mejillas. Su rostro era prisionero de sus firmes manos, estaban bajo la farola que no iluminaba y, sin embargo, podía verlo con toda claridad. Si al menos no fuese tan endiabladamente atractivo... no le resultaría tan complicado tenerlo cerca pero, aunque no lo soportaba, cada vez que se rozaban su cuerpo se desordenaba.

La respiración de ambos era acelerada, tanto como los latidos de su corazón. ¿Iba a besarla? Lo parecía, y cuando el pulgar masculino acarició su labio inferior, Paola tembló y cerró los ojos. Estaba cansada, había sido un día muy duro.

El aliento cálido de Víctor rozó sus labios y esperaba con ansia lo que iba a suceder, desde que lo había visto había deseado besarlo, la verdad era que desde Rodolfo no había habido nadie más. Y, aunque no soportara sus aires de superioridad, tenía que reconocer que era tan atractivo como grande su ego.

Abrió los ojos al cabo de unos segundos, una ráfaga de aire frío desordenó su melena haciéndola tiritar, y se dio cuenta de que se había ido y la había dejado sola, sin beso y sin saber qué demonios era lo que lo había llevado a salir a buscarla.



## Capítulo 9

Víctor regresó a la consulta y controló las constantes vitales y la respiración del paciente. Entonces, una carcajada reverberó en su pecho hasta hacerle doblarse de la risa. ¿Es que no había nadie normal en ese pequeño pueblo? Tampoco era que fuese algo tan extraño, había visto radiografías con cosas mucho peores dentro del ano de algunas personas, pero es que en ese sitio todos estaban un poco locos.

Una mujer que rociaba al gato con el inhalador del asma, un tipo que parecía un oso que se taponaba el ano con un corcho, una farmacéutica atractiva que lo volvía loco. Sabía que no la soportaba, pero por alguna extraña razón que no tenía clara, no podía mantenerse alejado de ella. Sus constantes desplantes, esa forma de replicar lo que decía, su ingeniosa manera de ponerle en su sitio... era adictiva.

Después de comprobar que todo estaba bien, sacó el sillón de su abuelo hasta la salita de espera y se dispuso a echarse una cabezada hasta que el paciente despertara de la anestesia. Había tenido suerte y no había dañado demasiado tejido al sacar el objeto de ese oscuro lugar, pasaría un par de días con molestias y con toda probabilidad, sangraría un poco. Esperaba que no sufriera de hemorroides, si era el caso el dolor iba a ser tan grande como el paciente.

Se recostó como pudo y cuando empezaba a coger el sueño, alguien tocó a la puerta. Al principio, perdido entre la realidad y el sueño, no supo qué sucedía, hasta que la llamada se hizo insistente y llegó acompañada de gritos.

Parecía alguien pasado de copas. Se levantó, cabeceó para despejarse y fue a abrir la puerta, en la que se encontró a Pedro. No se tenía en pie. Todavía llevaba en la mano una botella de algo que parecía *whisky*.

—Doccctorr, ¿esssstá aquíii?

—Pedro, ¿estás bien? Sí, claro, está aquí todavía.

—Looo sabía. Sí, lo sabíaaa.

Víctor miraba al joven, parecía algo menor que él, pero no mucho. Aun así, tenía un aspecto más juvenil, tal vez el aire de la montaña les ayudaba a tener a todos esa apariencia menos gastada.

—Vamos, entra. Voy a darte algo, ¿qué sabías?

—Que diiiga lo que digaaa... es un secreeto, ¿ehh? —dijo a duras penas llevándose la mano a la boca para pedir silencio—. Ellaaa le gustaaa. Es

normalll, claaaaro. Essss perfectaaaa, hombreeeee.

—Pedro, no sé de qué hablas, anda siéntate ahí que voy a por algo.

Víctor lo acomodó en tres butacas y lo recostó como pudo de lado por si vomitaba. ¡Era peor que estar de guardia en urgencias! ¿Qué diablos pasaba con la gente de ese pueblo? Eran pocos, pero cada uno valía por diez... entró en busca de suero. Era lo único con azúcar y minerales que tenía a mano, debía hidratarlo.

Al salir, Pedro roncaba. De todas formas como pudo lo espabiló y le dio de beber. Tendría que haberle dado algo sólido también, pero cualquiera era capaz de lograr esa hazaña en el estado en el que estaba, ya había sido un milagro que bebiera.

No entendía cómo había llegado a ese estado de embriaguez tan deprisa. ¿Tanto hacía desde que lo había mandado a casa? Lo que estaba claro era que a dormir no se había ido. Cogió la botella, casi vacía, de entre sus manos y se la llevó al baño, tiró el poco contenido de esta por el lavabo y la dejó en la papelera.

Al cabo de un rato, cuando comprobó que no vomitaba el líquido ingerido y que parecía haber cogido un profundo sueño, volvió a la butaca a tratar de descansar algo. Estaba siendo un día realmente largo.

El canto de un gallo lo despertó, no estaba acostumbrado a que esos ruidos de la naturaleza lo recibieran tan temprano en la mañana, pero ahí estaba. El maldito gallo que no dejaba de cantar como si no hubiera un mañana y si seguía así, no iba a verlo, él se encargaría de hacerlo desaparecer.

Se levantó y fue a buscar algo para el dolor de cabeza. Al abrir la despensa de las medicinas se dio cuenta de que apenas había nada. Así que anotó mentalmente que debía pasar por la farmacia y hacer una compra. Eso le recordó a Paola. Su mirada triste, su sonrisa tierna, el... el mal genio que sacaba con él y, al parecer, solo con él. Sonrió. Había estado a punto de besarla. Cuando la vio llorar, le pareció tan tierna, tan dulce y frágil que sintió ganas de besarla y hacerla callar de una vez. Su boca era su perdición y si se descuidaba iba a ser la suya también.

Cuando salió del despacho para sentarse, la vio en una de las sillas. ¿Cómo demonios había entrado? No recordaba haber abierto la puerta.

—Buenos días, ¿una noche movidita? —lo saludó con ese tono agrio que solo usaba con él.

—Sí, perdona, pero ¿cómo has entrado?

—Tengo una copia de las llaves. Tu abuelo me las dio. Te recuerdo que está aquí solo.

Iba a replicarle algo, pero decidió que ya estaba cansado de discutir con ella. Además, le había molestado verla llorar por su culpa y se sentía un poco culpable, así que en lugar de eso se sentó a su lado justo después de hacer dos cafés.

—Gracias, no esperaba ese acto tan... caballeroso de ti.

—Sé que hemos tenido un comienzo... diferente, pero tampoco es que sea tan malo, no diré que soy el príncipe azul, pero tampoco el dragón.

—Los príncipes azules están pasados de moda, ahora nos gustan más los caballeros negros, algunas, incluso, se vuelven locas por el fuego de los dragones.

—Vaya, doctorcita, no sabía que le iba eso de ser esposada y azotada.

Víctor sonrió y dio un sorbo al café, tenía que disimular que la imagen de ella esposada en ropa interior y su mano golpeando su trasero le había acelerado... la sangre.

—Una vez me dijeron algo que pensé que no era verdad, sin embargo, con el paso del tiempo, me he dado cuenta de que estaba equivocada y de que aquella compañera de la facultad no.

—¿Y qué es?

—Que todos los hombres estáis obsesionados con el sexo, a unos se les nota más que a otros, es lo único que os diferencia.

—Está en nuestra naturaleza.

—Supongo... ¿qué le pasó a Pedro? ¿Cómo está Arturo?

—A Arturo le va a doler una buena temporada el culo. —Soltó una risa profunda que llamó la atención de Paola, había bromeado, y dio otro sorbo de café.

—¿Y Pedro? ¿Vino a acompañar a su amigo?

—Bueno... Pedro volvió pasado de copas. Al parecer pensaba que estabas aquí conmigo y se hizo sus cábalas.

Paola bajó la cabeza, ruborizada y sintiéndose culpable. No sabía cuántas veces le había tratado de explicar que no quería estar con nadie. Que estaba mejor sola.

—Parece —continuó ante su callada como respuesta— que tienes un admirador muy tenaz.

—Lo cierto es que se lo he dicho mil veces, es un buen chico. Y guapo, es obvio. Pero no es él, soy yo. Y esta vez es en serio —justificó al verle esbozar

una sonrisa—. No te rías, es la verdad. No quiero tener a nadie en mi vida. Nunca más. Ya tuve suficiente.

—Es triste hablar así cuando se es tan joven, tal vez no ha llegado aún esa persona que haga que se pare el tiempo.

—La mía debe de estar muy lejos... en otra galaxia.

Ambos guardaron silencio.

—¿Sabes que se apostó mi abuelo con mi abuela? Apostó que si se curaba, él saldría con ella y que si no se recuperaba, ella saldría con él.

—Me contó algo cuando lo acompañé a casa. Al final ganó, ¿verdad?

—Se curó, en parte gracias a los cuidados de mi abuela. Ella decía que no le había gustado nada su descaro. Sí, lo he heredado de él.

Paola no dijo nada, estaba claro que le había leído la mente. Era justo lo que había pensado. Un ronquido de Pedro la sobresaltó y el café, al que daba un sorbo, resbaló por la comisura de su boca.

Víctor acercó el pulgar para limpiar la comisura de la boca y de nuevo, ahí estaba. Esa maldita sensación que le nublabla la mente.

—¿Por qué no dejas de meterte conmigo, Paola?

—Solo me defiendo de tus ataques. Además...

—Además...

Su voz se había convertido en un susurro. Su boca cada vez estaba más cerca de la de la joven cuyas pupilas se habían convertido en dos agujeros negros. Lo deseaba, al menos podía contar con eso. ¿Él la deseaba? Al parecer sí, tenía algo que lo estimulaba, aunque no debería. Ya sabía cómo terminaban todas sus relaciones.

—Si dejara de hacerlo, sería como las demás y dejarías de prestarme atención.

Víctor sintió unos deseos enormes de cargarla en brazos, llevarla a la mesa de su consulta y hacerla suya allí mismo. Algo carnal. Improvisado. Animal.

Acercó su boca más a ella que cerró los ojos esperando que llegase ese contacto que parecía estar escrito, cuando un grito los sobresaltó. Paola abrió los ojos y la magia se rompió, Víctor cerró los suyos, frustrado. No era la primera vez que se quedaba con ganas de besarla, pero el deber llamaba: el oso se había despertado furioso, alguien había profanado su lugar sagrado.

## Capítulo 10

Paola se arrepintió en seguida de lo que había dicho, por eso, se levantó y se fue de inmediato. Más tarde preguntaría por el estado de salud de ambos, ahora no podía seguir allí. Había dejado una ventana abierta a ese hombre que, desde el primer momento en el que lo vio, supo que iba a ser un problema para ella. Había sido el único, para su desgracia, que había despertado su atención desde que sucedió lo de Rodolfo.

Cuando llegó a la puerta de su negocio ya tenía gente esperando. Dio los buenos días y atendió a los clientes. Nadie dejaba de hablar de Arturo y su culo, era la novedad del día, de la semana y con toda probabilidad del año. Ese hecho iba a pasar a la historia. La mañana se pasó sin darse cuenta, casi era la hora de cerrar para comer algo, cuando Almudena llegó.

—Paooo, Paoooo, traigo noticias...

—Estoy agotada, Almu. Me duele la cabeza, mucho, y estoy hambrienta. No he tomado nada desde... —«Desde el café que te ofreció Víctor», recordó—. Ni me acuerdo.

—No te voy a contar lo de Arturo porque ya sé que estabas allí. ¿A quién se le ocurre? ¿Cómo es posible que se metiera un corcho en el culo para dejar de ir al baño?

—Es como alguien que conozco que, a pesar de ser alérgica al encaje, se pone ropa interior de ese material y se llena de habones.

—La verdad es que no debí de hacerlo, ahora me arrepiento tanto... —confesó echando parte de su cuerpo sobre el mostrador—, bueno, lo que te quería decir es que Paloma ha ido a ver cómo estaba Arturo, ¡la que le va a caer cuando esté bien! ¡Está con un cabreo! Pues eso, que entró en la consulta como un vendaval, sin llamar ni pedir permiso y escuchó cómo el doctor *buenorro* le decía a su abuelo que lo ponías nervioso.

—¿Quién, yo?

—Sí, tú. Y el doctor le dijo que tenía un serio problema.

Paola trató de digerir lo que su amiga le contaba y un leve calor se instaló en su estómago y subió hasta su pecho.

—Tonterías, nos caemos fatal. No lo soporto, es tan... tan... engreído.

—Buenas tardes. Almudena, Paola.

La interrupción las pilló desprevenidas y Paola se sobresaltó al no esperarse la visita del susodicho.

—¡Doctor! ¡Siempre es una alegría, para el cuerpo, verlo!

—Gracias, Almudena, parece que eres la única persona en este lugar que no me odia. Paola, te dejo una lista con medicamentos que necesito para la consulta. Mi abuelo se ha debido de descuidar porque anoche a duras penas encontré algo para el dolor de cabeza. ¿Tardarás mucho en tenerlo todo?

Paola miró la lista que le tendía, estaba escrita a mano y se dio cuenta de que tenía una caligrafía muy bonita, limpia y legible, algo extraño siendo médico.

—No, dame cinco minutos. Tengo de todo. Es un pueblo pequeño, pero no es como si estuviésemos incomunicados del mundo exterior.

—Eso solo pasa en invierno... —aclaró Almudena—. Por cierto, doctor, ¿le gustaría unirse a nosotros en una excursión?

—¿Una excursión? ¿A dónde?

—¿A dónde, doctor? Pues al parque natural de Sierra Nevada. Todos los años lo hacemos: senderismo, rutas en bici, acampada libre, baños en aguas heladas... bueno, eso solo para los valientes.

—No creo que le apetezca venir con nosotros —afirmó con una risa forzada Paola.

Víctor la miró y vio el fastidio que la idea de su amiga provocaba en ella y no pudo resistirse a molestarla más. No entendía muy bien las razones, pero Paola lo ponía nervioso y, al parecer, la única forma de disimularlo era comportarse como un escolar y molestarla sin parar.

—Ya lo creo que me apetece. ¿Cuándo es?

—Nos vamos el sábado temprano, para aprovechar el día.

Paola rezaba en su interior para que no se apuntara, no le apeteecía tenerlo cerca y a la vez deseaba que dijera que sí. Estaba claro: ese hombre la estaba volviendo loca de remate.

—Eso es en dos días —dijo al darse cuenta del poco tiempo que tenía para prepararlo todo.

—Bingo —sonrió Almudena sin dejar de pestañear, a ese paso iba a quedarse sin pestañas.

—No lo sé... No tengo tienda de campaña ni saco de dormir... ni bicicleta y no estoy seguro de tener tiempo de encontrar todo en tan poco tiempo.

—Por eso no te preocupes, hay tiendas de sobra y seguro que alguien tiene también un saco extra. En cuanto a la bici no es necesaria, puedes hacer la ruta andando, ¿verdad, Pao? Tú tenías un par de sacos, ¿no?

Paola miraba a su amiga de reojo, conteniendo las ganas que sentía de

matarla o de besarla, porque seguía sin tener claro si le apetecía o no que el guapo doctor se uniera a la fiesta.

—Sí, Almudena, tengo un saco de dormir extra. Aquí tiene, doctor, todo lo que necesita.

—Genial, pues nos vemos el sábado. Decidme hora y lugar.

—¡Qué bien! ¡Uno más! Aquí en la puerta de la botica, a las cinco. No traiga el coche, nos repartiremos para no llevar más vehículos de los necesarios.

—Aquí estaré. Hasta el sábado. Solo para asegurarme, ¿estamos hablando de las cinco de la mañana, no?

—Le va a tocar madrugar, doctor.

—Estoy acostumbrado, Almudena. Gracias por la invitación, me vendrá bien despejarme de... todo.

La puerta se cerró acompañada del musical sonido de las campanillas que siempre tintineaban cuando la puerta se movía. Paola apoyó las manos en el mostrador y miró a su amiga reprendiéndola en silencio.

—¿Qué? Te he hecho un favor. Necesitas... ya sabes, *darle a tu cuerpo alegría Macarena*. Aunque me da pena Pedro, va por todos lados con el *corazón partío*.

—¿Pena? No sé por qué.

—Parece que es evidente para todos, menos para vosotros —suspiró.

—¿El qué? —preguntó con curiosidad.

—Que sois tal para cual.

—Almudena, tú mejor que nadie sabes que no quiero a nadie en mi vida.

—Sí, por eso que te pasó con Rodolfo y bla, bla, bla. ¿No te das cuenta? Al destino le importa muy poco lo que tú quieras.

Paola iba a decir algo, pero no supo qué. Así que cerró la puerta de la farmacia, sacó del táper la comida, puso la mesa e invitó a Almudena a comer con ella, de repente, no le apetecía estar sola.

Hacía un frío de mil demonios a esas horas tan tempranas. Ya se olía el invierno, aunque Paola tenía la impresión de que este año se estaba adelantando y no iban a tener otoño. Casi podía ver el rocío congelado en las plantas que adornaban la entrada de la farmacia. El suelo, empedrado, resbalaba por culpa de la misma humedad que se colaba en los huesos.

Llevaba ya más de diez minutos esperando, era raro porque por lo general todos solían ser muy puntuales. Lo hacían desde siempre, desde que eran pequeños y ella se unió cuando llegó hacía ya algo más de tres años. Arturo,

Paloma, Almudena, Pedro, Joaquín y ella. Almudena llevaba saliendo y cortando con Joaquín toda la vida, y todos se preguntaban si acabarían juntos al final.

Pedro, desde que llegó lo había intentado, incluso una noche de acampada se coló pasado de copas en su tienda para llegar más allá. Desde aquella noche en la que salió escaldado, no había vuelto a decir nada al respecto.

Palmeó sus brazos y golpeó con los pies el suelo para entrar en calor. Miró en ambas direcciones esperando hallar el resplandor de las luces de alguno de los vehículos de sus amigos, pero nada. Solo silencio. Solo oscuridad.

—¡Joder! Me voy a morir de frío.

—No si puedo impedirlo —rasgó la quietud la voz de Víctor. No hacía falta que se girara para saber que era él. Ni siquiera que hablara. Lo percibía en seguida porque su cuerpo se ponía patas arriba y su estómago del revés.

—Aún no han llegado. Buenos días, por cierto.

—Lo sé, me he encontrado con los demás cuando venía hacia aquí. No van a venir.

—¿Qué?

Paola se quedó quieta y se colocó frente a él. ¡Maldita fuera! Incluso a esas horas tan tempranas estaba perfecto. ¿Es que llevaba Photoshop incorporado?

—Pues al parecer a tu novio Pedro no le ha hecho gracia que me invitarais y ha decidido arrancar sin esperar. Así que estamos solos.

—Me los voy a cargar —farfulló molesta—. ¿Y Almudena?

—Con ellos. Solo hemos quedado nosotros. Ese Pedro es un joven con mucha energía, debería aprender a canalizarla.

—¿Crees que siempre lo sabes todo, verdad? Estoy segura de que si busco en el diccionario ‘egocéntrico’ como definición aparece tu foto.

—Y ahí está otra vez, ¿no vas a dejar de meterte conmigo? Ah, claro, no, porque si lo hicieras dejaría de prestarte atención y en el fondo te gusta.

Paola alzó la mirada y apretó los puños, aunque lo que en realidad deseaba era pegarle con uno de ellos en la nariz. Hacerle sangrar. Estaría bien, al menos para ella que se quedaría en la gloria.

—Vale, adiós. Me quedo sin fin de semana, no importa. De todas formas, en esta ocasión, no me apetecía.

—Vamos, Paola, dame algo de tregua. Deja que te lleve, tú me guías. Yo pongo el coche.

Cuando iba a contestar, el ruido de unas pisadas apresuradas los hicieron girarse a ambos en la dirección del ruido que, a esas horas de la mañana, resonaba con fuerza. Desde lejos Paola distinguió a uno de los residentes de la



comuna *hippie* que se asentaba entre Cáñar y Órgiva. Conocía a Mikel porque era uno de los pocos que iban con asiduidad a intercambiar o vender artesanía por alimentos y, en raras ocasiones, medicamentos.

La gente del asentamiento era gente pacífica con un estilo de vida diferente al de los demás, Paola los admiraba. Vivían en un entorno maravilloso, rodeados de altos eucaliptos y con el rumor continuo del agua que llevaba el río. Allí parecía que el tiempo se había parado, las prisas y las comodidades de la civilización se quedaban fuera de sus puertas.

La mayoría vivía en tipis que ellos mismos habían construido, apenas había algunas casas, fabricadas con madera, y las tiendas de campaña coloreaban de tonos alegres el color pardo del suelo cubierto de hojas secas.

—Paola, menos mal que estás despierta —jadeó con un marcado acento extranjero al verla.

—¿Qué sucede, Mikel? ¿Todo bien por Beneficio?

—No, es mi compañera, se puso de parto hace unos días, pero algo va mal, muy mal.

Mikel jadeaba sin aliento. Paola supuso que por la larga caminata que habría hecho desde Beneficio hasta allí.

—¿Has llamado a una ambulancia? —preguntó, aunque tenía clara cuál iba a ser la respuesta.

—Sabes que no somos muy amigos de los médicos, pero me han dado permiso para venir a buscarte. He venido corriendo.

—¿Has venido corriendo desde tan lejos?

—¿Cuánta distancia hay? —inquirió Víctor que, hasta el momento, se había limitado a escuchar.

—Algo más de cuatro kilómetros.

Paola miró a Víctor, no quería pedirle que la acompañase, pero no estaba lista para algo así. Había terminado toda la teoría, era cierto, y tenía bastante práctica en diagnosticar enfermedades «normales»: gripes, resfriados, bronquitis, huesos rotos..., pero no tenía apenas conocimientos de obstetricia, tampoco se veía capacitada para asistir partos y mucho menos si eran de los que se complicaban, como parecía el caso. Rezó porque la entendiese, lo necesitaba allí, si la cosa se ponía fea, esperaba que él fuera lo suficientemente bueno para hacer frente a la situación hasta que llegase una ambulancia.

—Vamos a mi coche, os llevaré.

—Este quién es, ¿Paola? —interrogó Mikel, una vez recuperado el aliento, con desconfianza.

—Soy su novio, Víctor —mintió adelantándose a ella y extendió la mano para estrechar la del otro hombre.

—Vaya, Paola, no sabía que habías decidido dejar la soltería. Habrá más de uno penando por ello.

—He tenido suerte de ser el elegido. —Sonrió abrazándola por la cintura.

—Un momento, ¿a qué te dedicas?

—Soy veterinario —mintió con rapidez. Había estado atento y no se le había pasado por alto que no le gustaban los médicos, así que, si la cosa se ponía fea y tenía que echar una mano, ser veterinario le daba la excusa perfecta. No podían ser tan diferentes unos partos de otros—. Seré de ayuda.

Mikel los observó durante un momento y asintió. Se jugaba mucho, su compañera parecía más conectada al cielo que a la tierra.

Los tres echaron a andar sin perder el tiempo, Víctor agarró la mano de Paola que tuvo que reprimir las ganas de soltarse y en unos minutos llegaron a la puerta del consultorio médico.

Víctor abrió el vehículo y los invitó a pasar. Después miró en el maletero y se aseguró de que llevaba lo necesario. No debería, aunque no pudo dejar de sopesar la idea de que tal vez la mujer necesitara una cesárea y, aunque no tendría el equipo necesario ni la ayuda que le gustaría, prefería estar preparado. Una vez todo estuvo listo, dejó una nota manuscrita a su abuelo en la recepción en la que explicaba lo que ocurría, esperaba que su abuelo, en cuanto la leyera, enviara una ambulancia a toda prisa.

## Capítulo 11

Paola lo guio con una seguridad asombrosa durante todo el camino, al parecer no era la primera vez que se la requería. No entendía por qué la llamaban a ella en vez de al médico del pueblo, pero no era el momento adecuado para esas averiguaciones.

Parecía que el frío crecía a la vez que pasaban los minutos, el coche estaba helado y no era capaz de hacer que la calefacción ganara la batalla al helor, cualquiera diría que apenas había entrado el otoño. Llegaron al límite, no podían continuar su camino en coche durante más parte del trayecto, y tuvieron que aparcar para terminar de hacer el camino a pie.

Al llegar, Víctor no pudo dejar de mirar a todos lados. Había mucha actividad en la comuna. Algunos no hacían nada, tan solo daban vueltas alrededor de la casa de madera de la que provenían los lamentos.

Lo cierto era que le hubiese gustado que la mujer sonara más fuerte, pero no era así. Sus quejidos eran débiles y eso provocó un escalofrío que lo recorrió por completo. Vio en la mirada de algunos de los habitantes que no eran bien recibidos, pero pensó que lo mejor era hacer lo mismo que Paola, así que agarró su mano libre con fuerza y caminó mostrando una seguridad que no era tal.

Una vez dentro de la cabaña de madera vieron a la parturienta, sobre la cama, que apenas se movía. Todo estaba lleno de un humo que les impedía ver con claridad, así que Paola procedió a abrir las dos ventanas que tenía y la puerta para que se despejase la habitación. Una vez despejada la estancia de vapor, descubrió en el suelo las grandes ollas con agua hirviendo.

—Mikel, necesito trabajar tranquila. Así que voy a pedirte un favor. Voy a cerrar la puerta y no dejes que nadie entre, ni siquiera tú. Oigas lo que oigas. ¿Está bien?

El hombre, más nervioso si cabía, la observó un instante y después su mirada se desvió hacia el catre en el que estaba su compañera inmóvil, asintió sin decir nada más y salió de la cabaña. Acto seguido, Paola atrancó la puerta y dejó las ventanas abiertas para que entrase más aire fresco.

Víctor desinfectó sus manos, gracias a Dios que tenía en su maletín de todo, y se acercó hasta la paciente para ver cuál era su estado real y la gravedad que implicaba.

—¿Cómo está? —interrogó Paola en voz baja.

—No muy bien, la verdad. Ven, desinfectate las manos y ayúdame. Vamos a

tener las primeras prácticas juntos.

—En seguida. Víctor —lo llamó—, gracias. Por todo.

Él le dedicó una tímida sonrisa, una que no había visto hasta ahora y que lo hizo, a sus ojos, más atractivo. La verdad es que no pudo evitar contemplar sus antebrazos fuertes trabajando con seguridad y su mirada seria evaluando la situación, al menos uno de los dos parecía saber qué hacía.

—Ya sé cuál es el problema. ¿Sabes cómo se llama? —preguntó al cabo de unos minutos que le parecieron interminables.

—Mer —contestó tras pensarlo unos segundos.

—Mer, ¿me escuchas? —interrogó a la joven que no estaba muy lúcida.

Tras moverla y llamarla un par de veces, abrió los ojos, confusa, pero no dijo nada.

—Hola, Mer, soy Paola, ¿te acuerdas de mí?

La joven asintió y sonrió débilmente. Víctor estaba molesto, podía entender que quisieran vivir de acuerdo a su forma de ver las cosas, que estuvieran en contacto con la naturaleza, que rechazaran unas normas que él era el primero que a veces no entendía ni compartía, pero no tenían que haber esperado tanto.

—Mer, soy el doctor Duarte. Voy a explorarte para ver por qué el bebé no nace, ¿tienes contracciones, verdad?

La joven asintió de nuevo, parecía no contar con fuerzas para nada más que para agitar la cabeza.

Víctor se colocó unos guantes de látex y se dispuso a hacer un reconocimiento, no era su especialidad, pero tampoco era que careciera de experiencia. No iba a ser el primer parto complicado que atendiera.

—No sabes cuánto me alegra que estuvieras conmigo, yo... yo no tendría ni idea de qué hacer, ¿cómo...?

Dejó la pregunta inconclusa, esperaba que, de nuevo, la entendiera sin necesidad de decir nada más.

—El feto está de nalgas, por eso no nace. De estar en el hospital le haríamos una cesárea, la madre está sin fuerzas, no sé si sería capaz de empujar... la verdad es que no sé. He traído las cosas necesarias para practicarla, pero teniendo en cuenta que es una cirugía mayor... no sé. Podríamos probar primero... sí, eso haremos.

Víctor hablaba más para sí que para ella, y Paola no dejaba de verlo actuar. Tenía una frialdad que ella no, ahora mismo estaba tan asustada por la pobre madre que no podía ni moverse.

—Paola, ¡Paola! ¡Mírame! —exclamó sacándola de su estupor—. Necesito

que estés aquí, conmigo, que me ayudes. Trae el niño de nalgas, por eso no puede nacer, ¿me escuchas? —insistió al verla perdida.

—Sí, lo siento, es que... tengo miedo.

—Es normal, Paola, yo también, pero sé que lo vas a hacer genial. Toma, ponte los guantes e introduce la mano derecha, una vez dentro, tienes que decirme cuando notes la cabeza del niño...

—¿Cómo voy a hacer eso?

—No tengo ni idea, si te soy sincero, solo he hecho esto una vez y fue con un equipo de médicos especializados en el País Vasco, es una maniobra externa que consigue que el feto se gire y se coloque en la posición en la que debe nacer. No tengo ni especialistas, ni ecógrafo, ni nada. Solo te tengo a ti y si no lo conseguimos vas a tener que asistirme en una cesárea improvisada sobre la cama sucia de una cabaña en mitad de la montaña y no sé... si hay alguna complicación grave... si la ambulancia llegara a tiempo.

—Está bien. Lo haré.

—Perfecto, ahora voy a empezar a darle la vuelta. Introduce un poco la mano y me informas si hay movimiento o algún cambio, ¿vale?

—Sí, sí, vale.

Paola se colocó sobre la cama, entre las piernas de Mer, y tal como le había pedido el médico, introdujo un poco la mano en la vagina de la mujer, rezando porque todo saliera bien.

Víctor colocó sus manos en el vientre inflamado de la paciente y empezó a mover al feto desde fuera. Paola no dejaba de mirar desde él hacia la vagina dilatada de la joven en busca de algún cambio.

Pasó un tiempo que se hizo eterno cuando por fin notó que se movía, esperó porque no quería darle falsas esperanzas. La madre con cada movimiento se quejaba, y ella se ponía más nerviosa. Pero de repente, la magia llegó y el bebé cambió colocándose de cabeza. Podía verle la cabecita con ese vello suave que suele recubrir a los bebés.

—Víctor, creo que lo has conseguido —murmuró perpleja.

Este al escucharla dejó la barriga de la madre e inspeccionó la posición del bebé. Efectivamente habían conseguido llevar a cabo la primera parte del plan, ahora faltaba que naciera lo más rápido posible, no tenía ni idea de cuánto tiempo llevaba así, si tenía oxígeno suficiente o no...

—Está bien, ahora vamos a ver si lo traemos al mundo. Mer, necesito que te incorpores, sé que no tienes muchas fuerzas, que estás cansada, pero tenemos que traer a ese bebé al mundo, ¿me oyes? Cuando te diga, empuja. Con las

fuerzas que te queden, pero necesito que empujes.

La joven asintió, en su rostro se podían ver los estragos del agotamiento. ¿Cuántos días llevaría así? Paola abrió más las piernas de la parturienta y se preparó para ayudarlo a nacer en cuanto la madre empujara. Víctor la incorporó y apretó en la barriga a la vez que le gritaba que empujara.

Los esfuerzos de la joven eran agónicos, pero al final, tras dos empujones y con mucho esfuerzo, el bebé asomó la cabeza y Paola, con manos trémulas, la sostuvo a la espera de que Víctor acabara el trabajo. Ella no sabía qué más hacer.

—Doctor, ya tiene la cabeza fuera.

—Eso es genial, muy bien, Mer, ahora necesito que cuando te lo pida, des otro empujón, fuerte. Todo lo que puedas. Será el último. Paola, ven, ocupa mi sitio. Ponte aquí y cuando diga ayúdala a empujar. No aprietes con fuerza, tan solo apoya las manos y deja que vayan hacia abajo con suavidad. Bien, si estamos listos, vamos a ello.

Víctor intercambió el lugar con ella y cuando dio la orden la madre empujó, ella ayudó con las manos y tras unos segundos interminables, el llanto fuerte de un bebé llenó todo de musical felicidad.

Las lágrimas de alivio se confundieron con las de miedo y acabaron convertidas en un sollozo sin control.

—Mer, aquí tienes a tu niña. Es preciosa y está sana.

Ver a Víctor con el bebé entre sus grandes manos la hizo llorar más. Era... una escena hermosa, inolvidable y puede que él no fuera su hombre ideal, pero en esos momentos era lo más parecido que había visto nunca.

La madre se quedó dormida tras la dura prueba. Víctor y Paola se encargaron de poner un poco de orden cuando todo acabó. Paola se encargó de coser, bajo la dirección de Víctor, a la mujer que se había desgarrado durante el proceso. Por lo menos tenían, de nuevo gracias a la previsión de Víctor, anestesia y los utensilios necesarios para hacerlo. Acababan de terminar, cuando escucharon jaleo de voces en el asentamiento y Paola salió para ver qué era lo que sucedía. Entonces vio a los camilleros. Y supo que Víctor, de alguna forma, había avisado a urgencias.

—Mikel, déjalos pasar —rogó—. Aunque ha pasado lo peor, Mer no está fuera de peligro, además deben de ver si todo está bien con el bebé. Aquí no podemos ver cuál ha sido el daño que el prolongado parto ha podido ocasionarle, ¿está bien?

—Pero...

El joven y recién estrenado padre se resistía a la idea, aunque Paola pudo

ver en su mirada que iba a aceptar. Sabía que tenían que ver el estado de su mujer y del bebé.

—Lo sé, Mikel, pero esta es una de esas veces en las que tendrás que aceptar que no todo lo que hay fuera de tu hogar es malo. Lo necesitan —insistió para darle el empujón que necesitaba—. Mer está muy débil, tal vez necesite sangre y no podemos hacer más aquí. Allí estará bien cuidada y vigilada un par de días o tres y después volveréis a casa, juntos. Los tres. Por cierto, enhorabuena, es una niña.

—Una niña... —Paola pudo ver el cambio en el rostro del muchacho—. Estrella, se llamará Estrella.

Mikel entró con la emoción desbordándose por los ojos y permitió que los camilleros entraran y se llevaran a la madre y a la niña, él los siguió y, en silencio, agradeció la ayuda recibida.

—Licenciada, ¿podemos hablar?

La voz ronca y grave de Johan, interrumpió el momento, pero la verdad era que se lo esperaba. A pesar de lo que pudiera parecer, Johan era un buen hombre, todo corazón. Solo discrepaban en el noventa y cinco por ciento de las cosas, pero se apreciaban. Cuando llegó, perdida y destrozada, pasó una temporada con ellos, sanándose. Dejando que la naturaleza la curase y que el dolor se aplacase, con ayuda, también, de alguna que otra sustancia que la mantuvo en otra realidad menos dolorosa.

—Johan, claro que sí. ¿Cómo estás?

—Acompáñame —ordenó con su marcado acento, haciendo que sonara rudo y molesto.

A Víctor no le gustó la forma en la que se había dirigido a Paola, esta parecía confusa y se puso en guardia. No tenía ni idea de qué sucedía, pero lo que sí tenía claro era que no iba a permitir que le ocurriera nada no estando él presente. Así que no iba a permitir que se la llevara ese hombre que podía compararse en altura y complexión a uno de esos luchadores de Pressing Catch.

—No va a ir a ningún lado, no sin mí.

La voz del doctor sonó fuerte y segura, a pesar de saberse en desventaja. Paola lo miró un momento atónita, y más la confundió cuando entrelazó la mano con la suya, apretándola con fuerza. Estaba claro que Víctor se sentía amenazado o que pensaba que Johan, de alguna manera, era una amenaza.

—No te preocupes, doctor, no le va a suceder nada a tu mujer.

Paola lo miró, apretó su mano y sonrió.

—Estaré bien, no te preocupes. Johan y yo somos viejos amigos.

—¿Estás completamente segura? —insistió.

Paola sonrió y asintió con la cabeza. No estaba acostumbrada a verlo de esa pose, ni tampoco saber que alguien se preocupaba tanto por su bienestar. Cada minuto que pasaba con él, y se dejaban de tiras y aflojas, descubría que tal vez, bajo la apariencia que proyectaba sí que había todo un príncipe, con algo de caballero oscuro y, si no estaba muy equivocada, capaz de escupir fuego como un verdadero dragón.

Paola soltó la mano del hombre que la apresaba con fuerza y se dispuso a seguir a Johan. Víctor dudó, pero la confianza en los ojos de la mujer le transmitió tranquilidad.

—Si me necesitas, silba, allí estaré —dijo serio, lo que provocó una gran sonrisa en el rostro de Paola que caminaba con paso decidido.

Así que se quedó solo mientras la observaba irse con Johan hacia su cabaña. Sin saber qué más hacer, preguntó cómo llegar al arrollo para quitarse del cuerpo el sudor, la sangre y el cansancio.



## Capítulo 12

La cabaña de Johan era espaciosa y estaba ordenada. Aunque tampoco es que tuviera muchos objetos. Una gran cama junto a la ventana, una mesa y dos sillas. La cocina era un espacio común, igual que el... baño.

Johan era uno de los más antiguos miembros de Beneficio. Paola lo consideraba el «jefe» de todos ellos, ya que lo respetaban y sus normas se cumplían por la gran mayoría. Le hizo un gesto con la mano para indicarle que tomara asiento, cosa que ella agradeció. Asistir en el parto la había dejado agotada.

—Paola, quería agradecerte que hayas venido y ayudado a Mer con su criatura. Me temía lo peor.

—La verdad es que la situación era complicada, menos mal que estaba Víctor conmigo cuando Mikel llegó a buscarme.

Johan, cuya barriga sobresalía más gracias a la postura en la que estaba, cruzó sus grandes brazos sobre el pecho, para observarla disgustado.

—Mikel me contó que es veterinario...

Paola se quedó sumida en un silencio incómodo, no le gustaba mentir, menos a personas que le habían abierto las puertas de sus casas y la habían acogido como a una más, así que esperó antes de hablar para ver cómo le explicaba la verdad.

—Paola, sé que es médico y que es el nieto del viejo doctor Duarte. Tal vez Mikel esté en las nubes, pero yo no. Sabes que, a pesar de vivir alejados de todo, las noticias siempre llegan.

—Sí, es cierto. Es un gran médico. Ha salvado a Mer y al bebé. Pensé que íbamos a perderlos a los dos. Te aseguro, Johan, que yo sola no hubiera conseguido salvarlos.

—Ya veo... —murmuró atusándose la larga y canosa barba—. Me alegra que por fin hayas vuelto a abrir tu corazón. No es bueno tenerlo vacío.

—No, no es eso. Sé que ha podido parecer que éramos algo más, pero nada más lejos de la realidad.

Johan dejó escapar una gran risotada que hizo temblar su barriga.

—Muchacha, la que está muy lejos de la realidad eres tú. Puede que no estemos al día de las nuevas tecnologías ni de los nuevos inventos y que no usemos productos ni aparatos modernos para muchas de nuestras tareas, pero créeme cuando te digo que en cuestiones de sentimientos estamos *en la cresta de*

*la ola*, y a ese joven no le eres indiferente, como tampoco lo es para ti.

Paola se quedó mirándolo con fijeza, al parecer todos estaban de acuerdo en algo que ella no era capaz de ver o quizás, Víctor, había tenido razón desde el principio y quería pagar con él el daño que le hizo en su día Rodolfo.

—Sois bienvenidos a pasar el tiempo que queráis aquí, ya sabes que siempre nos gusta tenerte por aquí, aunque sé de algún que otro joven que se va a sentir decepcionado...

—Gracias, Johan, voy a buscar al doctor y a descansar, estoy agotada. No puedo imaginar cuanto lo estará Mer.

Paola se levantó y le dio un fuerte abrazo de oso a ese hombre con el que había mantenido charlas interminables bajo las estrellas y que tanto la había ayudado a calmar el dolor que sentía en su alma. Él le devolvió el abrazo con cariño y sonrió de nuevo.

—Paola, no cierres el corazón, deja que suceda lo que tenga que suceder.

Con esas palabras todavía rondando en su mente, salió de la cabaña y preguntó a los que había cerca por Víctor. Algunos de los más jóvenes le indicaron la dirección que había tomado, hacia el arroyo, y caminando con calma se dirigió hacia el lugar indicado. El paseo era agradable, los altos eucaliptos lo llenaban todo a su alrededor, como dejándola sin nada más que verde ante sus ojos.

El rumor del río la acompañaba, al igual que el canto de las aves que vivían con la misma libertad y las mismas reglas que los habitantes de la comuna. Eran gente estupenda, aunque no todo el mundo comprendiese su forma de vida. Era curioso que, sin tener papeleras, fuese el lugar más limpio que conociera.

Al llegar a dónde el agua formaba un pequeño estanque lo vio y se quedó helada. No por el frío, sino por él. Si con ropa era llamativo, desnudo era como un puñetero dios del Olimpo o, mejor dicho, como todos los dioses del Olimpo juntos en el cuerpo de uno solo. Era perfecto. Y ella estaba húmeda a pesar de no haberse metido en el agua.

Ahora sí se estaba convirtiendo en una mirona, no como la primera vez, pero es que no tenía claro si acercarse o si alejarse a toda prisa. No podía permitirse el lujo de tener tantas... mariposas por él.

—El agua está buenísima, ¿no le apetece, doctorcita?

—¿Buenísima? Tiene que estar helada —contestó tratando de sonar indiferente.

Se acercó con paso tranquilo, más que nada para que la turbación que la gobernaba se aplacase un poco y se sentó sobre una piedra cerca de dónde él se

bañaba.

—Alguien me dijo que solo se bañaban en esta época los que los tenían bien puestos.

—A mí no tienes que demostrarme nada. Me ha quedado clara tu hombría viéndote ahí dentro. Has estado fantástico.

—En realidad —dijo saliendo del arroyo... desnudo—, estaba acojonado. —Paola al darse cuenta desvió la mirada a otro lugar que no fuese ninguna parte de su anatomía—. Creo que en pocas ocasiones he pasado tanto miedo. Ya puedes mirar, doctorcita, aunque no ibas a ver nada que no hubieses visto ya.

—¿Siempre tienes que recordar aquello? —inquirió exasperada—. A ver, explícame, ¿cómo iba a saber que estabas orinando? Vi un coche en la cuneta con las luces de emergencia puestas y pensé que alguien necesitaba ayuda. Te aseguro que lo que menos esperaba era... encontrarte a ti.

—Tienes razón. No voy a volver a hacer referencia a la forma en la que nos conocimos. No me apetece seguir discutiendo contigo. A mi pesar, me caes bien. Así que deja de provocarme.

—¿Tregua? —dijo ella a la vez que tendía su mano hacia él.

—Por mí, está bien. —Le devolvió la sonrisa y estrecho su pequeña mano entre las de él—. Vaya fin de semana...

Paola cogió un puñado de hojas secas del suelo y las dejó caer despacio, necesitaba algo que la distrajera del hombre que estaba a su lado, a solas.

—Desde luego no era cómo lo tenía planeado, supongo que no se puede hacer nada en contra del destino, es más obstinado que nadie que conozca.

—¿Podemos quedarnos aquí? —soltó de improviso, pillándola por sorpresa.

Paola alzó la mirada para ver la suya, azul y profunda, inmensa como si contuviera en ella todo un océano.

—¿Te gustaría quedarte? ¿Aquí? ¿Conmigo? —interrogó confusa.

—Claro, como amigos, ¿eh? —bromeó sentándose a su lado y agitando las gotas de agua que quedaban en su cabello.

—Te aseguro que, si con alguien estás a salvo, es conmigo. No puedo hablar por las demás jóvenes y no tan jóvenes de aquí. Son de las que practican el amor libre. Y en grupo.

—Parece que los conoces bien.

Paola dejó escapar un suspiro, recordando aquellos días en los que estaba tan perdida, triste y sola que no encontraba consuelo en nada, hasta que llegó allí.

—Bueno, cuando llegué, después de que Rodolfo me dejara plantada en el

altar, pasé un tiempo aquí. Necesitaba volver a conectar.

—¿Y practicaste el amor en grupo?

—¿Te gustaría saberlo, eh? Pues lo siento, pero lo que sucede en la comuna, se queda en la comuna.

—Así que pase lo que pase aquí, ¿será como si no hubiese sucedido?

—Algo así. Johan, me ha dicho que podemos quedarnos a pasar unos días. Aunque no te lo dirá abiertamente, está agradecido. Cuidan mucho los unos de los otros y sé que se sentía culpable por no haber llevado antes a Mer al hospital. ¿Estará bien?

—Eso espero. —Suspiró y lanzó un guijarro al arroyo, haciendo que rebotara un par de veces antes de hundirse. Las ondas permanecieron unos efímeros instantes antes de desaparecer para siempre. Algunas cosas duraban solo eso, un suspiro—. Y con Pedro, ¿qué pasa? ¿Tenéis algo? Él parece creer que sí.

—Nunca hemos tenido nada, una noche, en una de las acampadas iba pasado de copas y lo intentó con insistencia... pero después de aquello no lo ha vuelto a intentar más.

—¿Decepcionada?

—No, no quiero tener a nadie en mi vida en ese sentido. Bastante tuve con Rodolfo.

—¿No lo viste venir?

Paola lo imitó y cogió otra piedrecita plana que había cerca y la lanzó con maestría. Ella consiguió que rebotara tres veces y que las ondas fueran mayores.

—¿Conoces ese refrán que dice que el amor es ciego? Pues yo fui la más ciega de todas. Lo conocí cuando estudiábamos en la universidad y pensé que era el gran amor de mi vida. Era todo un... príncipe. Siempre atento, educado, cariñoso... así que no me esperaba para nada que no fuera a aparecer el día más importante de todos. Pensé que me amaba, pero resultó que me equivoqué.

—A veces, las cosas suceden por una razón. Aunque aquello fuese algo malo, tal vez sucediera porque lo bueno de verdad estaba por llegar.

—Mucha gente habla del destino, como si fuera algo real, pero para mí es algo parecido en creer o no en un dios, todo depende de la persona y de la necesidad de apoyo que tenga en ese momento; otras veces, observo la inmensidad de lo que nos rodea y me gusta sentir que soy parte de algo más grande, algo que se escapa a nuestro control, pensar que tal vez, de verdad, no pude hacer nada para que aquello no sucediera... no sé. Duele. Y lo peor, ¿sabes qué fue?

Paola estaba sorprendida, porque en realidad nunca había hablado con nadie de lo que le había sucedido con tanta confianza, pero, a pesar de sus diferencias, él parecía entenderla y no la miraba con compasión ni lástima.

—¿Qué puede haber peor que el que te dejen plantado en el altar? —interrogó con curiosidad.

—Pues cuando llegué a casa, y me quité como pude el vestido de novia, encontré su nota.

—¿Te dejó una nota?

—Me dejó una nota. Escrita en un trozo de papel higiénico. No quiero pensar qué estaba haciendo cuando la escribió.

—¡Joder! ¿Es en serio?

—A mi pesar, lo es.

Y ambos estallaron en carcajadas. Tal vez para aliviar la tensión de lo vivido, o quizás porque lo que le había sucedido era tan ridículo que no quedaba otra alternativa que la de reír a pleno pulmón.

Una vez se aplacó la risa, Víctor se sentó más cerca de ella. Parecía que, por fin, habían limado las asperezas y se sentía muy bien a su lado. Además de preciosa, tenía una mente ágil que estimulaba partes de su anatomía que no eran las evidentes, pero sí las más importantes. Y eso era lo que lo asustaba, sentir por alguien tanto que cuando la perdiera, le rompiese el corazón de nuevo.

—¿Dónde aprendiste tanto sobre partos?

En silencio, agradeció el cambio de rumbo de la conversación y se recostó, relajado.

—Estuve unos años con Médicos sin Fronteras. Visité muchos lugares, y en todos ellos encontraba las mismas miradas de desesperación y de miedo, pero también de esperanza, de agradecimiento. A veces pensaba en lo mucho que necesitamos para vivir algunos y lo poco que necesitan otros y por experiencia te digo, que los que menos necesitan para ser felices, lo son más.

Paola lo miraba en silencio. No podía dejar de verlo. De verlo de verdad. No su físico imponente ni su atractivo rostro. No a ese joven pijo que parecía estar por encima de todos sin haberse ganado ese lugar privilegiado. Veía al hombre que era en realidad, el que se había ido a ayudar a los más desfavorecidos, el que había salvado dos vidas, el que la había intentado proteger cuando pensó que podía estar en peligro, ese mismo que estaba sentado a su lado con el pelo húmedo y recostado sobre el duro suelo. Quizás se había equivocado con él y lo que parecía soberbia era tan solo un disfraz como el que la mayoría de la gente usaba por miedo a mostrar a los demás su verdadero yo.

—No sé qué decir para que tu ego no crezca más, lo cierto es que me tienes impresionada, aunque me fastidie reconocerlo.

—¿Siempre tienes que retarme? ¿Por qué lo discutes todo? ¿Por qué te metes conmigo?

—No lo sé, me sale natural.

—Me haces muy difícil el rondarte, mozuela —murmuró con suavidad.

—Si fuera fácil, dejarías de hacerlo —soltó sin pensar.

Víctor la miró y llevó la mano a su cabello, para colocárselo tras el hombro. Estaba despeinada, con los ojos llenos de sueño y aun así, le parecía la mujer más atractiva que había visto nunca.

—¿Lo he dicho en voz alta? No quería... ¿Qué haces?

—Crear el momento.

—¿Crear el momento... para qué?

—Para besarte.

Y antes de que pudiese decir algo, la boca de Víctor estaba sobre la suya. Y no se resistió ni peleó ni lo rechazó. Cerró los ojos y se dejó llevar por el calor que empezaba en su estómago y se extendía por su cuerpo con la misma rapidez a la que iba su corazón, con la misma velocidad a la que las mariposas batían sus alas.

## Capítulo 13

El beso se hizo más profundo e intenso, igual que el sonido de sus respiraciones que se habían convertido en jadeos. Paola alzó la mirada y se perdió en su mirada. Tembló. Tenía miedo. Conocía la sensación, la había estado evitando desde que Rodolfo la dejó, por eso se mantenía lejos de todos y, sin embargo, del que tenía que alejarse más porque era el más peligroso de todos, era al que más se acercaba.

Tenía algo que no podía resistir y acababa a su lado una y otra vez, como si fuese algo irremediable. Como si fuese algo ya escrito.

Las manos de Víctor se deslizaban por su cintura y se aferraron a sus caderas. La levantó y la sentó sobre él. La melena dorada y despeinada ocultó parte de su rostro que él despejó, dejando las manos enredadas en su cuello para atraerla de nuevo hacia su boca.

Paola gimió presa de un deseo que la ahogaba con exquisita lentitud. Él sonrió, era deliciosa. Todo en ella lo era.

—Tiritas, ¿tienes frío?

Ella negó con la cabeza y lo besó de nuevo, no tenía ganas de ponerse a averiguar qué era exactamente eso que la hacía sentir. Metió las manos por debajo de la camiseta que llevaba y se deleitó en el contorno de cada uno de sus músculos. Él jadeó y la apretó contra él, sus manos se habían aferrado a su trasero y lo apretaba con frenéticos movimientos.

Bajo la tela del pantalón que llevaba, sintió como su virilidad crecía al mismo ritmo vertiginoso que sus latidos y se balanceó ayudada por las manos masculinas sobre él. Estaba perdida, lo sabía. Ese hombre era pura adicción y ella, una adicta.

Tenía que parar, primero, porque él se iría y la dejaría sola y con el corazón roto de nuevo y, lo segundo, porque no tenían futuro juntos. Ninguno.

Se alejó un instante para tomar distancia y aire, los ojos del hombre estaban velados por el mismo deseo que destilaban los suyos. Volvió a tiritar. Se asustó. Tenía que ponerle fin, ya. Conocía ese temblor, ese nerviosismo que aparecía en el estómago y tomaba con pasmosa lentitud el control del resto del cuerpo haciendo que se sacudiera. ¿Sería posible que estuviese sintiendo algo por él?

—Eh, hermanos, un poco más allá —los interrumpió un joven que iba rodeado de chicas con una camiseta que rezaba: «*Don't worry be hippie*»—, hay un tipi vacío. Es todo vuestro. O, si no os importa compartir, podéis uniros a

nosotros, hay sitio para dos más.

Paola miró al muchacho con gesto divertido, ¿no le bastaba con tres mujeres que quería más? No dijo nada, quería conocer la respuesta de Víctor y esperó, con el corazón agitado y las mejillas sonrosadas por haber sido pillada en esa situación, la respuesta que este le daba.

—Gracias, hermano, pero no soy de los que comparto a su chica.

—Una lástima, lo habríamos pasado bien...

El coro de voces de decepción que lo siguió hizo que Paola sonriera como una niña con zapatos nuevos. Le había gustado esa respuesta, aunque todo era una pantomima, le había gustado que la llamara su chica.

—¿Así que ahora soy tu chica?

—Extraoficialmente sí, oficialmente, como comprenderás no puedo comprometerme, rompería muchos corazones y me cerraría otras posibilidades. Recuerdo que una amiga tuya se ofreció, incluso, a ponerse a mis pies.

—¡Eres insoportable! ¡Me voy!

Paola se levantó y se fue airada, ¿es que tenía que estropear todos los momentos?

—¿A dónde vas? ¡Espera! ¡Era broma! ¡Era broma!

Paola escuchó los pasos tras ella y el eco de su risa, le gustaba jugar y ella era una gran jugadora.

—Me voy con ellos —informó señalando al grupo de antes—, soy muy generosa. Me gusta compartir. —Sonrió y encogió los hombros antes de darse la vuelta y caminar a paso rápido tras el grupo.

Víctor, con las manos en las caderas sonrió y se mordió el labio inferior. Esa mujer con sus réplicas y sus retos le hacía hervir la sangre. Y le encantaba. Más de lo que debería, tal vez no debería dejarla escapar. Nunca.

Con paso rápido se acercó a ella y la agarró. La colocó sobre su hombro y caminó buscando la tienda que le había indicado el joven. Más tarde se plantearía qué era todo eso que se revolvía inquieto en su estómago. En ese momento, no podía pensar en nada mejor que en hacerla suya. Aunque fuese una vez. Ella lo había dejado claro. Lo que pasaba en la comuna, se quedaba en la comuna.

—¡Suéltame! ¡Pareces un neandertal!

—Tú, mujer. Callar. Yo, hombre. Tú, mía.

Paola rio con ganas al escucharlo hablar así y antes de darse cuenta o de poder decir algo en contra, estaban dentro de la tienda que no parecía lo suficientemente grande para albergarlos a ambos, tumbada sobre el duro suelo y



con el cuerpo cálido de Víctor sobre ella.

Quiso protestar, en cambio sus manos acariciaron la incipiente barba y, a la vez, cerraron los ojos para disfrutar de esa caricia.

—Lo que sucede en la comuna... —empezó Víctor.

—Se queda en la comuna —acabó la frase por él.

Paola dejó de pensar en el momento en que la boca masculina tocó sus labios. El beso era desesperado, ansioso, tanto como el movimiento de sus manos por la espalda masculina. Sentir su peso sobre ella era... la hacía arder de deseo. Hacía tanto desde la última vez que había estado con un hombre...

Inclinó la cabeza hacia atrás, presa de un placer que la atravesó de arriba abajo. Los jadeos llenaron de musical sexualidad el poco espacio que quedaba libre entre ellos. Siempre le había gustado ese sonido, el de dos personas que dejaban de serlo para convertirse en una, por unos eternos instantes en los que tan solo eran ecos y alma. Unos instantes en los que se alimentaban del calor del otro, de los jadeos, de los suspiros que se convertían en la principal fuente de alimento del otro. Hasta que el orgasmo los atrapaba en su espiral y les daba vueltas, mareándolos, dejándolos sin aliento, formando parte del otro para volver, tras el placer, a ser uno mismo.

No se dio cuenta de que no tenía la camiseta, pero se percató de la suavidad con la que bajaba las tiras del sujetador por sus niveos hombros y de cómo acariciaba la curva de su cadera mientras su boca prodigaba besos y caricias a sus pechos.

Jadeó, echó la cabeza hacia atrás para aullar a una luna que solo existía dentro de esa tienda.

—Eres preciosa, Paola.

Abrió los ojos al escuchar su voz más ronca, un susurro que acarició esa parte a la que no todo el mundo era capaz de llegar: su alma. Esa misma que había ocultado y protegido durante mucho tiempo y que él había sabido encontrar.

Víctor leyó en los ojos de ella que lo anhelaba con la misma intensidad que él, se incorporó y se sacó la camiseta, dejando su torso desnudo. Paola abrió los ojos y acarició cada músculo, cada onda y cada valle que se dibujaba sobre su abdomen. Era... perfecto. Sus manos se deslizaron hasta la cintura del vaquero, él se estremeció al notar sus dedos acariciar la piel tan cerca de su miembro. Cerró los ojos y apretó los puños. Moría de deseo. Tenía que hacerla suya, ya. O iba a explotar.

Paola desabrochó el cinturón, luego quitó el botón y bajó la cremallera con

exasperante lentitud, pero quería disfrutarlo, quizás fuese la primera y la última vez. Cada jadeo que arrancaba a la boca de Víctor pintaba una sonrisa en la suya. No era el único que podía jugar ese juego. No era el único al que le gustaba ganar.

Sus manos se colaron por debajo de la tela del bóxer y acariciaron su sexo, cerró los ojos asaltada por un abrupto deseo. Incontenible. Lo había deseado desde que lo vio por primera vez, aunque se empeñara en negarlo. Lo odiaba porque al verlo su corazón había cambiado su ritmo. No lo quería cerca porque sabía lo peligroso que era para ella. Lo retaba porque en el fondo, le gustaba saber que iba a volver a ella.

—Desnúdate para mí —susurró con la voz rota por el deseo.

Mientras observaba a Víctor quitarse los pantalones y la ropa interior, ella hizo lo mismo. Sin dejar de mirarlo. Verlo allí, dentro de la pequeña tienda de pie, desnudo y con la virilidad en su esplendor, era algo que difícilmente iba a olvidar.

Se acercó sin ropa hasta él, apoyó su mano en el pecho y él hizo lo mismo. Tiritó de nuevo. No podía evitar sentirse un poco nerviosa. Era normal, hacía mucho que no compartía intimidad con nadie.

—Tiritas de nuevo. Tiritas cada vez que me acerco a ti.

Y con esa frase la acercó a él y la besó con hambre. Ella quería negarlo, pero se perdió en su cuerpo cálido, en su boca experta que la acariciaba de una forma que la hacía estremecerse. Volverse loca.

Sin saber cómo, Víctor estaba en el suelo y ella se colocó sobre él. Se deslizó sobre su sexo con calma, quería sentirlo de verdad. Una y otra vez. Hasta quedar saciada.

Sus manos se enredaron en el fuerte cuello del hombre cuya mirada estaba llena de deseo. Ella se dejó llevar. Los movimientos eran cada vez más rápidos, y su boca se perdió en la de él en un beso que no deseaba que acabase nunca. Las manos del hombre se hicieron con sus nalgas que separó un poco para poder penetrarla hasta el fondo y dejó escapar un profundo gemido que se tragó la boca del hombre que, enfebrecido, la ayudó a moverse con más ritmo, hasta que el orgasmo explotó entre ellos y los jadeos se convirtieron en gritos que lo llenaron todo, dejándolos sordos, ciegos y agotados.

—Vaya, ha sido —dijo entre jadeos todavía dentro de ella, abrazándola.

—Sí, ha sido... —afirmó ella sin saber qué palabra usar para describir eso que acababa de ocurrir.

Y con esa frase inacabada todavía flotando entre ellos, la apretó más fuerte

contra él, tanto que Paola escuchó con claridad el latido de su corazón y por un instante creyó que susurraba: Paola.

## Capítulo 14

Paola permanecía tranquila entre los brazos de Víctor, no habían dicho nada, tan solo habían permanecido así. Juntos. Disfrutando del calor del otro. De repente, la tienda se abrió y la cara joven y con demasiado vello del joven que se habían cruzado antes, apareció entre ellos.

—Johan os busca. Han llegado noticias desde el hospital.

Hablaba pausado y con la sonrisa congelada en su rostro. Los ojos le brillaban y los tenía enrojecidos, Paola estaba casi segura de que no era por la falta de sueño.

—Vale, gracias. En seguida vamos, ahora si no te importa. —Paola hizo un gesto con la mano para que sacara la cabeza de la tienda, habían usado las camisas a modo de mantas, pero aun así se sentía desnuda.

—Aahhh, claro. Ya me voy. Por cierto, bien hecho, campeón, se la ha escuchado gritar hasta en Órgiva.

Y, sin dejar de reír, salió del tipi para dejarles la intimidad que le habían pedido.

—No me mires así, no lo he dicho yo, ha sido él.

—Claro, y ahora pensarás que de verdad eres un fenómeno en la cama.

—Si no te he convencido con una vez, voy a tener que repetir y emplearme más a fondo —musitó con la voz ronca y la mirada cargada de deseo.

Paola sintió cómo el rubor bañaba su rostro, los dedos de Víctor acariciaban su mejilla y se posaron tras su nuca, masajeándola sin prisa. Víctor sonrió y en su mirada apareció de nuevo la nube de oscuridad que teñía el azul de sus ojos de un tono más oscuro, del tono de la pasión.

Al cabo de un rato salieron vestidos y Paola se detuvo en el arroyo para mojar su cara. La humedad que permanecía en su rostro junto con la brisa fría la hizo sentir bien, viva. Mucho más que en los últimos tres años. Pasearon muy cerca el uno del otro y Víctor entrelazó su mano a la de ella. ¡Se sentía tan jodidamente bien! Se sentía como si sus manos estuviesen hechas para encajar. Y eso le trajo las palabras de su abuelo a la mente: «Supe que era la adecuada cuando agarré su delicada mano entre la mía y... tan solo encajaron. Esa es la mejor prueba».

Al llegar a la zona que usaban de comedor común, se acercaron a Johan que los llamó con un gesto silencioso de su mano. Los demás moradores de la comuna los miraban con diferentes expresiones en sus rostros. Paola los conocía

bastante bien y estaba segura de que a muchos no les agradaba allí su presencia y mucho menos que hubieran avisado a la ambulancia. Pero, situaciones desesperadas requerían de medidas desesperadas.

—Johan, nos han dicho que han llegado noticias desde el hospital.

—Pensé que querrías escucharlas. Todo está bien, la madre y la niña. Los médicos de allí han dicho que han tenido suerte de ser tan bien atendidos en un parto tan complicado y con la madre tan débil, al parecer has... habéis salvado dos vidas hoy.

—Me alegra mucho que todo haya terminado bien, estaba muy asustada.

—Vamos a celebrarlo, esta noche haremos una hoguera para dar gracias a la naturaleza. Quemaremos lo malo y purificaremos el campamento para que nada como esto vuelva a suceder. Vosotros estáis invitados, esta noche la pasaréis aquí, pero mañana, debéis regresar.

—Gracias, Johan.

—Ahora, disfrutad de la comida.

Paola asintió, agarró de la mano a Víctor y se acercaron a por algo de comer. En la comuna la dieta era prácticamente vegetariana. Las verduras y frutas eran prácticamente la base de su alimentación. Eran agricultores y rara vez necesitaban comprar cosas que no cultivaran ellos mismos, aunque algunas veces bajaban al pueblo a por provisiones, sobre todo de cara al crudo y frío invierno.

Tras la frugal comida, Paola cogió a Víctor de la mano y lo llevó a que conociera la zona. Era hermoso. Todo allí lo era. La naturaleza estaba más viva que en otros lugares, o eso le parecía a ella.

Caminaron sin estar pendientes del tiempo, era como si se hubiese detenido, no, como si no existiera. Como si no hubiese nada más allá de esos altos árboles, de ese manto oscuro que se quejaba con voz ronca tras cada pisada, como si no hubiese nada más allá del canto del río.

—Creo que me equivoqué contigo, Víctor.

—¿En qué? Es que son tantas veces las que no has acertado que me cuesta saber a qué te refieres.

Paola sonrió, se lo merecía. Era cierto. Lo había juzgado mal desde el principio, pero ahí, alejados de los demás, dejaba ver al que de verdad era y que, por alguna razón que no comprendía, escondía de los demás.

—Me lo merezco, tienes razón. Bueno, pues no eres solo un niño pijo que no ha tenido que pelear para conseguirlo todo. Ahí me equivoqué.

—¿Y... en qué más?

—Bueno, tampoco eres idiota. La verdad es que pensé que tanto ejercitar el cuerpo te había dejado sin cerebro, pero me alegra saber que no es así.

—Así que tu opinión sobre mí se reducía a que era guapo, pijo y tonto.

—Algo así...

—Pues yo no me equivoqué contigo. Desde que te vi supe que eras una mirona, y esa es la realidad. Hoy, en cuánto has podido has vuelto a espiarme mientras estaba en el río. Desnudo. Indefenso... Tal vez debería denunciarte.

Paola dejó escapar una carcajada. Empezaba a entender su humor y eso le había hecho gracia. La verdad era que no había podido apartar la vista de él, de su cuerpo, de su... dejó esos pensamientos relegados a otro lugar, porque de seguir así iba a asaltarlo ahí, en mitad de la nada y esa nada iba a convertirse en todo.

—No ha sido mi culpa, dos veces me he topado con un perverso que se paseaba por ahí, con el pene al aire... y, como puedes ver, no soy de piedra.

—¿Perverso? ¿Eso piensas? —Paola vio sus intenciones y se alejó de él despacio, divertida—. ¡Ahora verás...! —amenazó antes de salir corriendo a por ella.

Al verlo, hizo lo propio y huyó a toda prisa, corriendo y serpenteando entre los árboles para tratar de que no la pillara. Pero sus manos y sus piernas fueron más rápidas y la cazaron al vuelo.

—¡Cazada! ¿Pensabas que ibas a poder huir del lobo?

—No, claro que no. Caperucita siempre quiso que el lobo la persiguiera y luego dejó que se la comiera, pero era muy lista y lo hizo de forma tan sutil que el lobo siempre pensó que todo había sido idea suya.

—Pues que sepas, Caperucita, que este lobo va a aullar a la luna esta noche por ti.

Paola lo agarró del cuello, lo atrajo hacia sí y lo besó con desesperación, con esa forma en la que se da el primer y el último beso. Y allí, usando como apoyo el tronco grueso de un árbol, el lobo aulló el nombre de Caperucita, y Caperucita dejó que el lobo la devorase sin dejarse nada... ni siquiera el alma.

Llegaron entrada la noche al campamento, Paola sabía que exudaba felicidad por cada poro de su piel. La verdad era que estaba siendo el fin de semana más sorprendente que nunca había vivido. Había resultado tan diferente a lo que creía en un principio...

Se sentaron cerca del fuego y comieron mientras observaban a los demás acercarse a las llamas y quemar notas de papel, una tras otra las echaban al

fuego, lo alimentaban de lo malo para que lo consumiera y los librarán de esas malas vibraciones. El olor de la hoguera se confundía con el de las hierbas que fumaban, y todo se volvió un poco confuso cuando algunas jóvenes se desnudaron y bailaron alrededor de la hoguera. Más tarde, los besos, abrazos y caricias se sucedieron unos tras otros, sin saber muy bien quién daba o quién recibía. No les importaba, allí todos pertenecían a todos y nadie era de nadie. Libres. Solo almas que vivían y disfrutaban del momento.

—¿Nos vamos? —preguntó Víctor poniéndose de pie y agarrándola de la mano.

—Vale, estoy cansada. Ha sido un día muy largo.

—Lo ha sido.

En silencio dejaron la fiesta y caminaron hacia el tipi en el que habían hecho el amor y en el que iban a dormir. La luz de las estrellas se colaba por entre las hojas de los árboles dotando a los objetos, a los que alcanzaba, de una misteriosa magia.

—Pensé que ver a un grupo de jóvenes desnudas bailando a la luz de una hoguera y dispuestas a entregarse, era el sueño de cualquier hombre.

—Bueno, si te soy sincero, aunque sé que te va a parecer raro, soy hombre de una sola mujer.

—¿Por eso sigues solo?

—Supongo... que no he encontrado a la que encaje. No sé. Quizás es porque no he tenido suerte con las mujeres.

—No creo que fuera peor que lo que me sucedió a mí.

—Algo parecido, también me dejaron plantado, pero no habíamos llegado al altar, aunque sí estábamos comprometidos.

—Lo siento.

—Yo no. Hubiese sido un error, aunque no lo vi en su momento, ahora lo tengo claro.

Paola sopesó si debía o no seguir preguntado qué sucedió, pero ¿por qué no? Si no le apetecía hablar de ello no lo obligaría, aunque la curiosidad la estaba matando.

—¿Por eso te fuiste con Médicos sin Fronteras? ¿Para olvidarla?

Víctor se detuvo, pero no le soltó la mano. No habían dejado de cogerse de la mano desde que llegaron temprano. No tenía clara la hora que era. Ni siquiera recordaba dónde había dejado el móvil, supuso que estaría en el coche que habían abandonado a toda prisa, pero debía ser tarde. Más de media noche.

Él alzó la mirada hacia el cielo. Habían llegado cerca del arroyo y estaba

cansada, así que se soltó de él y caminó hasta una piedra cercana para sentarse. Él la acompañó y se colocó cerca, tanto que sus cuerpos parecían estar soldados y era... agradable. Hacía frío y la humedad del río no hacía más que acentuar esa sensación, pero se sentía bien.

—No, no me fui por eso. Me fui porque necesitaba dejar de pensar en lo que acaba de perder.

—Siempre es duro cuando te dejan.

—No, no fue por ella —Víctor tragó saliva y cerró los ojos, dejando que la oscuridad de lo que los rodeaba penetrara dentro de su cuerpo para poder hablar de su madre sin sentir ese horrible agujero volver a abrirse en su pecho—. Mi madre falleció. Me costó mucho hacerme a la idea. Un día estaba bien, feliz y sana y al siguiente no había forma de detener el cáncer que avanzaba tan deprisa y de forma tan agresiva que los medicamentos no tenían tiempo ni de actuar. Lo pasé muy mal porque la adoraba. Te hubiese gustado. Era una mujer estupenda, llena de vida, de optimismo, siempre dispuesta a ayudar a los demás. Se parecía a mi abuelo.

Paola lo escuchaba en silencio, ¿qué podía decir ante esa confesión? Nada, tan solo apretó su mano con fuerza entre las de él, para que supiera que lo sentía, que lo entendía, que comprendía su dolor.

—Fue poco después de perder a mi abuela, mi abuelo no lo llevó bien tampoco. Yo creí enloquecer y sentí que tenía que hacer algo realmente bueno para que no me volviera a pasar, era como si cada mujer que amaba de verdad, la perdiera antes de tiempo.

El corazón de Paola se detuvo un instante, el mismo tiempo que él contuvo la respiración. Era difícil no sentir por él algo más que atracción, cada cosa que le era revelada le hacía estar un poco más... ¿enamorada? No lo tenía claro, pero los síntomas que la llenaban no podían significar otra cosa, ¿o sí? Un escalofrío recorrió su cuerpo y se llevó las manos al pecho, en un intento desesperado de abrazarse a sí misma.

—¿Nos vamos? ¿Tienes frío? —preguntó al verla temblar.

Negó con la cabeza, no podía decir nada en ese momento. Todo era perfecto. ¿Cómo había pasado del odio a... eso? ¿Cuándo se habían cambiado las tornas? Parecía que habían pasado una eternidad y hacía apenas unas semanas desde que llegó.

—Estoy bien. La gente siempre cree que conoce qué es lo peor de las cosas que les suceden a los demás, ¿sabes? Todos pensaron que lo peor que me había sucedido fue que me dejara plantada en el altar.



—No fue así, lo peor fue que le importaras tan poco como para hacer eso, ¿verdad?

—Bingo —murmuró tratando de sonreír, pero no pudo—. Lo peor fue eso, saber que no habían significado nada los años, las promesas, las caricias... que solo había sido real para mí y el colmo fue la maldita carta de disculpa escrita en papel higiénico. Lloré, mucho. Perdí la noción del tiempo. Y, entonces, cuando se calmó todo un poco, tuve que evitar pensar lo que estaba haciendo cuando me la escribió. Pero la imagen de él en el baño, sentado en el wáter me asaltaba y me enfurecía más.

Era la primera vez que contaba en voz alta que siempre lo imagina sentado en el wáter, haciendo sus necesidades y escribiendo esas palabras de disculpa que no valían una mierda. Y sonó tan ridículo, incluso para ella, que unas carcajadas histéricas brotaron de su pecho y rompieron la quietud de la noche.

Víctor, al escucharla la acompañó y se rieron durante mucho tiempo, hasta que les dolieron la barriga y sus ojos se llenaron de lágrimas. Después de un rato, Paola se apoyó contra el hombro de Víctor que de forma instintiva echó la cabeza sobre la de ella.

—No se está tan mal aquí, después de todo —confesó a media voz Víctor.

—No, no se está tan mal. En noches así, pienso que me gustaría que el tiempo se detuviera.

—¿Esta es una de esas noches?

Paola se incorporó un poco y lo miró a los ojos. ¿Era una de esas noches? No, claro que no, era la noche. Si tuviera que elegir una noche entre todas las vividas, sería esa. En ese momento justo le gustaría que el tiempo se detuviera. Que todo se quedara justo como en ese momento.

—Esta es la noche —susurró justo antes de perderse en la boca de Víctor.

## Capítulo 15

Paola se volvió y recordó que no estaba sola, como era habitual. A su lado Víctor dormía apacible. Posó los dedos sobre su rostro y dejó que el vello que crecía en él, le arañase las yemas. Le encantaba esa sensación de sentir la aspereza del vello que nacía en su piel, era puro placer.

Su estómago dio un vuelco y sintió que se llenaba de aleteos. No podía permitirse el lujo de enamorarse de él, no tenía sentido. Se iba a largar de aquel lugar a la primera de cambio y la dejaría más sola y triste que nunca, atrapada para siempre. Condenada. Y no lo deseaba.

Habían hablado y se habían dicho que lo que pasara en la comuna se quedaría allí y así iba a ser. Cuando atravesaran las puertas, todo quedaría olvidado. Sería un hermoso recuerdo al que agarrarse en sus frías y largas noches de invierno.

Unos gritos la sacaron de sus pensamientos y despertaron a Víctor que se levantó sobresaltado.

—¿Qué pasa? ¿Quién grita tanto?

—No lo sé. Vamos a ver.

Se pusieron la ropa que no llevaban después de la intensa noche y salieron con los ojos cargados de sueño. Habían dormido apenas unas horas y se sentían agotados.

Al salir vieron a un chico que iba en su dirección.

—Boticaria, sus amigos han venido a buscarla y se han puesto hechos una furia cuando les hemos dicho que no podíamos dejarlos pasar.

—Gracias, chico, ¿esas voces son de ellos?

—Sí, van a despertar a todos.

—Está bien, escucha. Nos vamos, ¿se lo dirás a Johan? ¿Le darás las gracias por todo de nuestra parte?

—Claro, iré ahora mismo.

—Gracias, hasta la próxima.

El chico echó a correr hacía el campamento y ellos se apresuraron a llegar hasta la frontera de la comuna con el resto del parque. Iban caminando de la mano, ajenos a ese hecho que se había convertido en algo habitual esas últimas horas.

Al acercarse, un par de jóvenes de la comuna les abrieron las puertas dejándolos salir y despidiéndolos con un gesto de la cabeza. Estaban

visiblemente molestos por el comportamiento escandaloso de sus amigos. Allí, frente a ellos, estaban; esperándolos.

Almudena al verla echó a correr y Pedro apagó el cigarrillo que fumaba con el pie y también se acercó a toda prisa, hasta que se dio cuenta de que iban agarrados de la mano. Y eso le hizo frenar en seco.

Paola al ver hacía donde se dirigía la mirada de Pedro, trató de soltarse, pero Víctor que también se había percatado de todo, se lo impidió. Estaba claro que no todo lo que había sucedido en la comuna iba a quedarse en aquel lugar, su secreto había atravesado las puertas a la vez que ellos.

—¿Qué demonios significa eso, Paola? —interrogó sin disimular que le molestaba que la llevase de la mano.

—No es de tu incumbencia, Pedro.

Paola miró a Almudena que pareció entender y se acercó a ella para abrazarla, consiguiendo que el médico la soltara de la mano.

—¿Qué ha pasado? ¿Estáis bien? Nos asustamos mucho cuando nos dijeron que os habían ido a buscar de la comuna y que Víctor había dejado una nota pidiendo una ambulancia lo antes posible.

—Sí, todo bien. Es solo que se complicó un parto. Pero, por suerte, Víctor estaba conmigo. Teníais que haberlo visto, estuvo magnífico.

Y sin esperarlo, el puño de Pedro se estampó en la cara de Víctor que al no esperar el ataque perdió el equilibrio y cayó hacia atrás.

—¿Qué cojones te pasa, niñato? —espetó a Pedro que parecía fuera de sí.

—¿Que qué me pasa? ¡Tú me pasas! ¿Qué coño ha pasado? ¡Es mía, joder! ¡Mía!

—¡Pedro, cálmate! —gritó desconcertada—. Lo primero es que no soy tuya ni de nadie, lo segundo es que lo que haya pasado o no entre nosotros, es asunto nuestro. No tengo que darle explicaciones a nadie. Ahora que ya sabéis que todo está bien, podéis iros. Luego hablamos, Almudena.

Ella asintió y empezó a caminar de vuelta al coche. Pedro seguía muy alterado, lo que le llevó a preguntarse si acaso no había tomado algo que no debiera. Se subieron en el coche y arrancaron, pero las amenazas de Pedro no cesaron.

—¿Estás bien? Lo siento... yo...

—No tiene importancia.

—Por un momento pensé que ibas a golpearlo y me he asustado. No tiene nada que hacer contra ti.

—Lo sé, por eso me he aguantado las ganas de devolvérsela. Cuando uno es

más fuerte y está más preparado que el oponente, tiene que pensárselo mucho porque podía haberle hecho puré sin esfuerzo, pero no merecía la pena.

—¿Te duele? —preguntó acercándose a él.

Habían llegado al coche y Víctor la miraba apoyado en la puerta del conductor.

—No tanto como el orgullo —rio.

—No sé qué le pasaba, parecía fuera de control.

—La verdad es que ha actuado como un marido celoso, pensé que dijiste que no teníais nada.

—Nada más somos amigos. Al menos pensé que esa parte estaba clara.

—Pues él parece pensar lo contrario.

—Vamos, te curaré en la farmacia. Allí tengo tiritas —bromeó yendo hacia la puerta del copiloto.

—Uff, eso me gusta. Suena bien lo de que me vayas a poner tiritas... ¿de amor?

—Eres un caradura, ¿no te lo habían dicho nunca?

—No, eres la primera.

Paola sonrió y Víctor condujo de vuelta a Cáñar. Paola pasó el trayecto entero tratando de que las manos de Víctor, que no dejaban de acariciar su pierna, no la distrajeran.

Una vez en la farmacia, Paola le curó el golpe. La verdad era que se había comportado bien, no como Pedro. Estaba segura de que con un solo golpe lo hubiese noqueado. Lo que no acababa de entender había sido el arranque de Pedro, pensaba que le había quedado claro que solo eran amigos.

—No ha sido culpa tuya, Paola. No le des más vueltas. Es joven y un poco impulsivo, ha visto que peligraba lo que considera suyo y ha reaccionado...

—Como un neandertal —acabó por él.

—Bueno... creo que no todos los comportamientos neandertales te desagradan... —le recordó alzando las cejas.

Paola sonrió y le dio un pequeño golpe en la herida, para molestarlo. Él la apresó por la estrecha cintura y la acercó hacia sí para besarla a conciencia. Las piernas de ella temblaron y su mundo se desestabilizó. Le encantaba que la besara de esa forma... tan suya. Era como si la atara a él y a la vez le ofreciera libertad plena.

El beso no terminó ahí, sin darse cuenta estaba sobre la mesa de la sala privada que tenía para uso personal tras la cortina, esa misma que Almudena usó

de vestido, con las piernas abiertas acogiéndolo con deseo.

—Tengo que irme —murmuró fastidiado apoyando la frente en la de ella—. Tengo que ver cómo está mi abuelo; no sé nada de él desde ayer temprano y quiero comprobar que todo está en orden.

—Claro. Ve a verlo.

—¿Te recojo luego? ¿Sobre las siete?

—Vale, ¿dónde vamos a ir?

—¿Acaso un chico de ciudad no puede sorprender a una chica de campo?

—Esperaré ansiosa.

—Luego, tú, yo, mujer —se despidió imitando cómo se supone que sonaría un hombre de las cavernas.

Paola lo vio irse y trató de borrar la sonrisa de su cara, pero sabía que iba a resultar imposible. Se llevó las manos al estómago y empezó a ordenar las cosas que se habían quedado a medias. Necesitaba sacárselo de la cabeza unos minutos, necesitaba recuperar la sensación de que era la dueña de su vida, aunque mucho se temía que ya nada sería igual.

La puerta se abrió con su musical tintineo y Almu entró como una exhalación.

—¡Paoooo! ¿Estás bien? ¡Dime que estás bien!

—Siempre tan dramática, Almu. Te digo y confirmo de primera mano que estoy bien.

—¿Y el doctor buenorro? Pedro le ha dado fuerte.

—¿Qué demonios le ha pasado? ¿Tienes idea de por qué se ha comportado así?

—Como somos las mejores amigas del mundo, te voy a hablar con sinceridad. A Pedro le ha dado un ataque bestial de celos. No te haces una idea de todo lo que habló mientras íbamos a buscaros. No dejó de despotricar sobre vosotros... bueno, sobre Víctor, y cuando os vimos aparecer de la mano, pues lo que sospechaba se hizo realidad.

—Pero entre Pedro y yo no ha habido nada ni lo habrá. Se lo dejé claro, que solo éramos amigos —repitió una vez más, al parecer a todos les había quedado claro, menos a él.

—No perdió la esperanza —dijo sin más, encogiéndose de hombros a la vez que se dejaba caer en una de las sillas—. Ahora cuenta, ¿cómo es? ¿Es tan increíble como parece que va a ser?

Paola sonrió ante la pregunta y sin ser consciente se llevó una mano a la cabeza y enredó los dedos en uno de sus rebeldes rizos.

—¡No te hagas de rogar! ¡Cuéntamelo! —suplicó acompañando sus palabras con un gesto de sus manos.

—Está bien, es tan increíble como parece que va a ser... y más.

—¡Santa Ana! ¡Virgen de la Cueva! Si ya me lo imaginaba, ¡y has sido tú la primera en catarlo! Es un portento de hombre, no lo dejes escapar, Pao, hazme caso. Que ya tienes una edad y un espécimen así, pues no se ve todos los días.

Paola rio junto con su amiga y se pusieron al día. Así Paola supo que la razón de la discusión y de que se quedara sola con Víctor había sido más de lo mismo: Pedro. Se había molestado al verlo, al parecer había planeado volver a declarársele en el fin de semana de acampada.

Paola rodó los ojos un par de veces, no entendía por qué le resultaba tan complicado a ese chico entender que no sentía por él lo mismo que él por ella, que solo era amistad. Nunca le había dado falsas esperanzas ni señales equívocas, desde el primer intento, fue tajante. Ahora se sentía mal por todo, por los dos. Por ella misma.

Paola le contó a Almudena lo que sucedió cuando iban a reunirse con ellos: la llegada de Mikel, cómo se fueron a toda velocidad, la preocupación por lo que iba a suceder, la profesionalidad de Víctor... y cómo habían pasado de los retos a los besos.

Almudena sonreía como si fuese a ella a la que le hubiese sucedido todo y no dejaba de suspirar y pestañear cada vez que Paola le contaba algo de Víctor.

—Qué suerte la tuya. Te odio, pero solo un poco.

—Esta noche vuelvo a salir con él. No sé a dónde vamos, me ha dicho que me quiere sorprender.

—Hablas como una mujer enamorada. Hasta te salen corazones por los ojos.

—Exagerada. No estoy enamorada. Además, tengo claro que esto no puede durar. Él se irá y no me puedo permitir sufrir de nuevo.

—Mi padre, que en paz descansa, siempre decía que cuando alguien nada más verlo te provoca un rechazo profundo, es porque tu corazón ve más que tus ojos y adivina quién es capaz de romperte el corazón. Por eso se protege. Estaba claro que vuestro odio instantáneo, el uno por el otro, era por un motivo más profundo.

—Bueno, no siempre es así.

—No siempre, es cierto, pero en vuestro caso, lo es.

—¿Qué más decía tu padre?

—Que, si estás al lado de un hombre y tiritas, es de amor.

—Chorradas, solo nos estamos conociendo y pasando el rato. Los dos sabemos que no va a haber nada serio entre ambos. No podríamos. Yo no me iría de aquí, no ahora. Y él... él no va a dejar de lado su vida en la gran ciudad para estar aquí conmigo.

Almudena miró seria a su amiga. No dejaba de cruzar y descruzar las piernas, sabía que estaba nerviosa, pero no quería insistir, ya se daría cuenta ella por sí sola de que ese hombre era perfecto para ella.

—Bueno, ¿nos vamos al Piki a comer?

—Sí, tengo hambre. Solo espero no ver a Pedro por allí, porque si está se va a llevar una buena bronca.

—Si está no te pases, estoy segura de que eso le va a doler más que si Víctor le hubiese noqueado de un puñetazo.

## Capítulo 16

Llegaron al Piki y se encontraron prácticamente solas. No es que fuese un local que se pusiera hasta la bandera, pero echaban de menos a los habituales. Pedro no estaba, era de esperar. Con toda probabilidad se habría marchado con los otros o, tal vez, estuviera pagando su frustración por ahí, contra algún inocente árbol.

Se sentaron en su mesa de siempre y Almu pidió por las dos: un plato alpujarreño. No lo tomaban todos los días, pero sí todos los domingos, era como una tradición para ellas. Mientras comían, la conversación versó sobre todo lo que había ocurrido entre Paola y Víctor y esta no podía dejar de hablar de él y remarcar todas sus virtudes para justificar sus defectos.

Paola no dejaba de repetirle una y otra vez que no se estaba implicando demasiado, pero sonaba falso incluso a sus oídos. Estaba nerviosa y emocionada por la cita de la noche y ahí residía el problema, ¿si no sabía a dónde iban cómo sabía qué ropa ponerse?

—Es que no tengo ni idea de qué ponerme, Almu.

—No pasa nada, no te preocupes. Por suerte para ti me tienes a mí, la *it girl* del momento, yo te ayudaré a encontrar una solución.

—Sí, una *it girl* llena de habones.

—Eso fue un fallo técnicoooo, perooo ahora no hablamos de mí, sino de ti. Venga, barajemos las posibilidades. Podría llevarte al Mesón Los Ángeles a cenar. O algún sitio en Lanjarón. No se me ocurre ningún sitio más porque la comuna ya la conocéis. —Sonrió levantando las cejas.

—La verdad es que no lo veo llevándome a cenar en mitad de la montaña de noche.

—Vale, aunque no creamos que te vaya a llevar a un lugar en mitad de la nada, hay que estar prevenidas. Ya sabes, mujer prevenida vale por dos. Así que llevarás unos vaqueros y un jersey de esos que tienes tan bonitos que se pegan a tu cuerpo y en los pies... pues prepara deportivas y tacones y depende de a dónde sea, te pones unos u otros.

—No está mal, para nada. Es una forma segura de no meter la pata.

—Soy genial, y lo sabes. —Sonrió pagada de sí misma.

—Lo eres, por eso te quiero.

Terminaron la comida y se tomaron el café con calma, hasta que llegó la hora en la que Paola debía regresar para prepararse, no pudo evitar sentir ese



aleteo de mariposas en el estómago durante todo el tiempo que pasó arreglándose para su cita misteriosa, y aunque ya había decidido qué ponerse, lo cierto era que las dudas de si acertaría o no con su elección la incomodaban.

Cuando el timbre sonó, Paola sintió que su corazón se alteraba tanto o más que su respiración. Se echó un último vistazo en el espejo y salió, descalza, a abrir.

Lo primero que hizo al verlo fue ver que iba con ropa cómoda y con disimulo echó una mirada a sus pies, iba con botas, así que la posibilidad de que fueran a un lugar elegante quedaba descartada. Víctor pareció darse cuenta del detalle y sonrió.

—Olvida los tacones, ponte zapatillas.

Paola sonrió, le gustaba esa camaradería que se había creado entre los dos, se sentía cómoda con él, feliz. Asintió y se colocó las zapatillas de deporte, cogió el bolso de bandolera, cerró la farmacia y subió al coche agradeciéndole el gesto que había tenido al abrirle la puerta.

—¿Lista?

—Lista —afirmó sonriendo.

Víctor arrancó, puso en la radio el último disco de Fito y los Fitipaldis, y pisó el acelerador para dejar el pueblo todo lo deprisa que las inclinadas calles le permitían. Cuando aparcó, Paola sabía dónde estaban; cerca de Dique 24, uno de sus lugares favoritos.

—Llegamos, espero que te guste el lugar que he elegido.

—Bueno, no me esperaba para nada que me trajeras aquí, así que lo de sorprenderme te ha salido bien.

Víctor sonrió, abrió el maletero y sacó una pequeña mesa y un par de bancos plegables y un mantel. La obligó a sentarse en el lugar elegido. Desde allí podía ver y sentir el rumor del agua al precipitarse, siempre le había relajado esa sensación. Esa fuerza del agua al caer desde esa altura para hundirse en aguas más apacibles... era parecido al encuentro entre una mujer y un hombre cuando se hundía en ella, la paz parecía llegar para volver a desatar una tormenta que acababa con un cielo raso, azul y despejado.

Víctor colocó de forma diligente, encima del mantel, todo lo que había en la cesta de pícnic. Cada vez que abría un nuevo recipiente de los que contenían la comida, Paola sentía cómo se le hacía la boca agua. ¿Lo habría cocinado él?

—¿Lo has cocinado tú? ¿Todo? ¿Esta tarde? —Lo acribilló a preguntas.

—Bueno, he improvisado.

—Vaya... si no tuviera una alergia al matrimonio más grade que la de Almu

al encaje, me casaría contigo.

Víctor se carcajeó al recordar a Almudena con solo unas bragas de papel y llena de habones rojos e inflamados.

—Pero si sabe que es alérgica, ¿entonces...?

—Bueno, cosas de abuelas —contestó sin más.

—¿Cosas de abuelas? Ilústrame.

—Pues su abuela le dijo que se pusiera ropa interior bonita para ir a conocer al nuevo médico.

Víctor abrió mucho los ojos y, a pesar de la oscuridad, Paola pudo ver que se sorprendía o tal vez que ahora las piezas encajaban.

—Así que todas las abuelas les dijeron a sus nietas que se pusieran enfermas el mismo día y con ropa interior llamativa... ahora entiendo el desfile de lencería que tuve que soportar en la consulta el primer día; era mi fiesta privada de bienvenida.

—Cosas de los pequeños pueblos, supongo. Es complicado conocer a alguien por aquí.

Paola se llevó un trozo de algo que no era capaz de adivinar qué era a la boca y cerró los ojos de puro placer. Estaba delicioso, para su sorpresa.

—¡Joooder! Está buenísimo.

Víctor sonrió y se llevó una pichada a la boca, todo para darle la razón, le había quedado espectacular.

—Ojalá yo supiera cocinar así de bien, si no fuera por el Piki solo tomaría comida basura.

—No es complicado cuando la necesidad aprieta y a mí me tocó aprender a la fuerza cuando mi madre murió.

Paola sintió un nudo en el estómago, sus padres habían muerto ya mayores. Ella llegó por sorpresa cuando nadie la esperaba, justo cuando su madre empezaba a acusar los primeros síntomas de la menopausia. Sintió la muerte de sus padres, pero sabía que el dolor era diferente cuando la persona en cuestión era demasiado joven para irse.

—No, no, Paola. No te sientas mal. Fue hace mucho, la echo de menos... todos los días, es verdad. Pero tuve a mi abuelo, otros no tienen a nadie.

—¿Y tu padre?

—Mi padre me dejó de lado mucho antes, creo que no supo gestionar bien lo de la enfermedad de mi madre y tener que hacerse cargo también de mí. Solo aparece de vez en cuando para imponer sus castigos cuando no se acatan las normas.

—¿Eso es esto para ti? ¿Un castigo?

—Era lo que mi padre pretendía, pero no lo está consiguiendo porque me encanta todo esto.

Comieron un poco más en silencio, acompañados solo por los sonidos de la naturaleza que los rodeaba. Con una copa de vino en las manos, se acercaron para darse calor, el tiempo pasaba y el frío arreciaba, pero estaban tan bien juntos, que lo demás carecía de importancia.

—Preciosa —susurró de repente Víctor, rasgando con su voz ronca la calma que los acunaba.

—¿Perdona? —Paola lo miraba con el corazón a mil, a la misma velocidad a la que se precipitaba el agua desde la presa hasta el río.

—La vista... desde aquí es preciosa.

Víctor la observaba, ¿sabría lo atractiva que resultaba cuando se ruborizaba? Había vuelto la mirada hacía el agua, lo contemplaba embelesada y él a ella. En realidad, era un cobarde, incluso después de lo que había sucedido entre ellos, le asustaba enfrentarse a ese temblor que recorría su cuerpo y que trataba de ignorar a toda costa.

—Así que no entra en tus planes casarte, ¿nunca más?

—No, nunca más. Con una vez tuve de sobra.

—Fue un imbécil, y sé que se arrepentirá cada segundo de su vida.

—Es curioso, es médico, como tú. Tal vez os conozcáis.

—Espera, no será... no, no podría ser. Sería mucha causalidad...

—Ahora es un reputado cirujano plástico especializado en pacientes con quemaduras.

—¡No me jodas! ¿El que te dejó plantada en el altar es Rodolfo Suarez?

—Ajá.

—Pues me alegro por ti. Es un cretino. Su ego es más grande...

—¿Qué el tuyo? —lo interrumpió riendo.

—Vale, tú te lo has buscado. Te lo advertí. Ahora vuelvo a hacerlo. Cada vez que te metas conmigo, te besaré.

—No te atreverás.

—¿Te apuestas algo? —dijo con esa mirada pícara que le delataba. Esa con la que empezaba el juego.

—Dicen que los hombres que se pasan el tiempo apostando, es porque tienen el ego tan grande como sus inseguridades.

—Te lo advertí, Paola. Ahora no vas a poder escapar de mí.

Y con agilidad asombrosa, la levantó de la butaca y con ella en brazos,

caminó hasta el coche, para dejarla encima del capó del coche, sobre el que previamente, había colocado una manta.

—¿Lo tenías planeado, doctor Duarte?

—Esperaba tener la suerte de que la chica quedara tan impresionada que me dijera que sí.

—Sí.

Solo esa palabra pronunciada en un susurro fue bastante para desatar el torrente de deseo que Víctor había guardado dentro durante tantas horas. La besó con hambre, con esa necesidad propia del principio y a la vez, con la certeza de que el tiempo se acababa tan rápido como las oportunidades de estar con esa persona que, sin saber cómo, se ha vuelto especial inesperadamente y brilla con una luz más intensa que las demás.

Y el beso fue seguido por caricias, por jadeos, susurros y por palabras que solo pronuncian los amantes cuando el deseo es tan fuerte que no son dueños de sus actos. En ese momento, en que dos partes que estaban separadas, vuelven a ser una sola.

## Capítulo 17

Víctor llegó a la casa de su abuelo, después de terminar su jornada en el consultorio. Francisca, la mujer del inhalador, había vuelto y al verla había rezado para que no le dijera que el inhalador se ponía por la oreja, igual que el caso que le había contado su abuelo, ni que siguiera rociando al pobre gato.

También atendió a Arturo, que no dejó de mirarlo serio todo el tiempo. No entendía por qué, ya había visto su lado oscuro, así que poco más le quedaba por ver de él. Al menos, las heridas se habían curado bien y no parecía revestir gravedad. Estuvo tentado de preguntar por qué un corcho, pero prefirió seguir al margen.

Cuando no quedaban más pacientes, se dirigió a casa de su abuelo, entró y lo llamó. Estaba en la salita, se movía despacio sobre su mecedora. Desde que era niño la recordaba, no tenía ni idea de cuántos años podía tener, tal vez tantos como su propio abuelo y, aunque chirriaba con cada movimiento, ahí seguía. En pie. La ventana de la salita estaba abierta y el sol entraba por ella. Allí se ponía pronto, por lo que las horas del sol se aprovechaban al máximo.

Los relojes no servían de nada en un sitio que tenía su propio ritmo, marcado por los rayos dorados del sol.

—Hijo, ¿tuviste un fin de semana complicado?

—No te podrías hacer una idea, abuelo.

—Me la hago, aquí las noticias vuelan. Sé que has asistido un parto complicado y que todo ha salido bien, sé que Pedro te golpeó y te tiró al suelo... y me temo que sé que la que ha provocado todo ha sido la boticaria esa a la que no querías ver ni en pintura.

—En realidad, abuelo —dijo mientras se sentaba a su lado—, es que es un resumen bastante exacto de lo que ha sucedido.

— ¿Te gusta? Me refiero a Paola.

Víctor guardó silencio un instante, que le gustara era algo normal, era una joven sin compromiso, preciosa e inteligente, ¿quién no se sentiría atraído por ella? ¿Pero, había algo más?

—Vamos, abuelo, ¿cómo no me iba a gustar? Es preciosa e inteligente. Además...

—¿Además...? —lo animó a continuar.

—Me pone nervioso, me saca de quicio, a veces me desespera que a todo le tenga que poner la puntilla, pero aun así... acabo siempre en el mismo lugar que

ella.

—Eso huele a problemas, hijo. Ten cuidado o al final te veo acabando tus días aquí.

—No podría, abuelo. Lo sabes. Esto no es para mí. Echo de menos el ritmo frenético de la ciudad, a mis compañeros, mi trabajo... el de verdad. No este que mi padre se ha empeñado en que haga. No es para mí este lugar. No lo es. No podría, nunca, llamarlo hogar.

—El hogar no es un lugar, hijo. Cuando estés listo, lo entenderás.

—De todas formas, de momento, solo es alguien con quien pasar el rato. No es como si tuviera mucho donde elegir.

Víctor no sabía por qué había dicho eso a su abuelo, la verdad era que estaba asustado porque sí que era mucho más que alguien con quien pasar el rato, pero no estaba listo. No todavía. Además, ella no entraba en sus planes. Ni ese lugar del que tan solo conocía su existencia porque su abuelo había decidido recluirse allí tras la muerte de su abuela.

Tan ensimismado estaba en sus pensamientos y lo que estaba por llegar, que no se dio cuenta de que no estaban solos, igual que no se percató del suave ruido que hizo la puerta al cerrarse ni de los ojos que, llenos de lágrimas, abandonaban el lugar.

Nunca, en su vida, Paola había estado tan arrepentida de haber entrado en la casa del doctor Duarte sin avisar. Se mentiría a sí misma diciéndose que se había acercado para saber cómo estaba el viejo doctor, pero no serviría de nada porque por mucho que tratara de huir, no se podía cambiar de pies. También había querido ir para ver a Víctor, para invitarlo a comer, darle una sorpresa como la que él le dio la pasada noche, pero la sorpresa se la había llevado ella. Y una no muy agradable, aunque ya contaba con que se acabaría yendo, lo que no esperaba era que dijese que la usaba para pasar el rato. Y eso la molestaba, la hería y hacía que su corazón pesara un poco más.

Llegó al Piki y allí vio a Almudena sentada con los demás. Eran una pandilla inseparable. La verdad era que ella había llegado para revolucionar ese reducido grupo de amigos que se conocían desde bebés. No es que hubiese mucha gente en el pueblo y, con el tiempo, la mayoría se iban a lugares más poblados y con oportunidades de trabajo diferentes. Sin embargo, ellos habían decidido quedarse allí.

—¿Paola? ¿Estás bien? —preguntó Almu nada más verla.

Sin decir nada, porque sabía que si hablaba se echaría a llorar, asintió con la cabeza y tomó asiento para levantarse de repente e ir a la barra a pedir una

cerveza. Pedro estaba de turno y la atendió serio y puede que un poco arrepentido por todo lo que había sucedido. Era consciente de que se había comportado como un idiota redomado y que no tenía excusa válida para lo que hizo.

—¿Una Alhambra Especial?

—Sí, no hay mejor cerveza que esa.

—Eso daría lugar a un interesante debate —sonrió con timidez, arrepentido.

Paola agradeció el esfuerzo, sabía que Pedro era un joven orgulloso y que eso no podía resultarle fácil.

—Sobre todo si se inmiscuye Arturo, ya sabes que él adora la 1925.

—Bueno, mejor que deje de beberla, que le afloja la barriga y le da por meterse corchos en el culo y, ahora mismo, eso sería un poco jodido.

Los dos estallaron en risas. Paola necesitaba reírse, saber que ellos iban a estar ahí a pesar de las diferencias.

—Paola, lo siento. Si ese médico es lo que quieres, perfecto. Pero si te hace daño...

—Pedro, no hay nada entre nosotros.

El joven la miró con sorpresa, pero no dijo nada, dejó que la sonrisa que se había instalado en su rostro hablase por él.

—Eso no significa que vaya a haberlo entre nosotros —aclaró.

—Pero también significa que sigo teniendo una oportunidad.

—Pedro, ¿nunca te rindes?

—Bueno, la esperanza es lo último que se pierde. Además, si me rindiera con facilidad, hubiese huido de aquí hace mucho, como hicieron la gran mayoría, el problema es que no soy de los que huyen.

Paola levantó el botellín de cerveza al aire, a modo de brindis, y regresó a la mesa con los demás. Charlaron mientras comían el menú del día y Almudena contaba su mañana con los niños.

Era un pueblo pequeño, con gente peculiar que hacía cosas un poco fuera de lógica, pero también era gente que cuidaba de los suyos y que no le daba la espalda a nadie si necesitaban ayuda.

Quizás llegara allí por casualidad, como una salida a su dolor, pero se quedaba porque de verdad le encantaba ese lugar, esa gente, esa vida. Y eso pocos podían decirlo.

Regresó a la mesa con los demás. Almudena sabía que algo le sucedía a su amiga, habían hecho muy buenas migas desde que se conocieran hacía ya más de tres años, no había sido difícil, había pocas chicas de su edad en el pueblo y,

aunque para algunas hubiese sido una rival, ella había encontrado a alguien con quien salir, reírse y llorar. Y su amiga, en esos momentos, estaba rota. No tenía claro por qué, pero al llegar allí sola sin Víctor al que había ido a invitar para unirse con ellas, le daba una ligera pista.

—Ahora volvemos, Paola y yo tenemos que ir al baño.

—¿Ah, sí? —interrogó alzando una ceja.

—Claro, que si no luego te meas. Ya sabes que la cerveza te hace trabajar más los riñones.

—Sí, oblígala a ir. No sea que luego le dé por intentar meterse un corcho por ahí —espetó Paloma todavía molesta por lo que Arturo había hecho.

Y no sabía qué había hecho. El tema del corcho pasaría a la historia. Sería algo de lo que se hablaría por mucho tiempo, se comentaría en las frías noches de invierno, a los que llegasen nuevos para quedarse y a los que solo estuvieran de paso. Arturo, sin pretenderlo, se había vuelto tan famoso como el de Camelot.

Almudena tiró de la mano a Paola que se temía qué iba a suceder, no le apetecía, pero la conocía lo suficiente como para saber que no iba a darse por vencida. Una vez en el baño, su amiga cerró la puerta con pestillo y la atrapó contra los azulejos. Por un momento, tuvo miedo de ella.

—Almu, me estás asustando. Quita esa cara de loca y dime qué quieres.

—¿Qué te ha hecho? ¿O qué no te ha hecho ese desalmado?

—Nada... —trató de mentir, pero no podía. No a Almudena.

Almudena la miró con una ceja levantada, dándole a entender que no iba a tragarse esa mentira tan mal contada.

—Vale... no pasó nada en realidad. Fui a invitarlo, como ya sabes, y lo interrumpí hablando con su abuelo.

—¿De qué hablaban para que te haya afectado tanto? ¿Se va?

Paola tomó aire, la verdad era que no le apetecía recordar ni repetir lo que había escuchado, esas palabras referentes a ella, a lo suyo, le habían dolido más de lo que le hubiese gustado. Más después de los días que habían pasado.

—No, no de inmediato, aunque claro que se va. Eso no es ninguna novedad, ya sabes que todos se acaban yendo.

—¿Entonces? —En ese momento, la puerta del baño se movió. — ¡Ocupado! ¡Si no puedes aguantar, ve al de hombres! —Almu había gritado enfadada, tal vez se imaginaba lo que había podido escuchar, a veces, parecía bruja.

—Cuando llegué abrí, como siempre suelo hacer, y los vi hablando. Él le decía a su abuelo: «Solo es alguien con quien pasar el rato. No es como si



tuviera mucho donde elegir».

—¡Pedazo de cabrón! ¡Anda y que tire para el monte! Con suerte... se despeña.

—Da igual, no importa. No es como si hubiese pensado que podría haber algo más. No iba a ir a rondarme en la fiesta de las mozuelas ni tampoco a dejar su vida de médico pijo al que invitan a todas las galas benéficas por mí.

Almudena la abrazó y en vez de recomponerla, se rompió en cientos de lágrimas que derramó sobre el hombro de su amiga. Al cabo de un rato, más relajada. Sonrió, se lavó la cara con agua fría y salió a disfrutar de la compañía de sus amigos, de esos que de verdad estaban para ella, en las duras y las maduras.

## Capítulo 18

Habían pasado un par de días desde el «suceso», como lo llamaba Almudena. La verdad era que había evitado verlo, ni siquiera estaba apareciendo las horas obligatorias para las prácticas, había pensado dejar eso, aparcado, por el momento y se planteaba hacerlas en el consultorio de Lanjarón, aunque tuviera que ir y volver todos los días.

Se reprendía a sí misma por ser tan idiota, por haberle dejado entrar en su vida. Después de Rodolfo, tendría que haber aprendido la lección y creyó haberlo hecho, pero apareció él y, al parecer, se olvidó de todo. Incluido el dolor que se sentía cuando te rompían en corazón.

Revisaba la lista de medicamentos, por si había alguno que faltara, ya mismo aparecerían las primeras nevadas y no quería que la pillaran desprevenida, a veces se quedaban atrapados allí varios días, hasta que las máquinas quitanieves podían llegar y despejar los caminos, cuando las campanillas la avisaron de la llegada de un cliente.

Al alzar la mirada se topó con la fría mirada azul de doña Petra, la mujer del alcalde, bueno, la segunda mujer. A la primera la dejó tirada cuando llegó a la alcaldía y Petra, que era su becaria, se lo cameló para que la hiciera su mujer. Fue un escándalo muy sonado dada su inevitable comparación con otro caso más sonado aún de un presidente más famoso de las Américas.

—Buenos días, doña Petra, ¿qué necesita?

Petra la miró por encima del hombro, igual que hacía con los demás. ¡Era la alcaldesa, por favor! Paola sabía que le molestaba que la llamaran por su nombre, por eso lo hacía. Había dejado muy claro que había que llamarla señora alcaldesa y ella se negaba a darle el gusto. Era una mujer maleducada, pretenciosa y de esas que creen saberlo todo, pero no saben nada más que meter la pata.

—Buenos días, boticaria —dijo con la boca pequeña para mostrar su descontento con ella—. Venía a por una caja de *Fernandoles* para el señor alcalde, creo que está pillando una gripe, pero de los de *cláusulas*, los prefiere a los sobres. También creo que me voy a llevar una caja de *Maritere*, para darle vitamina extra.

Paola rodó los ojos, hablar con esa mujer era como hablar con una alienígena. Al principio no la entendía y cada vez que se iba, estallaba en carcajadas. Hoy podría reírse, pero la verdad es que no le apetecía nada.

—Aquí tiene, doña Petra. Frenadol en cápsulas y una caja de Meritene. Solo tengo sabor vainilla, ¿le va bien?

—Bueno, la vainilla no es su sabor favorito, ya *me se* entiende —sonrió con malicia.

La verdad es que la entendía y prefería no hacerlo, ¿por qué le contaban esas cosas?

—¿Necesita algo más, doña Petra?

—Sí, quería la crema de la Preysler, la misma que usa ella, ¿eh?

Paola se mordió la cara interna de la mejilla, no quería reír ni tampoco llorar, y esta mujer le creaba esa extraña sensación de querer reír y llorar por igual. ¡Qué sufrimiento!

—No, doña Petra, no he conseguido que me traigan esa crema, lo siento.

—Vale, está bien. Tendré que ir a otra farmacia más... grande y tratar de comprarla allí. Otra cosa, ¿crees que debería llevarme un jarabe de Ambrosio para la tos?

Paola iba a decir algo al respecto, pero entonces, la puerta de la farmacia se abrió y de nuevo y junto con la música de las campanillas, llegó la de su corazón, fuerte como golpes de tambor.

—Buenos días, Paola... señora...

—Buenísimos días, ¿y usted es...? —Petra lo miraba con ojos de loba hambrienta mientras tendía su mano para que él, ¿se la besara? ¿En serio?

—Doctor Duarte, señora...

—Soy la alcaldesa, ¿cómo es posible que no haya venido a casa a cenar para que lo conociéramos?

Paola se dio la vuelta y cerró los ojos exasperada. No podía soportarlo, no podía... bueno, sí podía, pero no le daba la gana. ¿Para qué demonios había venido?

—La verdad es que he estado muy ocupado con asuntos de máxima importancia.

—Pues hay que arreglarlo, venga esta noche a casa, lo invitamos a cenar.

—Gracias, muy amable, señora alcaldesa, pero esta noche...

—No se hable más, insisto —lo interrumpió—. Hay que ponerle remedio a esta situación. Boticaria —soltó con un desdén tan afilado como su nariz—, apunta en mi cuenta todo esto. Ya te lo pagaré... otro día. Ahora tengo mucho que hacer.

—Claro, señora Petra. Corra a hacerse la depilación, por si acaso... —susurró para sí y maldijo por dentro. Después de lo poco que la soportaba, se iba

sin pagar...

—¿No te cae bien?

La voz de Víctor la hizo levantar la mirada. Estaba enfadada, aunque él no supiera por qué ni tuviera la intención de decírselo. No quería que supiera que lo había escuchado ni que había llorado por él. Pero quería dejarle claro que no tenía el poder de hacerle daño.

—Es la alcaldesa, no hay más que decir.

—¿Paola, estás enfadada por algo?

—No, ¿por...?

—Tengo la extraña sensación de que me has evitado estos días, además parece que estás molesta conmigo. Me hablas enfadada. Creí que estábamos bien —dijo en voz baja.

—Víctor, no estamos ni bien ni mal. No estamos. Ya te dije que lo que sucediera en la comuna, se quedaría allí.

—¿Paola? ¿Qué ha sucedido? ¿Por qué me dices eso?

—Porque es lo mejor para los dos. Al fin y al cabo tú te irás pronto y yo me quedaré aquí. Esto no nos lleva a ningún lado, así que no tiene caso seguir adelante con algo que está condenado a terminar más pronto que tarde.

Víctor la miraba sorprendido, no se esperaba para nada, cuando se dispuso a acercarse a verla y a invitarla a comer, que todo acabara así.

—Venía a invitarte a comer, ¿hablamos con calma?

—No hay nada de lo que hablar —soltó tajante.

Y tras esas palabras, se adentró en la salita privada, rezando para que él se fuera y la dejara a solas con el dolor que ahora mismo le atravesaba el pecho, como si un rayo la hubiese alcanzado.

Escucho la puerta cerrarse y suspiró aliviada. Entonces se relajó y algunas lágrimas, traicioneras, emborronaron su mirada.

—No creas que me voy a ir sin que me digas qué demonios ha pasado.

Paola se dio la vuelta y lo vio frente a ella. No se había ido. Se había colado en la salita de estar y esta, de repente, parecía diminuta con él ahí dentro. Le faltaba el aire, el espacio, la razón... todo se lo robaba.

—¿Estás llorando? Está bien, ¿qué coño pasa? —bufó furioso—. ¿Qué te ha pasado? ¿Ha sido Pedro? Te está malmetiendo, ¿verdad?

—¿En serio? ¿De verdad vas a echarle la culpa a Pedro? Pues lo siento, Víctor, pero el culpable eres tú. Solo tú.

—No entiendo nada... ¿qué demonios he hecho?

—Nada, ser tú. Yo solo soy alguien con quien pasar el rato, lo más

aceptable que había en un lugar dónde no había mucho que elegir —escupió alterada.

Víctor abrió los ojos por la sorpresa, ¿cómo se había enterado de esas palabras? ¿Acaso su abuelo...? Claro que no, él nunca habría hecho algo así, ¿entonces?

—¿No lo niegas?

—Paola, es cierto que lo dije... pero no sabes todo.

—No hay más que quiera saber, vete —ordenó acompañando las palabras con un gesto de su dedo.

—Paola...

Ella alzó la mirada y fue un error porque se topó con la suya, parecía triste y eso le pellizco el alma, solo un poco, pero lo suficiente como para saber que si seguía dejándolo hablar, iba a terminar por convencerla, porque era muy difícil salir del paraíso una vez que había entrado, pero tenía que obligarse a hacerlo o ese paraíso se convertiría en el peor de los infiernos.

—Por favor, vete, no quiero escuchar nada más, ya tuve suficiente. Además, he quedado con Pedro para ir a comer.

—¿Así que no dejas que me explique y ya está? ¿Quedas con Pedro? ¿Y lo que ha habido entre nosotros? ¿No cuenta?

—No, no cuenta. Ha sido algo pasajero, no tiene sentido que se alargue algo abocado al fracaso.

Víctor la miró con la ira burbujeando en sus ojos que se habían oscurecido, por un instante creyó que la iba a volver a besar, pero alguien llamó a la puerta y lo que fuera que fuese a suceder, pasó de largo.

Paola se alejó de él, tratando de no llorar. Al acercarse a la puerta para abrirla, él le había puesto el cerrojo, vio a una joven atractiva y desconocida lo que la sorprendió porque no era frecuente la visita de turistas en esa época del año y menos vestidos así... como sacados de una pasarela.

—¿Sí, que desea? —preguntó tratando de sonar bien y no destrozada como estaba.

—Hola, que tal, estoy buscando al doctor Duarte, su abuelo me ha dicho que tal vez estuviese aquí.

—¿Daniela?

—¡Víctor! ¿Me echabas de menos, amor?

Paola se apartó en estado de *shock* para dejar que la mujer entrase. Víctor no dejaba de mirar de una a otra y Paola decidió que se lo iba a poner fácil.

—¿Qué haces aquí, Dani?

—He venido a por ti, ¿qué otra cosa podría hacerme a mí adentrarme tanto... en la montaña?

—Perdonad, pero tengo que cerrar, me esperan —los interrumpió.

Víctor la miró confuso, pero ella no estaba dispuesta a presenciar un reencuentro amoroso delante de ella, que se fueran a freír espárragos o caviar... que la tal Daniela tenía pinta de tomarlo hasta en el desayuno.

—Claro, claro, *perdona*... farmacéutica —soltó con desprecio—. Ven aquí, amor mío, ¿me has echado de menos?

Y frente a sus narices, esa joven tan deslumbrante como su nombre, lo besó y Paola se llenó de dolor.

Se quitó la bata blanca, se atusó el pelo, tragó las lágrimas que quería derramar, cerró la puerta y se marchó con toda la dignidad que pudo mientras dejaba a la mujer comiéndose a besos al hombre del que, ¡maldita fuera!, ¿estaba enamorada?

## Capítulo 19

Víctor la vio marcharse, inmóvil. Sin poder hacer nada, todavía impactado por ver a Daniela allí y tratando de quitársela de encima. Algo había cambiado, no le hacía gracia perder a Paola, no le hacía gracia que se fuera con otro. Le daba igual si se llamaba Pedrito, Juanito o Jaimito. La idea de ella en los brazos de otro hombre, le revolvía las entrañas.

—Daniela, ¿a qué demonios has venido? ¿A qué demonios ha venido esta escena?

—Víctor, me he dado cuenta de lo mucho que te echo de menos. Estoy tan arrepentida de que lo nuestro se acabara...

—La verdad, no sé a qué viene esto, creí que estaba muy claro que lo nuestro no tenía sentido... que era mejor no seguir adelante.

—Pero ¡estaba tan equivocada, amor! Te he echado tanto de menos, que me he tragado el orgullo y los prejuicios y me he plantado aquí, en mitad de la nada. ¿Has visto? Algunos viven en cuevas... como si fueran neandertales.

—¿Neandertales? —repitió recordándola a ella. ¿Cómo demonios había estado tan ciego?—. Creo que te haría muy feliz uno de esos.

—Pero, Víctor, ¿no me irás a decir que te gusta esto? —murmuró, incrédula, llevándose una de sus cuidadas manos al pecho—. Vamos, no me asustes y haz las maletas. Hablé con tu padre y te devuelve tu puesto originario. Regresaremos, anunciaremos nuestro compromiso y seremos la pareja perfecta. Quedaremos genial en las fotos y en las galas benéficas, ¿no crees?

Víctor lo escuchaba todo como ausente. En su mente aparecían las imágenes con toda claridad del resumen que ella trazaba de sus vidas. Un escaparate. Eso iba a ser su matrimonio con ella y, después, cuando llegaran a casa, nada. Solo dos almas tan frías como la nieve, sin nada que contar que no fuera algún cotilleo de los asistentes a esas galas. Nada de pasión, nada de retos... y acababa de darse cuenta. Lo tenía más claro que nunca. Le gustaba que Paola lo provocara. Que no se dejara convencer. Que discutiera todo. Que no lo dejara subir al pedestal de golpe...

—¿Qué sientes por mí? —interrogó serio.

—Pues ya lo sabes, tontín, te quiero —contestó Daniela entre risitas.

—¿Por qué? —volvió a la carga.

—¿Cómo que por qué? —preguntó a su vez, de nuevo, entre risas infantiles—. ¿Es que no te miras al espejo? —Fue su respuesta acariciando uno de sus

fuertes brazos.

—Quiero que me digas algo que haga mal, metete conmigo.

—¿Cómo podría? ¡Eres perfecto!

—La verdad, Daniela, es que no lo soy. Y mucho menos soy perfecto para ti.

La mujer abrió los ojos por primera vez desde que llegó, de repente parecía que se había quitado la venda y empezaba a ver qué sucedía en realidad.

—¿Es por ella? —inquirió incrédula—. ¿Por esa *boticaria* pueblerina?

—No, Daniela, es por ti. Porque no tenemos futuro.

Daniela lo miró con sorpresa, estaba claro que no esperaba ese recibimiento por parte del hombre que creía suyo. Miró alrededor por si alguien en ese pequeño pueblo los estaba observando, no quería que nadie la viese quedar en ridículo.

—Sabes que si me rechazas, tu futuro se verá truncado, que no te quedará otra alternativa que pasar aquí, en este pueblo de mala muerte, el resto de tus días —amenazó furiosa.

—La verdad es que me parece una idea excelente.

Y, dejándola perpleja y con la boca abierta, se marchó a toda prisa en busca de Paola, la mujer que le había robado el corazón y de la que deseaba escuchar cada día, cómo lo retaba.

La buscó por todos lados, ya había perdido la esperanza de dar con ella, cuando se le ocurrió ir a buscarla a Dique 24. ¿Cómo no lo había pensado antes? Seguro que estaba allí, recordaba que una vez le dijo que ese era su lugar favorito.

Cogió el coche condujo todo lo rápido que las escarpadas carreteras le permitían hasta llegar allí. Aparcó de mala manera y salió del coche para ir en su busca. A lo lejos divisó una figura y supo que era ella.

Se acercó a la carrera y apenas a unos metros, comprobó que era ella. Paseaba sola cerca del dique, parecía molesta. No dejaba de caminar en círculos, ¿hablaba sola? Al menos eso parecía, porque no veía a nadie más.

Caminó despacio para llegar hasta ella sin asustarla, no quería que tuviera un accidente y podía adivinar lo enfadada que estaba con él.

—Pao —la llamó en voz baja, casi un susurro que por poco pasaba desapercibido por el rumor del agua.

Ella giró la cabeza en busca del sonido que la llamaba y al verlo, se limpió las lágrimas. La había hecho llorar. ¡Joder!

—Paola, por favor, escúchame.



—Déjame sola. Regresa con ella. No tenemos nada más que decirnos.

—Ah, ¿no? ¿Y eso lo has decidido tú sola? ¿Lo que tenga que decir yo no importa?

—La verdad es que no quiero oírlo, no voy a creerte.

Había dejado de llorar y se había acercado a él. Ahí estaba, esa mirada que lo desafiaba constantemente. Y Víctor sonrió, porque era cuando más bonita estaba.

—Pues a mí, sí. Y ahora vas a escucharme, Paola. Es cierto que dije eso, pero no escuchaste nada más de la conversación, no escuchaste cuando le contaba a mi abuelo que me ponías nervioso. Y me pones nervioso porque me da miedo lo que siento cuando estoy a tu lado.

—No te creo. Estaba delante cuando ha venido a buscarte.

—¿No te preguntas dónde está? ¿Por qué estoy aquí, contigo, en vez de estar con ella? Yo te responderé, porque le he pedido que se marche. Ella no es para mí. Lo tuve claro cuando rompimos nuestro compromiso. Y más claro ahora, porque prefiero ser tu neandertal y vivir aquí, contigo, aunque sea en una casa cueva, que regresar a la ciudad con ella. Porque ahora entiendo que el hogar no está en un lugar, está en la persona indicada.

Paola quería creerlo, pero estaba dolida. ¿Cómo sabía que era verdad? ¿Quién iba a darle la seguridad que necesitaba? Nadie. Y no estaba segura de si quería arriesgarse a volver a perder.

—Lo siento, no creo que esto nos lleve a ningún lado —insistió para convencerse más que a él a ella misma.

Víctor la miró con seriedad. Podía ver cómo ella esperaba que se fuera, que la dejara, pero estaba más equivocada que nunca. No iba a rendirse. No iba a huir. No iba a perderla.

—No me voy a rendir. No voy a huir, no soy él, Paola —dijo decidido.

—No estoy tan segura.

—¿Quieres apostar?

—No te lo voy a poner fácil, Víctor.

—Mejor, nunca me han gustado las cosas fáciles.

Había empezado a llover, con suavidad, igual que las palabras de Víctor se habían colado bajo la piel de Paola que deseaba creer con todas sus fuerzas que todo era real. Que de verdad deseaba que él fuese el definitivo, que estuviese dispuesto a dejarlo todo por ella sin que tuviera necesidad de pedirlo, tan solo porque a él le apeteciera hacerlo.

Paola miró hacia arriba y dejó que la lluvia humedeciera su rostro y se

llevase los restos de las lágrimas que había derramado. Se habían ido acercando, tanto que podían escuchar el latido del corazón del otro.

Víctor la agarró por el cuello y la obligó a mirarlo.

—No voy a volver a besarte, hasta que tú me lo pidas.

—Ya te he dicho que no te lo voy a poner fácil, así que eso no va a suceder en un futuro cercano.

—Está bien, lo acepto, pero ten clara una cosa. Si me pides que te bese, lo haré. Sea donde sea, estemos en el lugar que estemos y haya quien haya. Ahora, déjame que te lleve a casa.

Paola asintió y lo siguió al coche. La verdad es que la lluvia aunque leve, le había calado hasta los huesos y empezaba a tener frío. Tiritó.

—Sé que quieres engañarte a ti misma y que te dices que lo que sientes por mí vas a superarlo en seguida, pero te equivocas. Lo sé porque tiritas, por mí. Y voy a demostrarte que por más que luches, esta batalla la tienes perdida, que esta mano la gano yo porque tengo la mejor apuesta.

Sin nada que Paola pudiera decir, Víctor arrancó y condujo despacio y en silencio. No quería decir nada, esperaba que ella dejara caer la barrera y dijese algo, aunque fuera para meterse con él, pero no sucedió y al dejarla en la puerta de su casa se dio cuenta de que tal vez era demasiado tarde.

—Buenas noches, Paola.

La mujer giró la cabeza hacía él, sin decir nada, solo lo contemplaba, bajo la lluvia y con los ojos tristes. En ese momento sintió que su corazón se rompía un poco, eso lo había causado él con sus palabras, por ese miedo que tenía de perder a todas las mujeres que de verdad habían importado en su vida, y ahora, el que había provocado esa pérdida, había sido él.

—No sé si voy a poder volver a confiar en ti, no tengo claro si mentías cuando te escuché hablando con tu abuelo o si lo haces ahora por alguna extraña y retorcida razón, pero te dejaré que lo intentes, una vez.

—Paola...

—No digas nada ahora, piénsalo. Decide qué es lo que de verdad quieres y, luego, cuando den las doce campanadas, si sigues seguro de que esto —dijo señalando la calle, el cielo y a ella misma— es lo que quieres, búscame.

—Y tú, ¿qué es lo que quieres tú?

—Quiero un hombre honesto, leal, que no le dé miedo subir a un árbol para bajar al gato de alguna vecina, quiero a alguien que se preocupe de verdad por los demás, que juegue a pelota en el muro de la iglesia, que me ronde y me cante cuando lleguen las mozelas y me invite a bailar a la mañana siguiente, alguien

que tenga claro lo que es importante de verdad en la vida, alguien... que tire de amor al verme.

Se dio la vuelta y lo dejó allí, en el coche, solo y pensando en todo lo que le había dicho que quería. Y sonrió. Porque él era todo eso y más y lo iba a demostrar. Costase lo que costara.

## Capítulo 20

Víctor llegó a casa de su abuelo calado hasta los huesos, pero más seguro que nunca de lo que quería en la vida. Entró y no se esperaba encontrarse a su abuelo, allí, en su mecedora, contemplando la lluvia.

—Abuelo, es tarde. ¿Por qué no estás descansando?

—No quería irme a la cama sin saber qué había pasado. ¿Has visto a esa joven que ha venido a buscarte? Parecía tan fuera de lugar...

—La he visto, hemos hablado y, como bien dices, estaba tan fuera de lugar que le he pedido que se vaya.

—¿Y Paola? ¿Has visto a Paola? Esa chica me gusta.

«A mí también».

—Sí, he visto a Paola y ya sé por qué me ha evitado estos días.

—Espero que lo hayas arreglado, me gusta verla y para evitarte a ti me ha evitado a mí.

Víctor cogió un sillón y lo plantó cerca de la mecedora de su abuelo. Guardó silencio durante un tiempo que le pareció infinito, sopesando todo lo que el día le había traído. Había resultado ser tan diferente a como lo había planeado... Cuando fue a invitarla a comer para pasar un rato juntos y a solas, nunca le pasó por la cabeza que sucediera todo lo que vino después. A pesar de haber pasado unas horas... se le habían hecho eternas.

—No lo he arreglado todavía, pero voy a hacerlo. Nos escuchó cuando te decía que ella era solo pasar el tiempo y que no había más donde elegir.

—Entiendo, ¿y cuál es el problema? ¿No es cierto?

—Quería creer que sí, me daba miedo sentir por ella algo parecido a lo que sentiste tú por la abuela o algo comparable a lo que sentía yo por mi madre... me daba miedo porque temía perderla y volver a sufrir... no quería verme como tú.

—¿Cómo yo, hijo?

—Desde que se fue la abuela... has estado solo.

Su abuelo detuvo el rítmico movimiento de la mecedora y lo miró a los ojos. En su rostro se marcaban las arrugas de la edad, de la experiencia, del cansancio, pero también de las risas, de las alegrías, de las lágrimas... de toda una vida. Si se pudiera compilar toda una vida en una cara, esa sería la de su abuelo.

—Nunca he estado solo, te tenía a ti, a toda la gente de este lugar, para mí son como mi familia, he vacunado a niños que hoy me traen a sus hijos para que

los vacune, eso es algo de lo que pocos pueden presumir. He tenido una vida plena y te aseguro, que aunque me provocó un dolor intenso, no cambiaría nada de mi vida, no cambiaría ninguna de mis decisiones, porque más o menos acertadas, me llevaron a tu abuela y junto a ella hicimos algo muy bueno, a tu madre y ella a ti. Aunque también la perdiera demasiado pronto.

—Creí que lo mejor era alejarme de ella, convencerme de que era una más.

—No has nacido para estar con alguien que sea como las demás, ella es diferente. Lo supe desde que os vi juntos, ella te llena de vida. No la dejes escapar.

—No quiero hacerlo, pero no sé cómo convencerla de que lo que siento, es real.

—Róndala. Hazlo a la vieja usanza. Gana el campeonato de pelota, sabes jugar, te enseñé. Y eres bueno. Envíale flores por sorpresa. Cántale una serenata en la fiesta de las mozuelas y luego, cuando suenen las campanadas, pídele que sea tu compañera.

—No sé si sabré no estoy acostumbrado a...

—Estás acostumbrado a que te lo pongan fácil, hijo. La culpa es de esa carita que tienes, no tuya. Pero las cosas que realmente merecen la pena, hay que pelearlas, eso hace que el sabor de la victoria sea más dulce.

Un relámpago iluminó el cielo y a ellos. Víctor se quedó mirando a su abuelo, era el hombre más sabio que había conocido nunca, no por sus conocimientos sobre medicina, sino porque entendía lo realmente importante de la vida.

—Lo voy a hacer, abuelo, si tengo algo claro, es que no quiero perderla.

—¿Y sacrificarías todo por ella? ¿Dejarías tu hogar en la ciudad, tu trabajo de cirujano?

—Abuelo, mi hogar estará donde esté ella.

Su abuelo empezó a mecerse de nuevo, otro relámpago estalló brillando con fuerza y rugió más tarde partiendo el cielo en dos.

—Ahora, estás preparado. Has entendido lo importante, por eso te voy a contar un secreto.

—¿Cuál? —preguntó prestándole toda su atención.

—Le aterrorizan las tormentas eléctricas. Creo que deberías ir a hacerle compañía. Corre y ve a sacarla de debajo de la cama. Las llaves están colgadas en la entrada.

—¿Pero y tú? ¿Estarás bien, abuelo?

—Lo estaré, esta no va a ser la última tormenta que vea desatarse.

Víctor asintió y salió a toda prisa en su busca. No pensó en coger nada de abrigo, ni un paraguas, nada. Tan solo cogió las llaves y corrió. Corrió como si no hubiese un mañana, tenía que llegar cuanto antes mejor, comprobar si de verdad estaba bien o tan asustada como su abuelo le había insinuado.

A mitad de camino la lluvia empezó a caer con más fuerza, no quedaba en él ni un centímetro de piel seca. En cuanto divisó la puerta de la farmacia sacó las llaves y empezó a meterlas una a una en la cerradura, ¡joder! Se había olvidado de preguntar cuál era la que abría, ¿por qué había tantas?

¡Por fin! Había dado con la maldita llave, abrió y entró de sopetón. Todo estaba a oscuras, tan solo la luz de los relámpagos que iluminaban todo al caer. Buscó a tientas la luz y la prendió, justo en el momento en que algo volaba hasta estrellarse en su cara, golpeándolo con fuerza.

—¡Quieto! —Escuchó que gritaban—. ¡Estoy armada con... con una sartén!

—¡Joder! Paola, soy yo, Víctor. ¿Qué demonios me has tirado a la cara? Creo que me has hecho una brecha, ¿estoy sangrando? ¡Estoy sangrando! Dios... no me encuentro bien, siento que...

Paola, al darse cuenta de que no era un ladrón, se acercó a toda prisa hasta él, que se había apoyado en la puerta y se había dejado caer hasta el suelo. Parecía... parecía que se estaba mareando.

—¡Joder, Víctor! ¿Qué haces aquí? Estás empapado... ¿para qué has salido con la que está cayendo? ¿Y sin paraguas? ¿Ni impermeable?... Nada.

Víctor estaba con la mirada perdida, ¿tan fuerte le había dado? Joder, le había tirado una fiambarrera con pollo congelado, claro que le había dado fuerte.

—¿Te has mareado? ¿Es por el golpe? ¡Ay, Dios, santa Ana y la Virgen de la Cueva! Te he hecho un traumatismo craneo encefálico, ¿verdad? Ay, ay, que me da algo... Espera, no te muevas, voy a llamar a la ambulancia. ¿Cómo te vas a levantar si casi te mando al otro barrio?

Paola no dejaba de murmurar nerviosa y pasearse de un lado a otro mientras contemplaba el rostro lívido de Víctor. ¿Qué demonios había hecho?

—Paola, no llames a la ambulancia, estoy bien... solo es que me trastorno cuando veo sangre.

Paola se detuvo en seco, no podía creer lo que escuchaba, ¿un cirujano que se mareaba al ver la sangre? ¿Cómo coño operaba, por Dios bendito?

—A ver, repite eso. ¿Te has mareado al ver la sangre? ¿Entonces no voy a ir presa por homicidio involuntario?

—No creo... aunque puede ser que tu rechazo me haya convertido en un

hombre muerto que se arrastra por la noche para ir a ver a su amada.

Paola, se sentó en el suelo, a su lado, y, de pronto, la risa rebosó de su pecho. Se había asustado tanto...

—No, no creo que seas un hombre muerto, tienes muy buen aspecto para ser un zombi. Deja que te vea eso, ¿estás bien, entonces?

—¿Qué coño me has tirado?

—El táper con la cena, estaba congelado.

—¿Es mucho?

Ella iba a empezar a describirle lo que veía, cuando él la interrumpió.

—No, mejor no me digas nada. No quiero marearme otra vez.

—Dos cosas. Primero: ¿qué coño haces aquí y cómo es que has podido entrar sin llamar? Segunda: ¿cómo puedes ser cirujano y que al ver sangre te marees? ¿Cómo operas? ¿Cada vez que tienes que entrar a quirófano te pasa esto? ¿O después?

—Paola, me estoy mareando de nuevo, deja de hacerme el tercer grado, ¿tengo que llamar a mi abogado?

Ella sonrió y se alejó un poco, para ir a buscar lo necesario para limpiar y cerrarle la herida. Joder, se había pasado, menos mal que tenía pegamento y no iba a tener que coserle.

—He venido porque mi abuelo me ha dicho que te daban pánico las tormentas eléctricas y que me llevara las llaves porque estarías debajo de la cama, escondida. Y no me ibas a abrir, solo que con las prisas se me ha olvidado preguntarle cuál era la llave. Y no, no me mareo al entrar a quirófano. Lo que pasa es que cuando me sale sangre me trastorno, me ha pasado desde niño. No es por la sangre en sí, es porque empiezo a imaginar cómo se rompe cada capa hasta llegar a sangrar y se me revuelve todo, pero solo si soy yo el paciente. No con los demás. ¿Todo aclarado?

Un trueno los dejó a oscuras y Paola gritó, aferrándose al cuerpo de Víctor, no le daban miedo las tormentas, pero ese sí la había asustado.

—Bueno, solo por este abrazo, ya merece la pena el golpe.

La luz parpadeó y regresó, sacándolos de las sombras.

—Deja que te cure antes de que se vaya la luz otra vez. ¿Estás ya bien para caminar?

Víctor asintió y se puso en pie con calma, no quería volver a parecer débil delante de ella.

—Siéntate en la silla, voy a curarte.

Víctor obedeció sin decir nada, no podría aunque hubiese querido, la mano

de Paola se había enlazado a la suya y la sensación de que era perfecta para él, regresó con más fuerza.

Paola se acercó para verle mejor la brecha y él aprovechó para abrir las piernas y acogerla cerca de él. Sintió como el deseo crecía y tuvo que obligarse a tragárselo junto con la saliva.

Las manos de la mujer limpiaron y después pusieron pegamento en la herida, para que permaneciera cerrada, ese había sido uno de los grandes inventos de este siglo.

—Estás empapado, voy a ver si hay algo que puedas ponerte.

—¿Qué vas a tener que pueda quedarme bien?

—Bueno, han sido muchos los que han pasado por aquí de noche, a hurtadillas y cuando han terminado su cometido han salido huyendo dejando sus ropas... —se interrumpió al ver la mueca que formaba—. Es broma, quita esa cara. Tengo algo de ropa de mi padre guardada todavía. Te estará corta y ancha, pero es lo mejor que puedo ofrecerte.

—Gracias.

—De nada —murmuró subiendo las escaleras que daban a la parte de arriba de la vivienda—. Por cierto, lo siento, es que me asusté.

—No importa, estoy bien.

Paola subió con el corazón agitado, estar tan cerca de él la había puesto a mil, más sabiendo el placer que era capaz de sentir con él. Registró en el armario y sacó un pantalón de chándal y una sudadera. Le iban a quedar nada más que regular, pero al menos se secaría. Estaba mojado... tanto como ella al imaginarlo sin ropa, cerca de ella. Pero no podía, seguía molesta y no podía volver a caer con tanta facilidad en sus redes, tenía que ponérselo difícil.

Bajó al cabo de un rato y no lo vio, pensó que estaría en la salita y abrió sin imaginar que iba a estar allí, sin ropa, tan solo con el maldito bóxer mojado por el agua, que se pegaba a su anatomía perfecta y a la erección que sin duda le había ocasionado el frío al estar húmedo y desnudo, allí... delante de ella. ¿Estaba mordiendo la sudadera?

—Perdona, no esperaba encontrarte así... —se justificó al ver que Víctor la miraba sonriente.

—Bueno, no es como si no me hubieses visto desnudo nunca.

Paola sintió cómo se ruborizaba, notaba el calor bañar sus mejillas y, al igual que una adolescente, bajó la mirada.

—¿Es para mí? —interrogó señalando la ropa.

—Lo siento, es lo mejor que he encontrado. Mientras te vistes, voy a



calentar el táper con comida.

Víctor sonrió, sabía diferenciar el deseo en los ojos de una mujer, y ella lo deseaba, así que todavía tenía una oportunidad, una que no pensaba desperdiciar.

## Capítulo 21

Paola preparó la mesa de la salita. En un primer momento había pensado comer arriba, pero luego desestimó esa opción. La cama estaba demasiado cerca y si subían tenía claro dónde se iban a tomar el postre.

La ropa que le había prestado a Víctor le quedaba grande y corta, pero daba igual, porque ese hombre era tan malditamente *sexy* que estaba bien con todo... y mejor sin nada.

Sentados a la mesa cenaron en silencio, Paola no sabía muy bien qué decir, la verdad era que la había dejado impresionada con todo lo que había sucedido y no quería provocar otra discusión. No le apetecía. Iba a dejarle descansar, sobre todo porque le había lanzado el táper a la cabeza y le había abierto una buena brecha.

—Está muy rico el pollo, pensé que no eras una buena cocinera.

—No lo soy, este es comprado en el Piki... Si dependiera mi alimentación de mí misma, solo comería comida basura.

—¿Cuál es tu comida favorita?

—Fácil, el plato Alpujarreño.

—También es uno de los míos. Cada vez que pasaba el verano aquí, con mi abuelo, me lleva al restaurante Los Ángeles a comer uno.

—¿Por qué dejaste de venir?

A Víctor le pilló desprevenido la pregunta, lo supo por la expresión de su cara.

—Bueno... la vida, supongo. Primero fue porque estuve con Médicos sin Fronteras varios meses de un lugar a otro. Allí dónde hubiese una catástrofe, estaba yo. Después... después conocí a Daniela y es... era difícil sacarla del asfalto.

—Al menos no te pide un jarabe de *Ambrosio* para la tos, como la señora alcaldesa.

Ambos estallaron en carcajadas y al hacer referencia al episodio con la mujer del alcalde, Víctor recordó que había quedado en ir a cenar con ellos.

—Espero que no se moleste, la he dejado plantada.

—Petra... es única, eso desde luego. Pero tiene buen fondo. O eso quiero pensar. ¿Algo de postre?

—¿Puedo pedirte a ti?

Paola, que se levantaba en ese momento para llevarse las cosas de la mesa,

trastabilló. No se esperaba para nada que él dijese algo así.

—No, no puedes.

—¿Me lo vas a poner muy difícil? —Paola asintió con la cabeza, él se había levantado y se había puesto entre ella y la mesa, dejándola contra la espada y la pared—. ¿Sabes? No puedo evitar que me excite esto, no me lo suelen poner difícil y que tú lo hagas despierta al neandertal que llevo dentro y me saca el instinto primario de la caza.

Paola tragó saliva. El pecho masculino, fuerte y firme, rozaba el suyo. Su aliento se mezclaba con el de ella, que no dejaba de exhalar en forma de pequeños y rápidos jadeos. ¿Cómo demonios iba a poder resistirse a él si era irresistible?

—Muy, muy difícil —musitó no sin esfuerzo.

—Perfecto. Esperaré a que me pidas que te bese. Soy un hombre de palabra.

Víctor se alejó lo justo para dejarla pasar, cogió los platos de la mesa y salió de la salita con piernas temblorosas y susurrando: bésame.

Necesitó de unos minutos en la parte de arriba para calmarse, sentía las palmas de las manos húmedas y otras zonas más centrales de su anatomía más húmedas aún. Tenía el corazón a mil, ¿tenía palpitations? Claro que las tenía, ese hombre era pura tentación, no dejaba de ofrecerle la manzana y al final la iba a morder. ¿Por qué no podía mantenerse lejos de él? ¿Por qué tenía que alterar todo su mundo? ¡Dios! ¡Era exasperante! Ella era feliz allí, con la señora que rociaba al gato con el inhalador, con doña Petra que no sabía el nombre de ningún medicamento pero se creía experta en el tema, con Almu y sus ladillas...

Fue al baño y se echó agua fría en la cara. ¡Santa Ana!, estaba sin maquillar y con ojeras. Estaba horrible y aun así... ¿lo atraía? Todo era de locos, quería perdonarlo... pero no podía estar segura de que no tuviese de nuevo ganas de salir de allí y dejarla... sola.

«No es Rodolfo», se repitió en varias ocasiones, pero el miedo a que al final se arrepintiera y la abandonase podía más que el deseo que abrasaba su pecho.

Bajó y lo encontró junto a la puerta, observaba por el ventanal de cristal el cielo iluminado por los colores fríos y acerados de la tormenta. Tenía el brazo apoyado en la ventana y el cuerpo ladeado, lo que permitía que sus músculos, tensos por la postura, se marcasen bajo la ropa. Y deseó arrancársela. Toda. Dejarlo sin nada y lamer cada centímetro de su perfecta piel, pero, no lo... ¿haría?

—¿Por qué has venido?

Víctor se giró para mirarla, justo cuando otro relámpago iluminó el cielo y a

él. Parecía un ser de otro planeta.

—Ya te lo he dicho, mi abuelo me dijo que te asustaban las tormentas eléctricas.

—No digo ahora, digo aquí, al pueblo.

—Bueno, es una larga historia.

—No tenemos otra cosa mejor que hacer, ¿no?

—No, supongo que no. —Y, siguiéndola, se dirigieron a la planta superior que hacía las veces de vivienda.

Paola se sentó en el sofá se descalzó para subir los pies, y él la imitó, al sentarse a su lado.

—Ha sido un día largo. ¿Me dejas...? —pidió señalándole los pies.

—¿Quieres darme un masaje en los pies?

—¿Por qué no? Creo recordar que te he acariciado en zonas más íntimas.

Paola asintió sin decir nada, no le apetecía hablar de esas caricias que podían hacerle desearlo más, pero se equivocaba; sentir cómo sus manos acariciaban sus pies descalzos la estaba haciendo hiperventilar. Otro estruendo se escuchó cerca, parecía que había roto el techo y la luz crujió también y dejó de lucir.

—Parece que esta vez se ha ido para no volver en un buen rato. Voy a encender unas velas...

Paola se levantó aliviada por haber podido romper el contacto con él, estaba perdida, ahora mismo era como un pobre zorro pillado en una trampa. Cogió un par de velas aromáticas del cajón y las cerillas, y las encendió colocándolas sobre la mesa de café.

—Y... se hizo la luz —canturreó para sacar algo de la tensión que tenía acumulada.

Volvió al sofá y dejó los pies en el suelo, miró a Víctor que sonría como el lobo, con toda seguridad, hizo antes de devorar a Caperucita, pero no se amilanó, le devolvió la sonrisa y se dispuso a seguir escuchando lo que tenía que contarle.

—Bueno, sigo —murmuró levantándole los pies y volviendo a masajearse—. Estoy aquí porque no quise obedecer a mi padre. Fin de la historia. Tienes unos pies muy bonitos.

—Gracias —soltó confusa—, ¿qué fue lo que no quisiste hacer?

—Muy, muy bonitos... y suaves. —Paola dejó escapar un jadeo ahogado—. Él quería que me casara con Daniela y que fuese la imagen de su nueva clínica en París. El padre de Dani es un reputado cirujano plástico muy bien visto entre la *jet set*. Es el jefe de... Rodolfo.

—Ajá —dijo sin inmutarse. La verdad era que no le importaba nada que hubiese nombrado a Rodolfo, estaba en el cielo.

—Y por eso, para hacerme entrar en razón y que me diese cuenta de que tenía que casarme con ella, no solo por mi bien, sino por el de la empresa, me envió aquí con mi abuelo.

—Siento que las cosas con tu padre no vayan bien.

—La verdad es que lo odié, sobre todo el saber que tiene el poder de manejar mis hilos a su antojo, pero ahora, le estoy agradecido; me envió directo a ti.

## Capítulo 22

Paola dejó que fuera él quien hablase, y entre el masaje en sus pies y el día tan intenso, cayó rendida y se durmió a pesar de lo atronadora que era la tormenta. Al abrir los ojos a la hora que siempre salía a correr, se dio cuenta de que Víctor no estaba en el sofá.

Miró en el baño y lo buscó por el resto de la casa, pero no estaba. Se había ido. Se puso la ropa de *running* y cuando fue a salir por la puerta de la farmacia, vio un *post-it* pegado en la puerta de la pared: «Buenos días, dormilona. He ido a competir en las justas para ganarme tu mano. Con amor, tu príncipe oscuro que escupe fuego de dragón».

¿Qué diablos significaba eso? ¿Las justas? ¿Qué día era? ¡Dios! ¿Ya estaban a mediados de diciembre? ¿Justas? ¿Había ido a participar en el torneo de pelota?

Tenía que verlo con sus propios ojos, así que en vez de tomar su ruta habitual, se desvió hacia la iglesia de Santa Ana. Allí se celebraba el torneo cuyo ganador se daba a conocer justo en la víspera de los santos inocentes. El que vencía, era el que tenía el honor de rondar a la primera de las solteras del pueblo: el que tenía el privilegio de elegir.

Cuánto más cerca estaba, más se escuchaba el jaleo que los vecinos, que se congregaban a pesar de ser horas tan poco usuales, formaban con sus vítores animando a su favorito. Incluso Florencio, el gallo, cantaba sin parar.

—¿Almudena? ¿Has venido en pijama? ¿No te has lavado la cara? —interrogó a su amiga nada más verla. Estaba hecha un esperpento. ¿Almudena sin arreglar paseando por la calle? Algo muy gordo debía de haber sucedido.

—¡Pao! ¡Calla! Esto no podía perdmelo. Mira quien está compitiendo.

—Víctor... Víctor está compitiendo... —musitó para sí misma.

—Y lo hace muy bien, me tiene sorprendida.

Paola miró al hombre que lograba que su corazón latiese a mil por hora y sintió cómo sus piernas temblaban un poco, lo estaba haciendo. Por ella. Eso tenía que contar, ¿verdad?

Víctor ganó un punto y la miró sonriendo. Estaba tan guapo con esa leve capa de sudor sobre su frete y, sin dejar de mirarla, se levantó la camiseta para secar la humedad de su piel dejando a la vista su perfecto torso.

Paola abrió la boca, igual que el resto de mujeres que lo miraban sin poder evitar babear. A este paso iban a provocar una inundación...

—¡Vamos! Se acabó el espectáculo, ¿o es que el chico de ciudad necesita recuperar fuerzas? —escupió Pedro molesto.

Paola lo miró para reprenderlo por su comportamiento, ni siquiera se molestaba en disimular la antipatía que sentía por el médico, pero a Pedro no le importó y frunció el ceño aún más. Estaba claro que iban a por todas; ambos.

El juego se sucedía con una rapidez que daba vértigo. Iban empatados, a puntos. El que marcara tenía las de ganar y sacaba Pedro, si lo hacía bien, se haría con el juego.

De repente, todo en el pueblo se había parado para verlos jugar. Al parecer todo había empezado de madrugada y ahora solo quedaban ellos. El que ganara, se haría con el triunfo y por lo tanto iba a ser el primero en elegir a la mujer a la que rondaría la víspera de los Santos Inocentes.

Paola estaba nerviosa, deseaba que ganara Víctor porque quería creer que iba a rondarla, aunque no podía saber si a él esa tradición le parecería tan romántica como a ella o solo algo obsoleto y de pueblerinos.

Pedro sacó, pero no lo hizo con acierto y la pelota cayó por detrás de la línea de siete metros, así que tenía otra oportunidad para ganar y eso hizo que la tensión creciera.

—La presión está venciendo a Pedro, Víctor se hará con la victoria. —La sacó de sus pensamientos el anciano doctor Duarte.

—¿Cómo lo sabe? —interrogó Almudena mordiéndose una uña y adelantándose así a lo que Paola quería saber.

—Bueno, mi chico está acostumbrado a trabajar bajo mucha presión y en condiciones que no todo el mundo soportaría. Sin embargo, Pedro está nervioso, se juega mucho también, pero Víctor con la seguridad que demuestra con la postura de su cuerpo y su mirada calmada, está minando el temperamento de Pedro que, como todos sabemos, es como una montaña rusa en cuanto a sus emociones.

—Bueno, pero no podemos estar seguros del resultado. Están igualados.

—A mi nieto no le gusta perder, muchacha, y menos aun cuando se juega algo tan importante para él.

— ¿Y eso tan importante que se juega, qué es? —Volvió a adelantarse Almudena a lo que pasaba por la cabeza de Paola.

—El resto de su vida, muchacha.

Y Paola pensó que iba a caer al suelo por la emoción que la embargaba. Era verdad que la elegía a ella, tenía que serlo si hasta su abuelo lo pensaba. Con los nervios poniendo su estómago del revés, se llevó la uña del dedo pulgar a la boca

y la mordió con fruición. No soportaba más el momento que se alargaba como la goma de mascar.

Pedro miró a Paola que no quitaba la mirada de encima a Víctor, este le devolvió la sonrisa y le hizo un gesto con el pulgar hacia arriba, indicándole que todo iba a salir bien. Pedro perdió el control y los nervios, golpeó la pelota y de nuevo cayó por detrás de la línea de siete, lo que le dio la victoria a Víctor que fue vitoreado por todos y alabado por el gran juego que había hecho.

Pedro se marchó furioso, sin felicitar al ganador y ese gesto no gustó a los espectadores que estaban acostumbrados a que reinara el buen juego y el respeto entre los participantes.

Víctor esperó con paciencia a que todos lo felicitaran antes de poder reunirse con Paola. Caminaba despacio hacia ella, con una sonrisa traviesa que logró que el corazón de esta se olvidara de latir unos segundos, y cogiendo su mano, posó un suave beso sobre la palma.

—Y, el caballero negro, ganó la justa para demostrar a su dama que es merecedor de ella.

—Enhorabuena, no sabía que jugaras tan bien.

—Como la gran mayoría de cosas en esta vida, todo depende de si se tiene la motivación adecuada, mi refrán favorito es ese que dice: «Hace más el que quiere, que el que puede», y te aseguro que yo quiero.

Víctor se alejó hacia dónde su abuelo se encontraba y juntos se marcharon. Paola estaba quieta en el sitio, no habrían podido moverla de allí ni con una grúa, viendo cómo ese chico ponía todo su mundo patas arriba y su cabeza bocabajo.

—Querida amiga —murmuró Almudena cogiéndola del brazo—, tienes un gran problema. Uno de casi metro noventa, ojos azules como el cielo y pelo dorado. Uno empeñado en hacer que caigas rendida a sus encantos que, para qué mentir, son muchos. ¡Qué suerte tienes, joder! Ya podía haberlo impresionado yo con la acción heroica de ponerme encaje para que se fijase en mí.

Santa Ana, ¿qué me está haciendo este hombre? Me deja lela, me olvido hasta de pensar y no puedo dejar de tiritar cada vez que lo veo...

—Te lo resumiré en una frase: «Amarilla y con ojeras, es que estás queriendo de veras».

—Vuelvo al trabajo, al final no he hecho deporte y a este paso no voy a abrir la farmacia. Ya he tenido ración de distracción para todo el día.

Caminaron juntas hasta la farmacia, una vez en la puerta, Almudena se despidió de ella y salió a toda prisa hacia el colegio, ¡llegaba tarde!, aunque,



esperaba, que como el resto del pueblo. Estos días, eran de locos. Tenía que terminar de preparar la fiesta de Navidad y ensayar la obra de teatro que representarían en la fiesta en la que todo el pueblo se unía, el día de la lotería. Quizás este año a más de uno le tocase de verdad.

Paola se cambió de ropa y se preparó para afrontar otro día que de seguro traería más sorpresas. Era un pueblo pequeño, pero, desde luego, no era para nada aburrido.

Víctor se duchó y se puso ropa más adecuada para pasar consulta. Iba a ser un día largo. Estaba agotado, llevaba desde la cuatro de la madrugada compitiendo y, aunque tenía buen fondo porque le encantaba practicar deporte, sentía cómo los ojos le pesaban por el sueño.

Solo esperaba no tener un día muy movido y poder descansar algo. Hacía frío, mucho, y el cielo parecía anunciar una nevada. Estaría bien pasar unas Navidades blancas, no recordaba cuando fue la última vez que pasó esas fiestas rodeado de nieve y la verdad era que la idea de hacer un muñeco con ella le gustaba.

—¡Doctorcita, doctorcita! —escuchó desde la farmacia que la llamaban a gritos.

Confusa y un poco asustada por las voces, salió para ver qué sucedía. Parecía que alguien necesitaba ayudaba.

—Doña Francisca, ¿qué sucede?

—El gato, el gato...

Paola cerró los ojos y apretó los puños tratando de calmarse, tenía el pulso acelerado al pensar que podía haber sucedido algo grave.

—Doña Francisca, vamos a tranquilizarnos. No le viene bien para la tensión estar tan excitada... —«¿No podía haber usado otra palabra menos explícita?»—. Tan nerviosa. ¿Qué le pasa al gato? ¿No habrá seguido rociándolo con el inhalador, verdad?

—No, doctorcita, no. Venga, venga.

Paola dejó que la mujer la cogiera de la mano y la llevara a rastras a la plaza cercana. Entonces, indicó con su arrugada y temblorosa mano el gran árbol que reinaba en el centro. Al alzar la vista y enfocar, vio al gato subido a lo más alto, agarrado a la rama sobre la que estaba con ambas patitas y maullando sin parar.

—¿Es su gato, Doña Francisca? —La mujer asintió con lágrimas en los

ojos.

—Vale, no se preocupe, lo bajaremos de ahí. No se preocupe, ¿de acuerdo?

—Es lo único que tengo, doctorcita, no puedo perderlo. —Asintió sin dejar de llorar.

—Está bien, ¡vamos allá!

Paola, sin pensarlo demasiado, empezó a subirse al árbol. Le gustaba el deporte, todas las mañanas salía a correr, hacía piragüismo, escalada, senderismo... pero eso de subiese a un árbol tan alto sin red de seguridad... le daba un poco de respeto.

—Baja, ya subo yo. Te vas a matar.

La voz de Víctor llegó tan fría como el aire que rozaba su larga melena dorada. Y, en secreto, agradeció que hubiese llegado su caballero, sin embargo, en vez de darle las gracias, volvió a retarlo.

—¿Qué baje? Nadie te ha pedido ayuda, no soy una damisela en apuros.

—Lo tengo claro, aun así prefiero subir yo y bajar al gato.

—¿Por qué? ¿Crees que vas a poder hacerlo mejor que yo?

Víctor sopesó la respuesta, no tenía claro el porqué, pero le parecía una pregunta trampa, de esas que, contestara lo que contestara, erraría sin remedio.

—No, no lo creo, pero prefiero ser yo el que se estampe contra el suelo. Vamos, Paola, hace frío, el troco estará resbaladizo y podrías caer, no llevas guantes, yo sí.

—Vale, me bajo, pero porque quiero.

—Por supuesto, *doctorcita*.

Y, en el momento en que Paola iba a replicar algo inteligente, observó cómo, con una agilidad comparable a la de un gato, subía por las ramas como si no fuera algo peligroso, ni que requiriese de esfuerzo. Subía usando sus brazos y piernas de forma segura y cada movimiento destacaba esos músculos que había disfrutado y que empezaba a añorar.

En apenas unos minutos, Víctor estaba abajo con el gato en las manos, que en cuanto se sintió seguro y en los brazos de su dueña, dejó de maullar.

—Gracias, doctor —murmuró la dueña con los ojos llenos de lágrimas.

—No hay de qué, doña Francisca, ahora vuelva a casa, está empezando a helar.

La mujer asintió y, antes de irse, lo abrazó. Paola pudo ver en su mirada cómo se emocionaba por ese gesto inesperado y tan cálido, que parecía poder derretir el frío que lo llenaba todo a su alrededor.

—Vaya, dos proezas heroicas en el mismo día, a lo mejor lo de caballero

oscuro no es del todo exacto, estas empezando a parecer un príncipe azul.

—Ya te dije —se interrumpió y se llevó la mano al hombro derecho con gesto de dolor—, que iba en serio, Paola. Tengo muy claro lo que quiero. Y voy a por ello.

Se había acercado mucho a ella, sus pechos se rozaban, la punta de sus zapatos se rozaban y ella deseaba tenerlo más cerca todavía. Levantó la mano con cuidado, a la par que los primeros copos empezaban a caer, y la llevó a la zona que él mismo había tocado momentos antes.

—¿Te has lastimado?

—Me hice daño en el primer partido, se ve que ahora se ha agravado por el esfuerzo de subir en busca del gato adicto al Ventolín.

—Vamos a la farmacia, te lo miraré y te pondré alguna crema para la inflamación muscular. Además, te invito a comer, hoy te lo has ganado.

## Capítulo 23

Nada más llegar a la farmacia, Paola cerró la puerta. Necesitaba un poco de tranquilidad, parecía mentira lo que a veces daban de sí los días. Y los suyos habían sido muy muy intensos en las últimas semanas.

—Siéntate y quítate la camiseta, voy a verte el brazo.

—A sus órdenes. ¿Vamos a jugar a médicos y enfermeras?

—Ya te gustaría —contestó sonriendo.

Se dio la vuelta y fue a por una crema para los dolores musculares. Desde detrás de la estantería lo espiaba, no dejaba de admirar su cuerpo mientras se quitaba el jersey, mordiéndose el labio inferior. Entonces se sentó y dejó caer la cabeza hacia atrás, parecía muy cansado, pero al hacerlo su cuerpo se veía más... apetecible.

«¡Virgen de la Cueva! Cuánto hombre para mí sola...».

Paola se acercó hasta él que la esperaba con una postura desenfadada, sentado en la silla, con las piernas entreabiertas y el brazo que le dolía apoyado en el alfeizar de la ventana. Tragó saliva. No podía evitar sentirse atraída por él, era humana.

—Bien, vamos a ver qué sabes hacer. Soy todo tuyo.

«Vamos, Paola, tú puedes, tú puedes...», se animaba con cada paso que daba. La idea de sentarse encima de él y disfrutarlo, en vez de curarle el hombro, cobraba fuerza con cada centímetro que se acerba hasta él.

— ¿Así qué...? —Se detuvo al posar su mano sobre el hombro para tragar con fuerza y tomar aire—. ¿Eres todo mío?

—Solo dilo, Paola, y estaré a tus pies.

Ella lo miró a los ojos y pudo ver en ellos la verdad que encerraban sus palabras, era tan difícil no caer en su influjo, era tan complicado impedir que ese sentimiento cobrara fuerza y se asentara en su interior, que no tenía claro si iba a poder resistirse durante mucho tiempo, por más que se repitiera que lo mejor era que se alejara porque esta vez, no iba a ser capaz de reconstruir su corazón.

—Yo... Víctor, no puedo. Es que...

—Yo también, Paola, yo también tengo miedo. ¿Crees que no me asusta darme cuenta de que soy capaz de dejarlo todo por ti? No, no por ti. Por mí. Pero porque quiero estar contigo, nunca antes lo había sentido, ¡joder! Si ni siquiera me caías bien.

—Víctor... —susurró emocionada por su confesión—. No puedo evitar

pensar que cuando lleves aquí un tiempo, cuando te canses de mis provocaciones, vas a echar de menos todo lo que ahora estás dispuesto a dejar de lado y no quiero sentir sobre mis hombros el peso de esa responsabilidad. No podría. Y, créeme, al final te vas a cansar de mi inconformismo, de este lugar, de no poder hacer lo que de verdad has nacido para hacer: estar en un quirófano salvando vidas.

—Pues... ven conmigo.

—No puedo irme sin más. Aquí me necesitan. Este es ahora mi hogar, ellos son toda la familia que tengo.

—Paola... pídemelo. Por favor.

Paola no necesitaba preguntar a qué se refería, lo sabía y lo deseaba con tanta fuerza como la que desprendían sus ojos color cielo.

—Bésame.

Y la besó. Su boca, hambrienta y desesperada, se hizo con la de la mujer que acogió ese anhelo para mezclarlo con el suyo. Y sus lenguas se susurraron cuánto se habían extrañado y sus manos recorrieron el torso desnudo del hombre del que, sin quererlo, se había enamorado. Del hombre que le iba a dejar una profunda cicatriz que luciría con orgullo, porque amar, aunque se perdiera la batalla, era la mejor de las guerras para batallar.

Las manos de ambos se acariciaban con deseo, sus jadeos se mezclaron para formar un solo gemido que ponía voz a los sentimientos que los embargaban. De repente, todo a su alrededor pareció carecer de importancia y lo único que merecía la pena era ese momento, ese que guardaría para siempre en su memoria.

—Paola... yo...

Víctor había apoyado la frente en su pecho y respiraba con dificultad, se había apartado de ella para tomar aire, y sus manos la sostenían por las caderas. Lo agradecía, porque tenía claro que ahora mismo no podía mantenerse en pie sin ayuda.

—¿Qué, Víctor?

Pensó por un instante que le iba a decir que la quería, y su estómago se encogió. Tenía miedo y también era lo que más deseaba en ese momento. ¿Sería posible enamorarse de alguien en tan pocas semanas? ¿Por qué no? ¿Acaso no era lo que ella sentía?

Estaban muy cerca, tanto que no tenía claro que latido era el del otro y, cuando iba a decir algo, un ruido insistente los obligó a separarse.

—¡Paola, Paola! ¿Estás? ¡Paoolaaa!

La voz de Almudena rompió el embrujo, cerrando los ojos y fastidiado por la interrupción, Víctor se puso el jersey tras alejarse de Paola que con el ceño fruncido, se atusó el pelo y fue a abrir.

—Paola, menos mal que te encuentro. Estoy destrozadaaa —gimió entrando como una exhalación a la farmacia y cerrando a toda prisa, se había levantado un frío que helaba los huesos—. No tengo a nadie que haga de san José en la función de los niños... A nadie. ¿Te lo puedes cre...? ¿Víctor? —Se interrumpió a sí misma al verlo allí—. Oh, ya veo. ¿Os he cortado el rollo, no?

—Ni te lo imaginas —murmuró el interpelado.

—Noo qué va... —Sonrió entre dientes su amiga.

—Vale, lo siento. Creo que he interrumpido algo épico, pero necesito ayuda. No tengo a nadie que haga de san José para la función, ¿qué hago? ¡Virgen de la Cueva! ¿Es que todo me tiene que salir mal?

—Yo lo haré —afirmó Víctor.

—¿Tú lo harás? —preguntaron a la vez, sorprendidas.

—Sí, yo lo haré.

—Gracias, gracias —repitió abrazándose a él con más ímpetu del necesario —, gracias. Ahora os dejo que sigáis con lo que sea que estabais haciendo —murmuró alzando las cejas—. A no ser que queráis compañía... Vale, vale. —Sonrió con las manos en alto a modo de rendición —. Tenía que intentarlo. Adióssss.

Almudena salió por la puerta tan aprisa como había llegado y caminó calle abajo más rápido aún, solo que con una gran sonrisa en vez de cara de preocupación. El silencio hizo que el repiquetear de las campanillas se alargase sobre ellos.

—No esperaba eso de ti —confesó sin disimular la sorpresa que le había causado.

—¿Por qué? —Sonrió alzando los hombros—. Me encantan los niños. No podía romperles el corazón.

—Me gusta...

—Paola...

De nuevo se habían acercado, parecía algo imposible mantenerse alejados el uno del otro. Paola puso las manos sobre el pecho de Víctor que se agitó con mayor rapidez ante el contacto femenino.

—Víctor, piensa en todo lo que te he dicho y si después de unos días sigues teniéndolo claro, entonces, vuelve.

Paola le dio un suave beso en los labios y subió a por una fiambarrera con

comida, la calentó y puso la mesa para almorzar juntos. Era agradable estar con él, sonreía con cada broma que hacía o con cada nueva cosa que descubría de él y eso le rompía más el corazón, porque estaba casi segura de que al final regresaría a su vida, esa en la que ella no encajaba. Esa misma que brillaba como una estrella y en la que ella solo era oscuridad.

Los días pasaron y Víctor había dejado de llamarla o visitarla. Y, aunque le molestase en el fondo, no tenía derecho a echarle nada en cara, pues estaba cumpliendo lo que ella misma le había pedido. Ese día, todos cerraban a medio día para asistir a la fiesta, que se organizaba tras el sorteo navideño, en la que los niños actuarían. Sabía que él estaría allí ya que era parte del elenco y eso la tenía nerviosa. Esa mañana muchos vecinos habían ido hasta la farmacia a hacerle compañía, comer mantecados y turrón, y esperar con las botellas de sidra por si acaso les tocaba la lotería, estar listos para brindar.

Pasó la mañana distraída con las visitas que no dejaban de hablar, de quejarse o de maldecir cada vez que los niños de San Ildefonso cantaban un premio y no era el suyo el número premiado.

Tenía el estómago del revés, quería verlo y a la vez ese hecho la asustaba. No quería que le dijese que se iba. Que al final, de nuevo, ella salía perdiendo.

Entre risas y parloteos se dirigieron a la pequeña escuela municipal. Hoy todos comerían allí, había sopa de almendra bien caliente, puchero de hinojos, migas y de postre buñuelos, bombones y turrónes para celebrar la navidad. Todos los que se acercaran, podrían degustar esos platos cortesía de las cocineras del Piki y del restaurante Los Ángeles.

Cuando llegó, miró alrededor buscándolo, pero no lo vio, sin embargo, su abuelo sí estaba esperando en la cola a que le llenaran el plato. Al verla la llamó.

—Paola, hija, ven aquí a saludar a este pobre anciano al que tienes tan abandonado.

Ante sus palabras, Paola sonrió y se acercó al doctor para darle un fuerte abrazo.

—Doctor Duarte, ¿cómo está?

—Enfadado, mi nieto me ha robado toda tu atención.

Paola rio y le besó en la mejilla, el doctor era muy especial para ella, siempre le había despertado admiración y cariño a partes iguales.

—Nada de eso, nadie, nunca, ocupará su lugar en mí...

—Hola, Paola.

La voz de Víctor le cortó la respiración. Se agarró con fuerza al brazo del

viejo doctor que palmeó su mano para darle el aliento que necesitaba.

—Hola... ¿San José? —dijo al verlo con el disfraz puesto.

—Sí, ya estamos listos para la actuación, pero antes, me han dejado comer algo. Esos chicos son insaciables.

Paola sonrió y pensó en lo bien que describía su estado de ánimo esa palabra. Estaba guapo. Llevaba una túnica imitando a la que llevaría José en aquellos tiempos y se había dejado crecer la barba para estar más acorde con el papel. ¿A quién quería engañar? Estaba guapo con todo lo que se pusiera... y con todo lo que se quitara.

—Tengo muchas ganas de ver la actuación de este año.

—Qué desafortunado soy, no me toca la lotería, no tienes ganas de verme... a pesar de las ganas enormes que tenía yo de verte a ti.

—¿Queréis migas? —los interrumpió el viejo doctor.

Paola cerró los ojos y asintió. Cualquier cosa estaría bien, total, no iba a ser capaz de comer nada: tenía el estómago lleno de mariposas que no dejaban espacio para nada más.

Se sentaron en uno de los bancos que había dispuestos. Las mesas eran largos tableros con patas de madera que se montaban para este tipo de eventos. Todos los vecinos había acudido a pasar ese día especial juntos. Almudena, al verlos, se unió a ellos y más tarde, Arturo, Paloma y Pedro hicieron lo propio.

Comieron en calma y por primera vez, desde que Víctor llegó, no hubo tensión. Solo eran un grupo de amigos disfrutando de esas fechas tan señaladas. Incluso Pedro parecía haber limado asperezas con Víctor. La hora de la función llegó y los bancos se recolocaron para que quedaran en filas ordenadas para ver la actuación.

Los niños estuvieron magníficos, llevaban trajes hechos a mano entre varias madres que no dudaban en ayudarse las unas a las otras, así era Cáñar: un pueblo en el que todos eran como una gran familia.

Incluso Petra estuvo simpática, aunque no dejó de hablar de la crema de la Preysler y de ensalzar las cualidades del jarabe de *Ambrosio*. Y lo mejor de todo, fue él. Estuvo increíble, incluso cuando acudió al rescate de la pequeña niña que hacía de ángel que llevaba las buenas nuevas y se había olvidado parte del texto por los nervios.

Al finalizar, la ovación fue sobrecogedora y Almudena no pudo evitar la emoción que la embargó y que contagió a todos los allí presentes. Era Navidad. A Paola le gustaba la Navidad y tenía la esperanza de que, al fin, fuese una feliz en vez de una triste.



Tras la actuación sirvieron chocolate caliente y los dulces que habían sobrado de la comida y los vecinos se quedaron hasta la hora de la cena disfrutando tan solo de la mutua compañía.

Paola, cansada porque no había dormido mucho los últimos días, se despidió del viejo doctor con un beso y un abrazo y del resto de amigos para ir a casa. Cenaría algo ligero y caliente, y trataría de dormir algo.

—Paola, espera, te acompaño.

—No hace falta, Víctor. Quédate, lo estás pasando bien.

—Sé que no hace falta, pero quiero.

Paola lo miró a los ojos y él le sonrió. Un error imperdonable, ya estaba de nuevo enganchada a él.

—Vale, como quieras. ¿Te ha tocado la lotería?

—No, no me ha tocado. Pero, ¿sabes? Es normal, ya me ha tocado una vez este año, así que dos veces sería mucho pedir.

Paola se puso el gorro del grueso abrigo para resguardarse del frío y para ocultar el rubor que bañaba su rostro. No podía dejar de pensar que ese comentario era para ella. Estaba siendo un duro invierno. Pero lo prefería. Una Navidad sin nieve era, para ella, algo triste.

Caminaron en silencio, tan solo disfrutando del paseo y de la compañía mutua. De vez en cuando, Víctor rozaba su cuerpo con el suyo, gracias al leve balanceo de los mismos al caminar. La nieve lo hacía más fácil, aunque Paola quería creer que era otra cosa, esa magia que hace que dos cuerpos se atraigan como si estuvieran unidos por un hilo invisible.

De pronto, al llegar a la plaza, Víctor echó a correr y cogió un puñado de nieve que tiró en su dirección, aunque no acertó, pero logró hacer que Paola soltara una carcajada.

—¿Guerra de nieve?

—Preferiría... nada, déjalo, es una tontería.

—¿Qué? Dímelo o te lanzaré otra...

—Viendo la puntería que tienes... creo que es una amenaza un poco floja —se carcajeó.

—¿Ah, sí? Ahora verás —la amenazó.

Víctor echó a correr tras ella que trató de ocultarse tras el gran árbol de la plaza, ese mismo al que escaló con tanta facilidad para bajar al gato de doña Francisca, pero de nada sirvió la improvisada barricada. Víctor la atrapó por la cintura y la cogió como si no pesara más que los copos de nieve que empezaban a caer.

—Vamos, dime, ¿qué querías hacer? Si no me lo dices, no te soltaré... —la provocó entre risas.

—Un... ¿muñeco de nieve?

Víctor sonrió, la dejó en el suelo frente a él y la besó en la punta de la nariz helada, después empezó a formar con las manos una gran bola de nieve como base para el muñeco. Trabajaron juntos, riendo y disfrutando como si fuesen dos adolescentes que se enamoraban por primera. Cuando estuvo acabado, Paola se quitó la bufanda a cuadros que llevaba y se la puso como toque final.

—Ha quedado precioso.

—Tú eres preciosa.

Paola sintió que el hielo de su rostro se derretía por culpa del calor que empezaba a recorrer su cuerpo, él se acercaba a ella despacio, sin quitarle la mirada de encima y ella deseaba tanto besarlo... Lo deseaba tanto. Por todo. Por cómo era, por su risa, por su inteligencia, por cómo trataba a los niños, a su abuelo... por cómo le hacía sentir. Viva. Sin miedo a sentir. Loca. Rebelde. Dulce. Fuerte y débil. Todo a la vez.

—Bésame —pidió con la voz rota.

Víctor no lo dudó, entrelazó sus manos, frías por la nieve, en su nuca y la atrajo para besarla. Sabía muy bien. A nieve. A frío. A vida. A comienzo. El beso se hizo más profundo, ella entreabrió la boca para dejar escapar un suave jadeo y él aprovechó para colar su cálida lengua dentro de esta y saborear cada rincón.

De pronto, el frío había sido sustituido por una corriente cálida que la envolvía y supo que no iba a poder mantenerse por más tiempo lejos de él.

—Vamos a mi casa.

No hizo falta más para que Víctor reaccionara. La cogió sobre su hombro y echó a andar lo más rápido que podía, dadas las circunstancias, hacia la farmacia. Una vez allí, con manos temblorosas, Paola abrió la puerta y la cerró con la pierna.

Las escaleras que llevaban a la planta de arriba se llenaron de guantes, abrigos, jerséis y pantalones. No hubo rincón de la escalera en el que no se besaran o acariciaran. Al llegar a la cama, ambos jadeaban presos del deseo que nacía siempre que estaban juntos.

Las manos de Víctor recorrieron sus suaves y níveas curvas con reverencia y cuando ella le acarició, el placer fue tan intenso que se vio obligado a cerrar los ojos para contener la explosión que acababa de suceder dentro de él.

La amaba y tenía miedo. Sabía que ella también y que todavía no confiaba del todo en que se fuera a quedar con ella, allí. Pero tenía todavía ocho días hasta

que las campanadas sonaran y decidiera el nuevo rumbo que iba a dar su vida.

Se colocó sobre ella con cuidado, acariciando sus pechos y besando cada centímetro de piel, hasta que vio la súplica ahogada en los ojos claros de la única mujer que era capaz de volverlo loco de mil formas diferentes y, aun así, darle la paz que necesitaba. Era justo lo que quería.

La penetró despacio, para disfrutar del momento, y juntos se perdieron en un mar de jadeos que dieron paso a gemidos vibrantes que recorrieron sus cuerpos hasta dejarlos relajados, ahogados en la mirada tranquila del otro.

## Capítulo 24

Desde el día de la lotería, no había vuelto a saber nada de Víctor. Iba a pasar la Nochebuena, tras mucho insistir, con Almudena y su abuela que, si obviaban el hecho de que estaba obsesionada con que las mujeres casaderas siempre llevaran ropa interior bonita y de encaje por lo que pudiera pasar, era una mujer cariñosa y de buen corazón.

Nada más llegar, Paola se ofreció a ayudar en la cocina y cuando estaban colocando la mesa, el timbre sonó. Almudena abrió la puerta e hizo pasar a los invitados. Al verlos, Paola no pudo disimular la sorpresa que le produjo ver al viejo médico y a su nieto, allí, en la misma casa que ella. ¿Estaban invitados a cenar? Desde luego, era lo que parecía. ¿Por qué nadie la había avisado?

—Buenas noches, doctores —saludó Almudena a los recién llegados.

—Buenas noches, ¡qué sorpresa! No sabía que seríamos cinco para cenar.

—No nos pudimos resistir a la invitación de Antonia, Paola —dijo entre risas el doctor Duarte.

—Ha sido culpa mía. —Sonrió la vieja mujer—, Se me ocurrió a última hora, hay mucha comida para la cena y no me pareció bien que ellos pasaran esta noche solos.

Víctor miró a Paola encogiéndose de hombros y pidiendo en silencio una disculpa que no tenía por qué dar. ¿Para qué mentir? Le gustaba la idea de pasar la Nochebuena en compañía del viejo doctor, al que adoraba, y de Víctor, al que empezaba a adorar también.

Tras el impacto inicial, cenaron en familia. De primero la tradicional sopa de picadillo, entremeses, langostinos, jamón de Trevélez... y de plato fuerte asado de carne.

Las copas de vino se sucedían sin medida, era una noche para celebrar y disfrutar. Paola lo estaba haciendo, las miradas, los roces de manos y de piernas bajo la mesa... estaban resultando unas Navidades perfectas y lo decidió. Se arriesgaría con él, se lo diría al acabar la cena. Le pediría que la acompañara a casa y se lo diría. Ya era hora de darse otra oportunidad. Y, esta vez, pensaba que iba a ser la definitiva.

—Almudena, hija, ¿ves? Si me hubieses hecho caso y te hubieses puesto el encaje, ahora a la que miraría así, sería a ti —soltó la mujer mayor sin disimulo alguno.

—¡Abuela! ¡Lo hice! —se justificó Almudena que, tal vez por el recuerdo,

se llevó las manos al pecho y se rascó de nuevo.

—Lo hizo, lo hizo —afirmó Víctor aguantándose la risa.

—Sí, lo hizo y le dio un brote de alergia que no podía dejar de rascarse.

Paola y Víctor se rieron al recordar aquel momento, Almudena sonrió, pero no le veía la gracia, al menos no tanta como ellos.

Tras la comida, Paola se levantó para ayudar a Almudena a retirar los platos y servir los postres, cuando el doctor Duarte hizo el comentario que lo cambió todo, ajenos a que ella los estaba escuchando.

—Me apena tanto que te vayas, hijo. ¿Lo has pensado bien?

—Sí, abuelo. Lo he meditado con cuidado, es lo mejor. Necesito volver a operar, estar en un hospital. No puedo seguir así.

—Está bien, si es lo que quieres... ¿Se lo has dicho ya?

El silencio de Víctor le sirvió de respuesta y a su abuelo también.

—¿No ibas a decírselo?

—Es solo que no he encontrado el momento adecuado, apenas nos hemos visto estos días y además...

—Los postres —canturreó Almudena sin ser consciente de que el corazón de su amiga se acababa de romper en trozos irregulares, como el chocolate del postre que iban a degustar.

Paola se tomó el último plato por compromiso, ya que no le entraba ni el aire. Estaba nerviosa y con unas ganas de llorar tremendas. Ella haciendo planes de futuro, y él pensando en irse.

Tampoco era como si pudiese echarle nada en cara; estaba pasando justo lo que se temía.

En cuanto hubo acabado, se disculpó, se despidió y salió de la casa de Almudena a toda prisa, buscando el aire que le faltaba. La noche fría le despejó las ideas y le cortó las lágrimas. Unas que no pensaba derramar allí, dónde alguien pudiera verla.

Caminaba a toda prisa, con las manos en los bolsillos, cuando una mano firme la agarró del brazo, deteniendo su paso.

—Eh, Pao, soy yo. ¿Qué te pasa? ¿No te encuentras bien? Te has marchado tan de repente...

—Sí, no te preocupes, es solo que estoy cansada.

—¿Paola? No estás bien, ¿qué sucede?

Por un momento dudó, no tenía claro si volver a discutir por algo que ya debería de haber tenido claro que iba a suceder tarde o temprano, pero no podía evitar sentir ese dolor incómodo en su pecho que le apretaba con fuerza la

garganta y el estómago. Sin saber de dónde, sacó fuerzas para, por última vez, hablarle con fría tranquilidad.

—Dímelo tú. ¿O no tienes nada que decirme, doctor?

Víctor la miraba confuso y no dijo nada. Quería averiguar qué era lo que le sucedía, estaban tan bien... y de repente... ¿qué demonios había pasado para que se pusiera de nuevo a la defensiva?

—Lo imaginaba, pues yo tampoco tengo nada que decir. Ahora déjame en paz.

—Paola, espera, ¿qué demonios...?

—Lo siento Víctor —musitó sin poder aguantar más lágrimas—, pero si tenías dudas, ahora me queda claro. No estamos hechos el uno para el otro. Pertenece a mundos diferentes y no encajamos.

—¿Qué tonterías estás diciendo, Paola? Claro que encajamos, podemos... hacerlo funcionar.

—¿Tonterías? Adiós, doctor Duarte —soltó tan fría como la noche.

—¿Pero qué demonios te pasa? No entiendo nada, Paola. ¿Podrías al menos explicarme qué te ha hecho cambiar de opinión? Porque, francamente, no tengo la más remota idea.

—¿No tienes ni idea? —espetó más enfadada si cabía—. Adiós, doctor Duarte.

—Eso suena a ruptura y, Paola, no puedes romper con alguien con el que en realidad no tienes nada.

Paola se giró y lo enfrentó un momento, la nieve había empezado a caer de nuevo sobre ellos, pero en esta ocasión no le pareció romántica, le pareció triste. El tiempo se había congelado igual que ella. Igual que su corazón que había dejado de latir. El dolor que sentía era fuerte. No podía compararlo a nada que hubiese sentido antes, ni siquiera al que le provocó que Rodolfo la dejase plantada en el altar y hubiese escrito su despedida en el papel higiénico.

Era algo diferente, algo que la desgarraba por dentro, que daba mordidas profundas a su alma, dejando cicatrices que iba a llevar siempre. Nunca iba a olvidarlo, lo sabía cómo también tenía claro que, aunque no fuera fácil, se sobrepondría.

—Tú mismo lo has dicho, Víctor. No tenemos nada.

Se dio la vuelta y caminó tan rápido como pudo a su casa, a encerrarse y llorar las miles de lágrimas que la desbordaban y en cada una de ellas iba uno de los miles de pedazos en los que se acababa de romper.

Cuando cerró la puerta tras de sí, una parte de ella deseaba que la hubiera

seguido, que tocara a la puerta, encontrarlo allí, dándole una explicación o inventando una excusa barata de por qué la abandonaba también.

Al cabo de unos interminables segundos, subió arriba y se metió en la cama sin quitarse la ropa. Lloró toda la noche, y cada minuto se hacía la misma pregunta: ¿Qué tenía de malo? Algo tendría que ser porque todos la acababan abandonando.

## Capítulo 25

El día llegó anunciado con unos tímidos rayos de sol. No tenía ganas de levantarse de la cama y no lo haría. No iba a abrir la farmacia, era Navidad. Se pasó la mañana enredada entre las sábanas y, de vez en cuando, volvía a llorar. Pero estaría bien a la mañana siguiente, se iba a permitir ese día de autocompasión, pero ni uno más.

Nadie apareció en todo el día, ni siquiera Almudena. Tampoco es que quisiera que su amiga estuviese allí dándole ánimos y algún que otro abrazo... ¿A quién iba a engañar? Claro que quería, pero no tenía ganas de llamar a nadie.

Las horas pasaron y no salió de la cama, ni siquiera a comer. Se pasó todo el día viendo en la tele películas navideñas, atrapada entre las pesadas mantas.

La mañana siguiente salió a correr temprano, como siempre, era una rutina que no quería dejar. Tenía los ojos hinchados, pero esperaba que la carrera y el frío le bajasen la inflamación. No había mejor crema para las arrugas que el aire frío de montaña, ni la de la Preysler ni nada.

Al regresar, cansada y más relajada, se encontró a Almudena en la puerta de la farmacia. La esperaba con un café en la mano que, con toda seguridad, estaría más que frío.

—Buenos días. ¡Joder, qué frío!

—Buenos días. Sí, hace mucho frío. Aunque pensé que era yo —murmuró para sí.

Entraron en la farmacia, Paola cerró la puerta, todavía era temprano. Se quitó el abrigo con el que salía a correr y el gorro y se sentó tomando el café de la mano de Almudena.

—Está helado, ¿verdad? —preguntó su amiga, aunque sonó a disculpa.

—No importa, me lo tomaré así, gracias.

—Ha caído una buena nevada, de seguir así nos vamos a quedar aislados.

—Bueno, tampoco es que sea algo raro por aquí. Aunque no nieve nos quedamos todos atrapados.

Almudena se sentó a su lado, la miró a la cara y vio que algo serio había sucedido entre ellos. No sabía qué, pero sí sabía lo furioso que había regresado Víctor a su casa en busca de su abuelo la noche de Nochebuena.

Aunque le preguntaron no quiso decir nada, y el viejo doctor solo dijo: «Cosas de enamorados», aunque a Almudena ahora mismo le parecían más bien



cosas de *desenamorados*.

—Paola, ¿qué pasó? Víctor regresó hecho una furia. Estaba... fuera de sí.

—Nada, Almudena, lo que tenía que pasar. Se va y, ¡cómo no!, no pensaba decirme nada, ¿te suena? Tan solo falta que me deje una nota pegada a la puerta escrita en un pañuelo de papel. Aunque, así, al menos, podría sonarme los mocos en él.

—Paola, ¿estás segura de que se va? ¿Qué te deja? A mí no me pareció eso cuando... —Trató de decir su amiga que no tenía la misma percepción de lo ocurrido, pero no pudo acabar la frase.

—No quiero hablar, Almudena. Solo necesito que se me pase, ya estoy mejor. Mañana estaré como nueva.

Almudena vio en la mirada de su amiga que no era el momento adecuado para esa charla y no dijo nada más. Solo se incorporó y le dio el abrazo que no pedía por su boca, pero que reclamaba con la mirada. Y así abrazadas, Paola dejó derramar las últimas lágrimas que quedaban. Así, dejó salir los últimos pedazos rotos que quedaban dentro de ella. Ahora llegaba el momento de volverse a reconstruir. Sola.

Los siguientes dos días pasaron como un borrón en blanco. Paola estuvo distraída y triste, pero no dejó que eso la hundiera. Saldría a flote, como siempre, pero esa noche era especial.

Desde que llegó a Cáñar se había enamorado de esa tradición antigua que permanecía intacta allí, a pesar del tiempo. Incluso algunos de los jóvenes de la comuna se acercaban a disfrutar de esa noche pensada para que los hombres se declararan a las mujeres por las que sentían algo.

No a ella, porque él no sentía nada. Apretó los puños y esperó sentada en el alfeizar de la venta. Mirando por ella. Esperando ver pasar las serenatas y escuchar cómo rondaban a las demás. Algo que nunca le iba a suceder a ella. Esa noche, todas las jóvenes solteras la pasaban en vela, esperando que la serenata se parase bajo su ventana, después, temprano en la mañana, bajarían todas y se unirían a la fiesta. Tomarían chocolate con churros y bailarían con los jóvenes que todavía no tenían claro a qué mujer rondar.

Otro año más, ella lo pasaría viendo cómo otras encontraban la felicidad. Suspiró profundamente y alguien llamó a la puerta. Sin pretenderlo su pulso se aceleró y bajó las escaleras a toda prisa, hasta que vio a Almudena. No recordaba haber quedado con ella, pero allí estaba, incondicional.

—Pensé que querías un poco de compañía.

—Gracias, no iba a hacer nada especial, solo escuchar las serenatas y esperar a que amanezca para unirme a la fiesta.

—Vale, pues lo haremos juntas. He traído una botella de vino y... bombones.

—Voy a por copas —dijo y a mitad de camino se giró y regresó junto a su amiga para darle un fuerte abrazo—. Almudena, gracias.

Almudena sonrió, adoraba a su amiga y no le gustaba para nada verla así de triste. Esperaba que todo cambiara para ellas. Algún día, una de esas serenatas tenía que ser para ellas.

Pasaron el tiempo dando sorbos de vino y mordiscos a los bombones. Paola, en secreto, había guardado la esperanza de que Víctor apareciera para rondarla y decirle que quería estar con ella. Pero las horas iban pasando a la misma velocidad que ella perdía la esperanza.

—No va a venir, ¿verdad? —preguntó con la voz tímida y triste a su amiga.

—Paola... no lo sé. Solo sé que la esperanza es lo último que se pierde y que no sé qué pasó en Nochebuena, pero sé que lo que veo en vuestras miradas significa algo. Tiene que significar algo.

—No, Almudena, no fue nada. Se iba a ir. Lo escuché hablando con su abuelo, se iba y ni siquiera iba a decírmelo. Tan solo iba a desaparecer...

—¿Estás segura?

—Tanto como que ya empieza a amanecer y no hay tiempo para más serenatas.

Paola se levantó, con la copa de vino medio vacía en su mano. Estaba triste porque aunque había luchado con todas fuerzas, al final se había hecho ilusiones y todas se habían roto.

En ese momento, una última ronda empezó a sonar cerca y sus ojos se abrieron cuando escuchó la canción que cantaban: «Se torció el camino tú ya sabes que no puedo volver... son cosas del destino siempre me quiere morder...».

—¿Eso es una serenata? ¿Es Fito? —interrogó Almudena asomando la cara por la ventana.

—Creo que sí. Creo que sí —susurró sin poder contener la esperanza de que fuera él.

—Cada vez están más cerca, Paola. ¿Será Víctor?

Paola empezó a tiritar, no tenía ni idea de si era Víctor, ni siquiera de si la canción era para ella, pero la esperanza brotó de nuevo en su corazón que latió al mismo compás que la melodía de esa canción.

«Ha sido divertido me equivocaría otra vez, quisiera haber querido lo que no he sabido querer...».

La canción continuaba y, de pronto, se detuvieron justo debajo de su ventana. Paola, despacio, para alargar el sueño, se acercó y miró a través del cristal. Allí estaba, rondándola. Tan atractivo que parecía una escena de una película romántica en la que todo acababa bien. Y ella deseaba ahora mismo ese final feliz para ella.

«No sé restar, no sé restar... tu mitad a mi corazón...».

—Paola, abre la ventana, mujer, que el muchacho se va a desanimar.

Paola asintió con la cabeza y con las lágrimas aflorando en sus ojos por la emoción, abrió la ventana y escuchó el resto de la canción con una sonrisa en la cara que borró de golpe todo el dolor. Se sorprendió al ver que, acompañando a Víctor, entre otros, estaban Arturo y Pedro. Al parecer, al final, sí que había dado por imposible lo suyo y había aceptado, por fin, al doctor en el grupo. Sonrió. Al final, tal vez, sí que tuviera su final feliz.

Víctor, desde abajo, sonreía mientras no dejaba de mirarla. Era preciosa. ¿Cómo había llegado a pensar que era una mujer bonita? Era la estrella con la luz más brillante de todas.

La serenata acabó justo cuando el sol ganó su lucha a la oscuridad y Paola bajó, con piernas temblorosas, para abrir la puerta y besar al chico que la había rondado. Al abrirla, este la esperaba con la mirada esperanzada y Paola no pudo resistir la tentación de perderse entre sus brazos. Esperaba que ese beso fuera suficiente para que entendiera que ella tampoco podía restar su mitad a su corazón.

—¿Bailamos? —la invitó cuando el beso acabó, susurrando en su oído.

Paola asintió, se agarró de su mano y se unieron al resto de jóvenes en la plaza del pueblo. Tomaron chocolate y comieron dulces. Después la música llenó las calles y bailaron despacio.

—Pensé que te ibas —murmuró apenas sin aliento. Todavía no podía creer el giro que había dado la situación. Cuando más oscuro estaba todo, de repente, había aparecido una luz cegadora.

—Sí, me fui. Tenía una entrevista de trabajo. Quise regresar antes para explicártelo todo, pero me pilló la nevada y no pude continuar hasta que las quitanieves pasaron.

—¿Una entrevista de trabajo? —preguntó sorprendida.

—Si me voy a quedar, tendré que ganarme la vida, ¿no?

Paola no se había dado cuenta de que la música había cesado ni tampoco se

dio cuenta de que las demás parejas abandonaban la improvisada pista de baile, tan solo era consciente de que estaba entre los brazos del hombre que la hacía tiritar.

—¿Entonces, te vas a quedar? —repitió para cerciorarse.

—Nunca tuve la intención de irme, no sin ti. Ya te dije que no soy de los que huyen ni de los que se rinden cuando saben lo que quieren.

—No sé qué decir... Te escuché en Nochebuena cuando tu abuelo te preguntaba si lo habías pensado bien y te decía que le apenaba que te fueras. Te escuché decirle que necesitabas operar, que no podías seguir así... Y también que, al parecer, no tenías la intención de contarme nada... Ya me había imaginado tu nota, escrita en un pañuelo de papel y yo limpiando mi nariz con ella...

Víctor la apretó con fuerza entre sus brazos y rio con ganas. Ahora entendía todo, su actitud aquella noche y la frialdad. Pensaba que la iba a dejar.

—Fui a entrevistarme con el director del hospital de Órgiva. Quieren abrir unas nuevas instalaciones preparadas para operar, y les hace falta un cirujano, eso es lo más lejos que pienso estar de ti.

Paola sintió cómo las mariposas batían sus alas con fuerza y de nuevo tiritaba entre sus brazos.

—A mi abuelo le da pena que no me quede con la consulta, sabe que es complicado encontrar a otro médico, pero estoy seguro de que cierta farmacéutica que conozco va a terminar por fin su mir y va a poder hacerse cargo de la consulta y de la botica.

Paola alzó la mirada, feliz como nunca, y se perdió en la de él junto con el beso que siguió. Lo besó como si fuese el primero de tantos que le daría. Estaba eufórica, había vuelto a por ella. Se iba a quedar allí por ella. No la iba a abandonar. Por fin parecía que iba a tener un poco de suerte. Al parecer, sí que había tiritas de amor capaces de sanar un corazón roto. Al parecer, el amor sí era capaz de hacer que, incluso el más congelado de los corazones, ardiese de nuevo.

No habían sido conscientes de cómo pasaba el tiempo de rápido, hasta que escucharon las campanadas de la iglesia anunciar que ya eran las doce.

Acompañado del repiqueteo, detuvo el balanceo que no había cesado y la miró a los ojos, la agarró de las manos y susurró:

—¿Quieres ser el principio y el fin de mi nueva vida?

Paola sonrió como nunca y se aferró a su pecho, necesitaba saber si el corazón de Víctor latía tan deprisa como el suyo y, entonces, lo notó: tiritaba.

—Ahora, el que tiritaba eres tú. —Sonrió con voz suave y emocionada al

notar el cuerpo firme y fuerte de él temblar.

Víctor bajó la mirada para encontrarse con la de la mujer a la que amaba y dejó que las palabras brotasen de sus labios con la misma fuerza con la que, estaba seguro, lo haría su relación.

—De amor.

Fin

## Agradecimientos

Siempre me cuesta escribir los agradecimientos más que la propia historia porque tengo tanto que agradecer que no sé bien por dónde empezar. En primero lugar, quiero agradecer a mi familia, a la que adoro y que siempre está ahí, apoyándome, dejando espacio para mis tormentas creativas sin protestar por las horas que les robo y animándome a continuar cuando la cuesta es demasiado empinada.

A mis lectoras cero: Paola y Yasnaia. Gracias por vuestro tiempo y por vuestra sinceridad. Os quiero, pero eso ya lo sabéis.

A mi querida editora, Teresa, por mimar tanto mi trabajo. Gracias por estar ahí. Entre nosotras sobran las palabras.

Al jurado del premio, por enamorarse de esta historia y conceder una mención, por elegirla entre tantas otras buenas historias.

Y, por último, pero no menos importante a mis lectoras. A todas vosotras, las que dais una oportunidad tras otra a mis historias y alimentáis la locura necesaria para crearlas. Gracias.

También, aunque han preferido que sus nombres sean anónimos, quiero agradecer al equipo sanitario que me ha ayudado con la documentación. Gracias por dar veracidad a los casos que salen aquí, sí, todos son verídicos aunque algunos hayan sido adaptados para la obra (sí, el del corcho también ☺), gracias a la paciencia de la farmacéutica para contarme los errores más comunes de los pacientes al pedir ciertas medicinas y gracias por tomároslo con tan buen humor.

También quería añadir que la técnica de parto que aparece en la historia existe y la realiza un equipo especializado del País Vasco pioneros en ella, aunque he tenido que amoldar a la historia la forma de ejecutarla, está basada en una técnica real.

Gracias a todos.